LOS AMORES DEL DIABLO

EN ALHUÉ

ACONTECIMIENTO ESTRAORDINARIO

fantástico i diabólico

POR

J. A. ROSALES

2.ª Edición, comp!- ilustrada

BARCELONA
. Garcés y Bartolí
Provenza, 197

SANTIAGO
Centro Editorial La Prensa
San Diego, 335

Es propiedad

ADVERTENCIA

Los estraños i estravagantes amores de un misterioso personaje que tomaba diversas formas para introducirse como espíritu en todas partes, aun en lugares i aposentos absolutamente impenetrables para un ser humano, ocasionaron en el pueblo i comarca de Alhué una grande alarma. Los tribunales de Santiago intervinieron en este estraordinario asunto, porque se convirtió en infierno un tranquilo i honrado hogar, i mandaron procesar a un suizo llamado Santiago Barreta como presunto autor de aquellas novedades.

Este proceso, i numerosos papeles con él relacionados, lo examinó don Benjamin Vicuña Mackenna, luego de ser encontrado aquel en la Corte de Apelaciode esta capital, en Febrero de 1882. Para agregar nuevos datos a un trabajo que sin duda pensaba emprender, escribió el señor Vicuña Mackenna a un vecino de aquel pueblo. La siguiente contestacion, que orijinal existe en la Biblioteca Nacional como aquellos otros documentos, es un comprobante de lo que queda espuesto. Dice la carta:

«Señor don Benjamin Vicuña Mackenna

Alhué, 24 de setiembre de 1882

Mui señor mio:

Las personas ancianas en este lugar han fallecido; podian haber dado una razon de los tales *amoríos del Diablo* que Ud. me pide en su apreciable de 29 de agosto último. El año pasado murieron tres individuos vecinos de este pueblo, i contaban uno 100 años

i dos 113. Los que ahora quedan solo dicen, dos, que a Santiago Barreta lo vinieron a llevar preso seis dragones para la capital, por un juicio que le seguia su esposa Juana Putiel; pero no saben decir de qué trataba el asunto, i así otros decíres que no arrojan luz.

Siento mucho no haberle sido útil en esto, ya que se ha dignado dirijirse a mí; pero si en otra cosa puedo satisfacerlo, tendré la honra de complacerlo i de ofrecerme el de siempre su mui afmo. S. S.

J. Santos Jarpa.»

Mas afortunado que el ilustre Vicuña Mackenna, el autor del presente trabajo ha podido reunir copiosos datos de todo jénero tomados de aquel proceso i de seis espedientes mas que con él tienen relacion. Con estos antecedentes, i con las tradiciones recojidas de personas antiguas, pudo escribir estas pájinas que recuerdan la historia rápida de Alhué i de los diabólicos i curiosísimos amores del rei universal de los enamorados.

LOS AMORES DEL DIABLO

EN ALHUÉ

Acontecimiento estraordinario, fantástico i diabólico

CAPÍTULO PRIMERO

DE CÓMO EL DIABLO PROMOVIÓ

A FUERZA DE RIQUEZAS I DIABLURAS

la fundacion del pueblo de Alhué

I

La comarca que, desde tiempos antiguos i durante la dominacion indíjena, se estendia inculta i deshabitada entre los rios Rapel al sur i Maipo al norte i unas treinta o mas leguas desde el mar a la cordillera, fué favorecida por la naturaleza con la abundancia de ricas minas de oro que ocultaban los rugosos pliegues de las faldas de sus cerros i colinas.

La espléndida vejetación de sus valles, regados en su parte principal por un riachuelo que nace del mas alto cerro, i la pureza del oro que se descubría en todas partes, casi en la superficie del suelo, debieron hacer de aquella rejion un pequeño paraiso.

Por eso el jenio del mal i de la envidia se enamoró de esas hondonadas i de las auríferas i cristalinas aguas que con sonoro murmullo serpenteaban brillantes por las quebradas i laderas, a que daban alegres sombras lozanas i floridas enramadas, artística-

mente entretejidas como por habilísimo jardinero, sirviéndoles de soportes o columnas árboles que levantaban a gran altura sus frondosas copas i que ofrecian espléndido asilo a bandadas de amorosas i canoras aves.

El diablo debe leer el porvenir, i por esto no se le ocultó el que con el tiempo el oro de esos lugares habia de atraer aventureros i codiciosos a millares. —Aquí estableceré la capital de mi reino sobre este continente, se dijo sin duda el espíritu maligno.

I tomó posesión de la comarca con algunas de sus numerosas lejiones. Labró en la costa, al noroeste de la desembocadura del Rapel, una enorme caverna en donde fijó su morada i su diabólico palacio, i de allí mandó a los diablillos como rei a sus súbditos.

Los indios comarcanos que se establecieron en esas tierras i los que solian transitar no tardaron en ver de dia i de noche visiones espantosas, ejércitos de fantasmas danzantes, o sentian la algarabía infernal de pájaros disformes, de avechuchos grandes como un corpulento peumo o un ramudo copihue, i cuyas alas, al batirlas, formaban ruidos pavorosos.

Cuando los españoles conquistaron a Chile, i cuando Pedro de Valdivia empezó a estender sus espediciones i conquistas hácia el sur, ya aquella comarca tenia considerable poblacion esparcida en muchas leguas a la redonda.

Un jefe de tribu, rico i poderoso, habia entónces, al cual le prestaban obediencia cinco caciques, i este fué *Albalalgüé*, señor de todos los indios, padre de todos los brujos i diablo mayor de la comarca.

II

En 20 de Enero de 1544, Pedro de Valdivia, queriendo recompensar los importantes servicios prestados abnegadamente por doña Ines de Suarez, su dulce amiga i compañera, le hizo merced de las tierras de Albalagüé.

En 1566, Rodrigo de Quiroga, marido entónces de doña Ines, donó las tierras al convento de la Merced de Santiago, el cual tomó posesion judicial de ellas en 3 de Enero de 1591.

Los padres de la Merced edificaron una capilla con el nombre de Santa Ines, en memoria de aquella heroina de la conquista, i este nombre dieron a las tierras. Desde aquella fecha se llamó *estancia de Santa Ines* lo que habia sido señorío del cacique Albalalgüé.

III

En 1599 el gobernador Pedro de Vizcarra hizo merced al capitan Fernando Alvarez de Bahamonde de las tierras colindantes con las de aquel cacique, por el lado de Peumo, pertenecientes estas al cacique Antonio Quipay.

De aquí provino un pleito sobre deslindes, empezado en la Real Audiencia en 1635 por doña Beatriz de Guzmán, viuda de aquel capitan, contra el citado convento, pleito que duró muchos años con diversas alternativas para ambas partes.

En el espediente que orijinó este asunto, constan en un escrito estas testuales palabras:

«Las tierras de este litijio eran del cacique *Albalalgüé* i que el nombre de *Algüé* lo tomaron del susodicho, como los demas valles fué costumbre tomarlos de sus caciques».

Tal es el oríjen del nombre de aquella valiosa rejion, que de Algüé pasó a denominarse *Alhué* como hasta ahora.

No estará de mas recordar que este nombre significa *el diablo, el difunto, la muerte* o *cosa terrorífica de la otra vida*, lo mismo que sus palabras derivadas o compuestas.

Así, por ejemplo, *Alhuen*, significa morirse; *Alhuecamu*, quiere decir endemoniarse o endiablarse; *Alhué mapu*, llámase el lugar o pais del diablo.

La comarca o lugar de Alhué es, en idioma indíjena, el pais del diablo o demonio.

IV

Habiendo tomado posesion de Alhué aquellos primeros dueños españoles, el descubrimiento de sus riquezas era cuestion de tiempo. Los mineros i los minerales fueron apareciendo poco a poco; los mortales pasaron a reemplazar a los seres del otro mundo i el miedo a los diablos fué disminuyendo a medida que aumentaban los buscadores de oro.

Pero no tardó la fiebre de riquezas en trocarse en fiebre diabólica. Empezaron a robarse unos a otros i de aquí vino una serie de crímenes horrendos.

La poblacion minera fué aumentando i se hizo necesario nombrar autoridades que pusieran atajo, siquiera en parte, a las diabluras por mayor i menor de que era teatro aquel Alhué-mapu.

Un acaudalado señor de Santiago, don Bartolomé Perez de Valenzuela, adquirió buena parte de aquellas tierras, en el primer tercio del siglo pasado, i con él empezó hácia aquellas tierras una invasion de pequeños i grandes capitalistas, negociantes, aventureros i aventureras, con lo cual tuvo el diablo mucho paño que cortar.

La fama de los minerales de Alhué comenzó desde 1739 con el descubrimiento de grandes riquezas. Un centro minero de poblacion llegó a formarse i allí estableciόse el negocio de compra, venta i cambio del oro, como el trigo o cebada, a puñados, a sombreradas, por almudes o por costales.

I aquí fué la del diablo, porque brotaron como por encanto las cantoras i bailarinas, las arpas i las poncheras, de tal suerte que Alhué se convirtió en una diaria i fenomenal fiesta, deslumbrante de oro i rebosando de placer. El contento, la alegria andaba a cada instante en los bordes de un vaso o en la punta de un puñal.

Se daba i se recibia la muerte por pasatiempo, como parte de toda fiesta.

En medio del mas animado baile, cuando un mine

ro lucia sus ájiles piernas i su gracioso zapateo, un rival se le acercaba, i sin medir palabra, rápido como un rayo, le hundia el puñal en el corazon. Caia la víctima al suelo e instantáneamente el asesino ocupaba su lugar... i el baile seguia, miéntras otros arrastraban al infeliz hácia afuera o lo dejaban tendido en algun rincon, como dormido.

El incidente, desagradable, para algunos pocos, lo era en realidad para las mujeres. Aunque acostumbradas a ver estas i muchas otras barbaridades i salvajismos, no podian, sin embargo, reprimir un grito de horror.

Pero el desagrado, la mala impresion pasaba pronto, porque resonaban los gritos i el crímen quedaba como ahogado en el bullicio del baile i en oleadas de ponche, del cual todos bebian en enorme cantidad de vasos o fondadas. I en estas borracheras los acompañaba el mismo diablo, a quien solian ver borracho como una pipa i fumando en cachimba, especie de duendecito de los cuentos antiguos.

V

Aquí empezaban las tonadas humorísticas, alternadas con el trago que en anchos vasos circulaba de mano en mano i con el alegre cantar de los trovadores. Una moza hacia oir esta chuscada:

A la vuelta de un matorral
Cacé un zorzal,
Pero al pasar el estero
Maté un minero.

Cercano aparecía otro improvisado poeta, que entre grandes aplausos pintaba, cantando, el carácter altivo de aquella jente desalmada:

Con un vaso de aguardiente
Mi puñal i mi culero,
No envidio a ninguna jente
Ni a nadie saco el sombrero.

I hé aqui como un guapo mozo retrataba, en acompasada cantata, sus pasiones i sus gustos de la mas refinada barbarie:

Son mis grandes placeres
El trago i la tonada,
El oro, las mujeres
I buena puñalada.

No podia faltar un guapo que sobresaliera de los demas, en aquella tierra de atroces diabluras en que nadie queria ser menos bravo que otro. Una estrofa enérjica de aquella poesía minera, decía asi:

Si un diablo a embromarme viene
Con diabluras o endiablado
Le parto el alma que tiene
Con puñal bien afilado.

En esas reuniones, como hemos dicho ántes habia tomado asiento el demonio, i por esto su nombre andaba en los cantares i en todos los labios como cosa corriente.

VI

Alhué tomó gran fama por sus riquezas i diabluras i fué necesario que el Gobierno nombrase una autoridad que lo representase en aquel alborotado lugar.

En efecto, en 1743 fué elejido alcalde de minas don Ignacio Baeza Valenzuela, autoridad superior de la comarca de Alhué i quien se hizo respetar un poco mediante fuertísimos castigos. Era aquella jente tan soberbia como indomable, especie de gatos alzados, uraños, traicioneros, vengativos, mui difícil de encaminarlos por la senda del deber i de la obediencia.

Baeza Valenzuela batalló al principio sin fruto alguno, i hubo de pedir auxilio a la autoridad eclesiástica de Santiago para suavizar siquiera en parte las asperezas de los demonios de Alhué.

Por aquel año, el reinado del diablo sufrió un rudo golpe. Algunos vecinos de Santiago i de otras partes, compraron diversas minas de Alhué, i creyendo que este nombre era en mucha parte causa de los horrores allí cometidos o por cometer, lo cambiaron por el de *Nuevo Reino.*

Querían significar con esto que la comarca de Alhué, o sea el indíjena Alhué-mapu, era un territorio aparte casi independiente de todo gobierno, por lo distante de los centros de poblacion. I le dieron ese nombre sin sentido, hasta parecer estravagante, porque no se les ocurrió otro a aquellos futres mineros de sombreros alones, de poncho terciado al pecho i bolsa i yesquero al cinto.

Los mismos elijieron un paraje para vivir en sociedad i socorrerse mútuamente, i asi formaron caserio aparte, al cual pusieron bajo el amparo de San Jerónimo, santo que habia triunfado en el desierto de todas las tentaciones que el diablo le presentó en diversas formas. ¿Qué mejor protector podia invocarse en Alhué, lugar de diablos sueltos por tanto tiempo?

Por su parte el obispo mandó un pastor que fuera a volver al rebaño a tanta oveja descarriada. Fué aquel el presbítero don Bernardo Carreño, el primero que allá levantó una capilla de mala muerte, con campanario que fué albergue de avechuchos i murciélagos, todos ellos diablos disfrazados.

Al sonido de la campana, que era una especie de cencerro grande, todos los diablos salían á escape, echando periquitos contra el sacristan, dando siniestros chillidos como lechuzas o como quejidos de ánimas en pena.

Con la capilla, el caserío fué tomando aires de poblacion. Los vecinos quisieron entónces elevarla a mejor categoría i resolvieron así pedirlo al Gobierno en 1752.

El Presidente Ortiz de Rozas decretó, el 26 de enero del año siguiente, el establecimiento de la nueva poblacion con el nombre de *San Jerónimo de la Sierra de Alhué*, la cual fué dotada de las autoridades correspondientes civiles i eclesiásticas.

VI

Pero el Diablo se puso de mal humor con estas novedades, i de aquí provino una série de pleitos entre los mineros i los vecinos de la nueva poblacion i entre unos con otros por fútiles pretestos, hasta formarse un enredo de chismes i camorras fenomenales de todo jénero. I tan de veras se creyó en la injerencia del enemigo capital de la raza humana, que el alcalde Baeza, en un informe pasado con fecha 5 de diciembre de 1766 al correjidor de Santiago, don Manuel Luis de Zañartu, espresa que Dios movió el corazon a los vecinos, al Rei i al Gobierno para promover la fundacion de la nueva poblacion—«de que resultó, dice el informe, nuevo aumento en el bien espiritual i, por consiguiente, en el temporal, sin haber acaecido estos dos estremos en lo menor, aun en medio de haber padecido *algunas contradicciones que sin duda alguna las promueve el enemigo capital* para estorbar la paz i quietud de los buenos corazones que continuamente alaban al Criador i a su Santísima Madre de Dolores, a quien invocan por Patrona, manteniendo su culto á las espensas de limosnas que cada poblador i otros particulares contribuyen para su adorable i milagrosa advocacion, siendo esto tan constante, que hasta de la ciudad lo ejecutan varios devotos suyos, quien siendo uno de ellos en particular don Francisco Bascuñan, que no desmaya de este buen camino que ha tomado para adquirir infinitos premios de gloria, asi en ésta como en la otra, lo que espero conseguiremos todos los que nos hemos dedicado a esta buena obra, por lo que me ha parecido conveniente hacer este nuevo informe a vuestra merced para que su cristianísimo celo no permita se frustren estos tan buenos designios de que el *enemigo capital* lograra un triunfo *que há muchos tiempos que lo ha solicitado con todas fuerzas* i no lo ha podido conseguir, porque es claro que mas puede Dios que sus astucias.»

O como decimos ahora, mas puede Dios que el diablo.

El alcalde Baeza, hablando en ese informe de los excesos cometidos por la poblacion minera, califica a ésta de «congregacion de jentes hecha una sinagoga», lo cual no era poco decir.

I para convertir al cristianismo a esta moderna i judaica sinagoga, los vecinos de la poblacion no cesaban de hacer pública penitencia en solemnes procesiones. De esta manera solian volver al redil algunas ovejas empedernidas, i pecadores impenitentes, que al fin llegaban a la iglesia a echar el diablo fuera confesando culpas a montones i de todos calibres, ó sea arrojando sapos i culebras como entónces se creia.

VII

Corrian los años i el oro continuaba saliendo en abundancia i de buena lei. La poblacion fué aumentando i en ella pudo vivirse con algun sosiego desde fines del siglo pasado.

Sin embargo, las preocupaciones i la creencia en el diablo no pudieron ser desterradas de una poblacion nacida entre bárbaros que no tuvieron en sus principios mas lei que el puñal.

Una serie de sucesos ocurridos en 1792 en casa de un suizo llamado Santiago Barreta, avivó aquella creencia i fué el asunto del dia no solo en Alhué sino tambien en Santiago.

Ese asunto, que hemos podido conocer a fondo por los documentos i las tradiciones fantásticas de la época, es el que motiva la presente obra.

Pero ántes de terminar estos párrafos históricos sobre el pais de Albalalgüé, tal vez el lector querrá saber algunos datos mas sobre aquellas tierras que Dios enriqueció i engalanó con mano pródiga i que el diablo se apropió por larga série de años.

Cuando en 1767 visitó a Alhué don Manuel Lopez de Sotomayor, comisionado por el Gobierno para que estudiase esa comarca e informase sobre ella, tenia

ese pueblo tres calles de oriente a poniente. La estension del caserío era de unas cuatro cuadras de largo por tres de ancho, con una regular plaza, en uno de cuyos costados estaba la capilla. Cincuenta i dos viviendas, casas i ranchos, componian la poblacion, circundada de arboledas, pequeñas viñas i algunos jardines.

Diezisiete trapiches ocupaban buena estension a orillas del estero vecino. El comercio del oro era, por esto, abundante, i entre los mas acreditados cambistas de aquel año, i de algunos años despues, se contaba el suizo ántes mencionado, cuya historia ya es oportuno referir.

CAPITULO II

Santiago Barreta

I

Nació Santiago Barreta en la villa de Brinsona, Suiza, por el año de 1752. Se ignora su verdadero nombre, porque nos parece fuera de duda que el apuntado no fué el de su bautismo. Era costumbre entre muchos estranjeros, al llegar á América, el trocar sus apellidos especialmente, ya para no aparecer como hereje o ya para escapar de las odiosidades contra los estranjeros que en Chile se desataron furiosas en el siglo pasado, obedeciendo a disposiciones de los gobernantes i estos a las del rei de España.

A los siete u ocho años de edad emigró a Francia. En Paris entró de sirviente, i en esa condicion permaneció algun tiempo. Ya un poco mas hombre pasó a España con un pequeño comercio, mediante el cual pudo reunir lo necesario para vivir con mas desahogo i decencia.

Oyendo hablar continuamente sobre América i mucho sobre Chile, quiso venir a buscar una fortuna que tantos habian hallado antes. Al efecto, se embarcó en Cadiz en un buque que traia rumbo del Pacífico i llegó a Chile.

Se avecindó en Santiago, i es posible que aquí adoptara este nombre por el suyo propio.

II

El pequeño negocio que estableció en Santiago, le permitió conocer pronto a alguna buena jente del pais. Entre ésta distinguió por su honradez, modales

decentes i no mala casa a una guapa niña llamada Juana Putiel, segun los documentos de que tomamos estos datos.

Barreta dice que aquélla era de «sangre limpia», o sea de buena familia, lo cual no quita que el apellido parezca sospechoso por lo raro. Lo que no hubo de raro fué que Barreta i Putiel se completaron con apellido y todo.

En efecto, luego de conocerla, Santiago Barreta, que ya traia aficion a las minas, dio un barretazo, descubrió veta, pagó pedimento i se quedó feliz.

Es decir, se enamoró i se casó como Dios manda, después de cuyo acontecimiento en plena luna de miel, trasladóse a Alhué i allí fijó su residencia i su hogar, por el año 1780.

III

Marido i mujer se dedicaron al trabajo, i con tan buena suerte, que en poco tiempo lograron reunir una fortunita que les permitió abrir en el pueblo una tienda con un despacho anexo.

Santiago tomó al principio la barreta i el combo del minero, i como era juicioso i sin vicio alguno, fué acumulando oro hasta reunir un capital que mas tarde lo elevó a la categoría de hombre rico.

Su principal ocupacion fué entónces el cambio del oro por mercaderías.

Llegó a ser una persona de cierta distincion, pues a sus multiplicados negocios se agregaba un carácter excelente i una moralidad a toda prueba. Era católico sincero, ríjido en sus costumbres, activo i trabajador como nadie.

Su instrucción era bastante buena, lo mismo que la de Juana, su mujer, motivo para que su casa, estensa i cómoda, fuera muchas veces el lugar de reunion de lo mejor del pueblo i de las minas vecinas.

IV

En el año 1792, este matrimonio tenia cuatro robustas hijas:

María Dolores, de 12 años;
Juana María, de 10;
María de la Concepción, de 9;
María Jesus, de 6.

Para distinguirlas, se las nombraba con los segundos nombres.

La mayor era linda muchacha, viva e injeniosa i con mas de regular instruccion. El padre se esmeraba en educarla i en enseñarle modales europeos. El mismo ejemplo seguían las menores.

Las cuatro hijas frecuentaban la vecina iglesia, i tanto en ésta como en el hogar recibian continua instruccion religiosa, la cual, en aquella época, se preferia en las mujeres casi siempre con esclusion de otra enseñanza.

Los hombres tenian escuelas en las ciudades i en determinadas poblaciones y allí aprendian los primeros rudimentos del saber; pero las mujeres estaban condenadas á oir lecciones de catecismo en las iglesias o en las casas. Era lujo que aprendieran otra cosa fuera de de los asuntos relijiosos.

Santiago Barreta hizo una escepcion con su familia, a la cual inculcó reglas sociales desconocidas especialmente en la escasa e inculta sociedad de Alhué.

V

Tenia aquél una casa de las mas cómodas del pueblo. Una gran pieza con puertas á la calle formaba el negocio triple de tienda, despacho i cambio de oro, segun ántes hemos mencionado.

Un salon seguia hácia el interior con puerta tam-

bien a la calle. Dos puertas del salon comunicaban, una hácia los dormitorios, que eran tres, i la otra al comedor. Casi todos los departamentos tenian puerta i ventana a un estenso patio plantado de árboles frutales i con un pequeño jardin en el medio, circundado de fragantes enredaderas.

De aquí se seguia una huerta bien cuidada, con parrones i diversos árboles indíjenas o plantados i de oríjen estranjero.

En esos amenos sitios solían reunirse en las tardes i noches de verano la familia i amigos de confianza.

VI

Completaba los moradores de la casa, sin contar algunos trabajadores que solian alojarse, una mujer de probada honradez, negra, jetona i polleruda, que habia criado a las chiquillas i que vivia en la casa con el rango de llavera, sin embargo que servia de todo, de sirviente i de cocinera. Se llamaba Petronila Rojas.

Era ésta mujer varonil, alegre i mui trabajadora. Algunos rezongos solian oírsele a veces; pero Juana le acomodaba el jénio con un par de escobazos por la cabeza, despues de cuyo remedio quedaba la negra como una pascua, risueña i mostrando sus blanquecinos dientes.

La negra Petronila era tan dueña de casa como Juana Putiel, poco ménos. Mandaba todo i hasta solia entrometerse en las conversaciones de las visitas, con agudos chistes i ruidosas manifestaciones de alegria.

No pocas veces se sentaba a cantar en el patio o huerta, sabiendo que se oia con agrado. La negra gustaba de tonadas i cantatas chuscas, humorísticas, i cuando no se le aplaudia, ella se animaba i aplaudia.

Una tarde, al entrarse el sol, la negra recojia en la huerta algunas flores i enredaderas para colocarlas en un macetero o jarron que sobre al suelo habia dejado, al lado de una mata de culen ramuda i fron-

dosa. Estaba sola y dando diversos tonos a un canto monótomo a la vez que triste, como recordando ilusiones perdidas. Así decía la negra:

Flor de esperanza tenia
I una vez se me secó;
Pero renació otro dia
I, al verla, i con gran pofía,
Un diablo me la tronchó.

Apénas la negra terminaba el canto, oyó con sorpresa que voz de hombre le remedaba su entonacion. El desconocido, con acento grueso, pero bien manejado, i un tanto malicioso, contestó á la negra de esta manera:

La flor que tú cultivaste
Cantarito se volvió;
Con un negro lo quebraste,
I, despues que lo acultaste,
Tu negro al diablo culpó.

Dió una risotada la negra, buscando con la vista el lugar de donde habia partido la voz.

—Aqui estoi, negra lesa, dijo una voz en tono amistoso.

—¿Quién diablos se ha metido aquí a cantar? dijo la negra con buen humor.

La mata del culen se estremeció. La negra fijó allí su par de ojos vivaces, i tomando una piedra inmediata, amenazó tirar con ella al culen, diciendo:

—Salga el cantor, o tiro.

—Espérate, negra, que te voi a participar...

—¡Calle el tonto! dijo la negra haciéndose la enojada i levantando la mano derecha como para arrojar la piedra.

Entónces volvió a estremecerse la mata de culen; unos brazos ocultos abrieron las ramas, i la negra quedó con la boca abierta al ver... lo que se contará en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO III

Faramalla

I

Grande fué la sorpresa de Petronila cuando salió debajo del culen un sujeto que le pareció no haber visto nunca. Parecia un minero de fortuna, porque su traje era de buena clase. Lo abrigaba un poncho colorado que le caia de los hombros á las rodillas, de donde seguian hasta los pies unas lustrosas botas. Un sombrero alon de fino paño cubria su cabeza i media cara, oculta en parte por una tupida barba.

—Toma, negra cantora, le dijo sonriendo i pasándole un pequeño paquete envuelto en hojas i ramas.

La negra retrocedió, sin saber si enojarse de veras o trabar conversacion con aquel personaje allí aparecido de una manera tan rara. Además notó que el sujeto no miraba de frente i que su fisonomía tenia algo que infundia recelo.

—¿Quién es usted? le dijo la negra al desconocido.

—Me gusta la pregunta, contestole éste. Todas las tardes vengo al negocio de Santiago a comprarle diversas cosas para mis mineros, i ahora me entré a esta huerta a buscar un entierro que dejé hace tiempo. Aquí está una parte; llévale a Santiago esto, i para tí esta otra.

Dijo i pasó a la negra el bultito aquel, dividido en dos partes.

Pero Petronila no tuvo deseos de tocar lo que le pasaba. Divisó algo amarillo entre las hojas i pensó que todo era asunto de una broma.

—Vaya usted i entréguele al patron lo que usted desee, que yo no estoi dispuesta a llevarle nada que no conozca. I como no sea oro...

—Si es oro, negra lesa, dijo aquél acercándole el envoltorio.

—Pues, es usted mas leso, porque ¿se le ocurre que yo voi a saber con lo que viene a embromarme?

—Mira i goza, díjole el desconocido quitando las hojas i mostrándole un buen número de pepas de oro, que relucian a los últimos rayos de la luz del dia, que se apagaba entre nubes i sombras.

La negra quedó sorprendida de ver tanto oro en tal lugar, pero no se movió ni hizo jesto alguno de codicia.

—Deje en sus manos esta fortunita, que yo me quedaré con mis flores, dijo la negra en tono indiferente i sacudiendo un ramo para colocarlo en el macetero.

—Acepta este regalillo para que te adornes la pechera o lo que quieras.

El minero, diciendo esto, pasó a la negra una hermosa pella de oro. Aquella vaciló un momento, porque era la primera vez que se le regalaba de una manera tan magnífica. Acostumbrada a ver mucho oro en las compras continuas que hacía Santiago a los mineros, nunca ella sin embargo, habia sido dueña de la mas pequeña pepita...

—¿Por qué vacilas? El oro te busca i allá vá.

El minero tiró la pella con tanta destreza, que quedó metida en el abultado seno de la negra, entre la gruesa camisa i su mas gruesa chaqueta de burda tela.

—Oh! muchas gracias, señor!, contestó la negra sacando la pella.

—Yo no soi señor.

—Tampoco es señora, dijo riendo aquella.

—Bueno, dejemos eso. Voi a ver a Santiago para pagarle una pequeña deuda.

I se marchó, dejando contentísima a Petronila. Por curiosidad fué ésta a rejistrar la mata de culen para ver donde habia estado el entierro de tantas pepas de oro. Abrió las ramas i algo al interior divisó, con la poca luz que pudo penetrar, un montoncito al parecer tapado con hojas. La negra tomó un palo i

con él tocó el montoncito; estaba medio blando, i podia ser oro en polvo.

Retiró el palo i olió la punta; pero lo arrojó lejos porque encontró un olor que no le dejó ganas de volver a abrir la mata de culen.

II

El minero se dirigió, en efecto, al negocio de Santiago Barreta, cuando ya empezaba a oscurecer el dia. Entró por el interior de la casa, hablando sin pararle un instante la lengua, como antiguo conocido.

—Buenas noches, todos. ¡Como te va, Santiago! Ven aquí, hombre, i toma un poco de rapé amarillo. Ayer te quedé debiendo algo, i por la confianza que has hecho en mí, te voi a regalar algo que te gustará Toma, págate i lo demas lo guardas como tuyo.

I el desconocido pasó a Santiago el paquetito.

—¡Pero, hombre! ¿qué significa tanto oro? dijo sorprendido éste.

—Eso no es nada para un regalo. Tengo otras muchas cosas que verás cuando te lleve a pasear. Soi minero vecino, pero no vivo solo del oro, porque tengo haciendas, casas. alhajas...

—¿Quién es ese faramallero? dijo Juana, asomándose al despacho, entre curiosa i risueña.

Al ver al desconocido, Juana reconoció que no era una persona vulgar como tantas que llegaban allí diariamente. Por eso se asustó de haber hablado tal vez una inconveniencia. Se encojió de hombros, se tapó la boca i miró asustada a Santiago como esperando una reconvencion de éste.

El calificado de aquella manera tan dura, no dió muestras de incomodarse: eso sí que paseaba de un lado a otro, mirando como a escondidas i encojiéndose de hombros a cada instante, sin tener un momento de quietud.

—Has adivinado mi nombre casi con todas sus letras, contestó a Juana el aludido. Me llamo Faramalla.

—Mui raro nombre.

—Tu apellido no lo es menos, replicó Faramalla.

Y luego agregó, dirigiéndose a Santiago:

—Prepara una cenita; vuelvo mas tarde. A la negra, que ponga una mesa abundante.

Diciendo esto se dirijió lijero a la calle. Santiago salió tras él llevado de gran curiosidad por conocer hasta los trancos de aquel hombre singular. Pero éste desapareció i Santiago solo pudo oir el fuerte galope de un caballo, que tampoco vió, ni menos supo qué rumbo pudo haber tomado.

III

Los esposos quedaron mirándose. Petronila entró a ese tiempo contando lo que le habia ocurrido en la huerta. i todos convinieron en que el tal sujeto seria algun rico señor recien establecido en el lugar. Sin embargo, sus maneras, su tono i la indiferencia con que manejaba el oro causó la admiracion de todos. Los chiquillos se habian agrupado a oir estas novedades, pero sin tomar parte en las conversaciones.

—Parece español, dijo Santiago.

—No lo creo, le interrumpió Juana, porque su voz se asemeja mas bien a un hijo del pais, o mestizo.

—Sea lo que fuere, agregó Petronila. Es lo cierto que ese señor tiene mas oro que todos los mineros de este lugar, i ya que va a volver, vamos a prepararle una buena comilona. Tiene deseos de gastar; pues que gaste.

—Tienes razon, negra, dijo Santiago. Aquí me ha dejado un capital; pero es necesario devolvérselo íntegro. No estoi dispuesto a recibir regalos de nadie, mucho menos de personas que apenas conozco. De veras que si quiere gastar, que gaste.

Y sin mas se dispersaron, resueltos a recibir al desconocido con lo mejor que habia en el negocio i en la casa.

IV

La noche empezó oscura. Negros nublados cruzaban la atmósfera anunciando próxima lluvia i un viento nada suave remecia los árboles del patio.

Mientras la negra se ajitaba en la cocina arreglando una cazuela de ave i algunos fiambres, Juana i sus hijas se adornaban cambiándose trajes i peinándose cuidadosamente. Querian agradar a Faramalla, cuyo nombre les causaba sonoras risas cada vez que lo pronunciaban.

En el comedor se preparó, como por encanto, una mesa que de verla podia abrir el apetito mas cerrado. Dulces, frutas, vino a discrecion, maceteros con las mas fragantes flores del jardin, mantel i servilletas blancas como la nieve i todo un servicio de mesa que en aquel lugar se podia llamar de lujo: tal era el comedor, alumbrado por candelabros de cobre de dos i tres luces.

Santiago, cuando vió aquella mesa tan rápidamente preparada i tan bien ordenado todo, no pudo menos que admirarse.

—Juana! gritó Santiago; esta mesa está digna de un capitan jeneral del reino.

—Cierto, dijo Juana asomándose a la puerta del comedor. La negra echó aquí todo el talento, porque yo no hice mas que agruparle lo que debia poner en arreglo.

—La negra es una joya.

I diciendo esto Santiago, se dirijió a la cocina.

Allí Petronila se volvia cuatro preparando viandas i vijilando el cocimiento de la comida de tres ollas de barro, que arrojaban torrentes de vapor.

—Negra! te has sacado buen premio. La mesa está tan bonita como nunca se habia visto aquí.

—La patrona se vá a lucir con el arreglo de la mesa. Ella lo ha hecho todo; yo no hice mas que llevarle las cosas.

—Esto está bueno! Ninguna de ustedes ha arreglado la mesa, i sin embargo la mesa está arreglada como para recibir a un rei.

I Santiago soltó una carcajada.

La negra tambien se rió de buena gana, sin comprender mucho ni poco el alcance de las palabras de Santiago.

—Oye, negra, dijo éste fijándose en una botella de vino i raros fiambres colocados en una mesita cerca del fuego.—¿I estas cosas?

— Estas cosas me las trajo el hombresito que me ha estado ayudando...

—¿Un hombrecito que te está ayudando...?

—Si, pues, el hombrecito cara de macaco que su merced permitió viniese a ayudarme, mandado, segun dijo, por el señor Faramalla.

—¿Qué yo mandé? replicó Santiago admirado. Si yo no he mandado a nadie!

—I sin embargo, el hombrecito ha traido licor, fiambres, frutas i no sé qué mas, diciendo que su patron lo enviaba con esos regalos. El habrá arreglado la mesa. Ahora se ha ido a llamar a su patron. Yo suponia que habria hablado con su merced. Aquí llegó aturdiéndome con regalos i palabras.

Santiago iba abriendo los ojos y la boca a medida que la negra iba hablando.

—El señor Faramalla, concluyó aquella, debe ser un caballero mui rico, mas rico que todos los de la capital. Cuando regala el oro como quien regala garbanzos...

—Esto está curiosísimo. Dime ¿cómo es ese hombrecito?

—Es chicoco, guaton, nariz de loro, ojos brillantes que le bailan, i una boquita capaz de caberle un pavo fiambre entero... i con un juego de piernas i patas que no hai mas que pedir.

La negra, al hablar, contenia la risa, de suerte que cuando terminó dió rienda suelta a una carcajada, a la cual le hizo coro Santiago con otra no menor. El jesto i la manera de hablar de la negra no era para quedar formal.

V

Pero se acercaban las nueve de la noche i ya era necesario tener todo listo. Faramalla no tardaria muchos minutos en llegar.

—A ver, venga una chiquilla! gritó Santiago, saliendo al patio i dirijiéndose a las habitaciones de la familia.

Dolores apareció corriendo.

Anda al comedor i enciende las luces, i dí a Juana que no quede ni un aposento sin luz.

—Bueno, padre.

De unos cuantos saltos Dolores llegó al comedor. Estaba ya iluminado, i esta noticia volvió Dolores a comunicarla a Santiago, a quien encontró llegando al mismo sitio.

—El chicoco habrá venido, sin duda.

—¿Qué chicoco? dijo Dolores.

— El hombrecito.

—¿Cuál hombrecito?

—El nariz de loro.

Dolores se echó a reir i fué corriendo a contarle a Juana que su padre andaba viendo cosas raras, lo cual ocasionó la risa de todos.

A ese tiempo resonaron grandes gritos:

—¡Santiago, aquí estoi, hombre!

—Faramalla, dijeron todos en la casa, saliendo a recibirlo, mientras a lo léjos se oia una música melodiosa i se percibia que un coro de voces de hombres entonaba un cántico, sin que nadie supiera de dónde provenia esta novedad.

CAPÍTULO IV

La cena

I

Farmalla era, en efecto, el que llegaba. Su aspecto i traje causó sorpresa a Santiago i familia.

Vestia aquél una especie de casaca de terciopelo azul, pantalon corto de seda blanco i polainas en donde brillaban botones de oro; tenia pechera blanquísima, en que ostentaba una corona de brillantes i oro. Una corbata de seda blanca le envolvia el cuello. Gran capa negra le cubria casi hasta los piés. I un elegante sombrero, especie de chambergo de terciopelo con pluma lacre, le daba un aire de noble europeo. El oro resplandecia junto con los brillantes en todo el traje. Esos adornos eran una fortuna.

Siempre mirando de reojo, inquieto, como huraño cuando se le dirijia la palabra, Faramalla entró saludando, sin acercarse mucho a nadie, dando vueltas al rededor de cada persona.

—¿Cómo va, Santiago? Juana, me alegro de verte, i las chiquillas ¿están buenas? I ¡qué buenas mozas!

Tal era lo que Faramalla decia moviéndose de un lado a otro.

Santiago i Juana quedaron como enclavados i mudos. Nunca habian visto un personaje tan ricamente vestido. En Alhué aquello era un acontecimiento que pasaba de lo estraordinario, ¿De dónde habia salido aquel señor tan enormemente rico i tan lleno de atractivos?

I mientras esto i muchas otras cosas pensaban Santiago i Juana, porque las chiquillas estaban tan sorprendidas que no sabian qué pensar, una ola de perfume invadió los aposentos i un placer inesplicable llenó los corazones.

—Señor Faramalla, dijo Santiago algo tartamudo, somos mui honrados...

—Sí, señor, interrumpió Juana; pero le rogamos se sirva decirnos quién es usted. Su riqueza nos confunde...

—Oh! no tenga cuidado. Vamos a la mesa i allí conversaremos, i cantaremos, i beberemos, i cenaremos.

—Señor Faramalla... interrumpió de buen humor Santiago.

—No me digan señor sino Faramalla a secas.

—Está bien, aunque no soi de esa opinion. Es usted tan franco i chistoso, que la vergüenza que nos causa su diferencia de posicion se trueca en confianza.

—Pasemos al comedor, dijo Juana invitando a Faramalla.

—Sí, ya es tiempo, agregó Santiago. El caballero tendrá que perdonar nuestra pobreza, en mérito de nuestra buena voluntad.

—Pero ustedes son mas ricos que yo, dijo Faramalla mirando a la hija mayor rápidamente, mientras avanzaban lentamente hácia el vecino comedor. Hé aquí un tesoro por el cual yo daria todas las minas que poseo.

I señaló a Dolores, quien se puso como amapola. Juana quedó un instante pensativa ante tan brusca declaracion.

—Es una chiquilla que no tiene mas riqueza que su virtud.

No se le ocurrió á Juana decir otra cosa en medio de una algarabía formada por Faramalla i Santiago, que pugnaban por hablar a cual mas.

Conversando bulliciosamente entraron al comedor, el cual presentaba un lindo golpe de vista.

II

Santiago habia invitado a esta cena a un par de vecinos amigos i de cierta respetabilidad. Como jente de campo, concurrieron a la cita con sus trajes desa-

liñados, creyendo que se trataba, como en otras veces, de una reunion de confianza.

Pero llegaban a la casa cuando Faramalla entraba i vieron en parte el deslumbrante traje de éste. No se atrevieron a entrar; creian que iban a encontrarse con el hijo del rei de España o con algun personaje de su clase, i de aquí fué que el respeto se cambiase en miedo en aquellas sencillas jentes.

Entre tanto, todos llegaban a los asientos designados. Santiago, que habia observado la actitud de aquellos dos amigos, dijo en tono suplicante a Faramalla:

—Le habriamos agradecido mucho el que usted hubiese venido con el traje con que se ha dado a conocer. Cerca de aquí están dos amigos que han tenido vergüenza de entrar, porque han creido ver en usted una persona de otro linaje. En mi pais, la hermosa Suiza, esto se vé contínuamente: ricos i pobres tienen sus horas de fraternidad. En este pais no es lo mismo; aquí los ricos tienen un orgullo desmedido orgullo de raza que separa a los hombres nó por la, intelijencia, sino por el traje. En Chile, sabe usted, tiene mas valor el sujeto que cuenta con mas vacas, con mas alfalfa, con mas trigo o cebada...

—Tienes razon, interrumpió Faramalla.

—Santiago! dijo a su vez Juana en tono de reconvencion.

—Un momento mas, prosiguió Santiago. Cuando recien llegué de Europa, quise fabricar un violin, i aun cuando este me demandó intelijencia i paciencia, unos cuantos santiaguinos, al oir sonar las cuerdas, dijeron que yo era brujo i por nada no me dan con el violin por la cabeza.

Todos se rieron de buena gana. Faramalla se paró entonces.

—Comprendo la indirecta, dijo. Voi a cambiarme traje i a quedar como simple minero.

—Así queda mejor, dijo Dolores tímidamente.

—Oh! chica linda, te voi a dar en el gusto; pero acepta este regalo.

Dijo Farmalla, sacándose de la pechera su valioso

adorno i pasándoselo a Dolores. Esta se encojió de hombros, se escusó mirando a Juana i no se atrevió a tomar lo que se le pasaba.

—Mil gracias, caballero, dijo Dolores resueltamente. Puede usted dirijirse a mi madre.

Faramalla dió un paso atrás, diciendo:

—Qué entereza de niña esta!

—Como en Suiza, dijo Santiago orgullosamente, sirviendo una copa de vino a Faramalla. En mi pais la cosa es diferente que aquí. En Chile, las niñas, las chiquillas, aceptan todo sin saber de quien ni por qué. Es cuestion de educacion i de hábito social. La etiqueta europea no permite eso.

—Me has dado buena leccion, Santiago; pero yo creia no ofender con mi procedimiento, pido permiso para hacer este regalo a Dolores.

—Concedido, dijeron casi a un tiempo Santiago i Juana.

I Dolores tomó el regalo, como asustada, sin atreverse a pronunciar palabra.

Faramalla se volvió inmediatamente a un lado i llamó fuerte:

—Siroco!

Al punto apareció, como venido de la cocina, aquel nariz de loro de quien habia hablado la negra a Santiago. Su aspecto estravagante ocasionó la sorpresa i luego la risa de todos. Sin embargo, él no hizo caso de este recibimiento.

—Oye, le dijo Faramalla; al punto aquí mi traje de ayer, el de minero.

Siroco salió con una lijereza cual si hubiera sido pájaro. Era un personaje que orijinó las mas orijinales preguntas.

Faramalla dijo que era su minero de mas confianza i que lo habia mandado porque era mui hábil para estas reuniones. De todo sabia i todo lo hacia: era cocinero y dulcero, i por satisfacer un antojo andaba cien leguas.

Diciendo esto, Faramalla se retiró bruscamente como en direccion al patio.

III

—Mira, Santiago, dijo Juana tomándolo de un brazo i retirándolo de la mesa. Este señor es un misterio, i la verdad es que yo no quiero misterios en mi casa.

—Tambien he pensado en eso, dijo Santiago. Que sea esta la primera i última. Lo que faltaba era que viniera con tanta facha para agradar a Dolores...

—Lo mismo digo yo. I luego, debemos no provocar las habladurias del vecindario. Dime ¿quién piensas que es este Faramalla?

—Pues no se me ocurre.

—A mi sí. Creo que podrá ser algun brujo. Porque de dónde sale ese hombre regordete que se ha metido en la casa como en casa propia? Muchos entran i salen en esta casa, pero son mas ó ménos conocidos.

—Aguarda, mujer; ya sabremos todo. Prudencia i buenas maneras es lo que se necesita ahora.

Un golpe de música hizo dar un movimiento nervioso a todos.

—Mira, Juana, dijo Santiago con aire tranquilizador. En Suiza, en Alemania, en Escocia, hai hombres especiales para todo, incluso para las cosas raras i sorprendentes. Faramalla quien sabe si es algun suizo!

—Lo veremos; pero lo que él no verá...

—Qué cosa? dijo Santiago al verla vacilar.

—No verá el amor de aquella chiquilla, i Juana señaló a Dolores.

—I vendrá por ella?

—I crees que por mí, tonto leso?

—¡Santiago! ¡Santiago! gritó Faramalla a poca distancia, próximo a entrar.

—¡Aquí estoi! contestó el suizo alegremente.

Un grito de aprobacion resonó al ver asomar a Faramalla en su traje ordinario de minero.

—¡Somos iguales!

—Somos iguales, contestó Santiago i Juana, entre los aplausos de las chiquillas.

IV

—Me gusta la franqueza de ustedes, dijo Faramalla sentándose frente a Santiago. Agradecido yo a una atencion, que presumia, les voi a regalar un concierto; pero Santiago puede llamar a su par de amigos. En esta mesa tienen asiento los que quieran compartir nuestra alegria.

—Mui bien, dijo Santiago yendo a buscar sus amigos.

I la cena dió comienzo sin ceremonia alguna.

Faramalla empezó a trinchar fiambres i a pasar copas con una lijereza admirable.

—¡Una pechuga! alita de pollo! trocito de lomo! un trago, i otro, i otro!

Así hablaba Faramalla, sin estar quieto ni callado un momento.

Santiago llegó con sus amigos i música alegre resonó en el comedor. A ese tiempo, la negra entró, cubierta de flores la cabeza i pechera, trayendo una gran fuente con fiambres, cuyos vapores olorosos incitaban a comer con apetito ampliamente abierto.

—¡Por Faramalla! dijo Santiago levantando una copa.

Muchas copas se levantan llenas de vino, i a una voz quedaron secas. La alegria empezaba sin etiqueta alguna.

V

Pero Juana, en medio de su alegria, guardaba en su cerebro una idea seria. ¿Ese señor vendria a la casa por álguien?

¡Otra copa! i despues varias. La cabeza principió a trastornarse; pero tal vez porque no habia comido lo suficiente. Juana empezó a trinchar i a comer sin piedad alguna gallinas i pollos fiambres.

Las hijas no bebian, pero comian con el mejor apetito, i Faramalla, formando faramalla a todos, hablaba, comia i bebia a un tiempo, con pasmosa rapidez.

Preguntas i respuestas se sucedian a cada instante, a medida que el licor lo iban consumiendo. Ya era Faramalla quien hablaba, ya los de la casa o los recien llegados.

I la música continuaba.

—El caballero nos ha traido música, dijo Juana. Es bellísima; pero ¿quiénes tocan?

—Son mis empleados, dijo Faramalla. Los tengo para dar sorpresa, de manera de ser oidos sin ser vistos.

—Pero, ¿no se podran ver i oir cantar?

—Tal vez; por lo menos van a cantar.

—Sí, ¡venga el canto! gritaron todos.

Alguno de los amigos de Santiago, colorado ya con las copas, preguntó cómo se llamaba el fastuoso caballero que tal cena preparaba.

—No me pregunten, hombres, dijo Santiago; se llama como ustedes quieran: rei, príncipe, minero o diablo, ¡qué sé yo!

—¡Venga esa copa! gritó Faramalla dirijiéndose a una que habia sobre la mesa, pero vacia.

La copa saltó i tras ella otra llena de vino, i ambas llegaron hasta la mano estendida de Faramalla.

—¡Oh! dijo éste, tomando esta última; tú me vas a guardar el secreto, i se aproximó como a hablar a la copa.

Los circunstantes quedaron como quien vé visiones.

—Sepan ustedes, dijo, que aquí nada hai de sobrenatural. Una corriente magnética he arrojado a la copa, i ésta se mueve a mi voluntad. Cuando vengan otras jeneraciones; esta corriente invisible, poderosa, atrayente, dará vida i movimiento a muchas cosas que hoi ni se sospecha. La corriente magnética es el calor vital de los cuerpos puestos en accion; es la vida misma de la materia que proclama su imperio sobre el mundo inerte, frio i egoista; es el alma del

mundo, el verbo eterno de la eterna trasformacion...

—El caballero nos habla en latin, dijo uno de los amigos de Santiago; lo mejor será beber una copa.

I todos alzaron las copas.

VI

La alegria era completa. Las chiquillas fueron retirándose de menor a mayor, i así la franqueza tomó mayores proporciones.

Faramalla acercóse entonces a Dolores, la única que quedaba de las chicas, i pasándole una copa le dijo:

—No te vayas; te haré feliz si te quedas, i me harás feliz si me oyes.

Juana, que estaba cerca, replicó al punto:

—Caballero, mi hija no oye mas que a la madre, ni será feliz en ningun lado mas que en el mio.

—Perfectamente, dijo Faramalla; pero como en mi corazon no hai egoismo, deseo que en el de ustedes tampoco lo haya. Yo vivo para todo el mundo, para amigos y amigas; cuando puedo doi felicidad. Venga la copa y la alegria; tengo dinero, tengo fortuna. Me falta encontrar una voluntad i un contento que en vano busco por todas partes, como si una maldicion de álguien, mas poderoso que yo, pesára sobre mi...

—No siendo maldicion de Dios... dijo la negra entrando risueña.

—Negra intrusa! gritaron Santiago i Juana.

—Negra tonta, calla! no hables así! dijo Faramalla en tono casi humilde.

I luego agregó:

—Dejemos estas cosas. Vamos a la música.

—Sí, dijeron varias voces; a la música!

CAPÍTULO V

El trovador

I

Faramalla se levantó diciendo:

—Bebamos esta copa por los músicos que van a venir. Es una compañía que me cuesta mui caro.

—Por la compañía! dijeron todos, bebiendo a copa llena.

—Dígame, Faramalla, le dijo Juana acercándosele: ¿dónde está la mina o casa de usted? Porque lo veo con tantas novedades, que me parece buen camino el saber su domicilio. Podríamos ir a verlo; en su casa debe tener muchas curiosidades.

—Mi casa, estos lugares, la forma el fondo de una mina. Allí suelo pasar horas enteras pensando en

que siendo yo poseedor de grandes riquezas, no puedo sin embargo, encontrar mi felicidad ni siquiera por un minuto.

—Ni por un minuto! Entónces aquí no ha estado un instante con gusto?

—Nó, Juana; lo que se podia llamar gusto para mi no seria mas que el reflejo del gusto ajeno. No tengo gusto propio.

—Es usted soltero?

—Sí i nó...

—Oh! por eso vive intranquilo... Cásese como Dios manda...

—Calla, Juana! dijo Faramalla dando muestras de gran turbacion.

A ese tiempo resonaban alegres vivas entre los de la mesa, algunos de los cuales contaba un picaresco chiste.

—¡Siroco! salió gritando Faramalla, avanzando hácia el patio.

—Yo iré a verlo, gritó Santiago, saliendo.

—Allá voi contestó Siroco apareciendo desde la cocina, de donde se sentian sonoras carcajadas de la negra.

—La alegria reina en mi casa por todas partes, entró diciendo Santiago.

Faramalla habló en voz baja a Siroco i éste partió jero hácia el fondo del patio, de donde volvió traeendo al hombro una gran caja de madera. Dejó èsta n un rincon de la pieza i se retiró a la cocina, donde parece estaban con la negra en la mas franca i alegre fiesta.

II

—Aquí está la compañía de músicos, dijo Faramalla abriendo la caja.

Todos se pararon para ver i oir de cerca; pero aquel les indicó que no era necesario aproximarse mucho.

La caja, pintada de negro, tenia unas dos varas i media de largo, una de alto i una i media de ancho.

Faramalla paró la tapa, dejando ver un teclado i encima una plataforma con varios agujeritos.

—De estas cajas he visto en Alemania, dijo Santiago. Suelen tener música mui bella.

Un golpe de música sintióse entónces, haciendo estremecer a los circunstantes; música alegre en que se percibian varios instrumentos, algo como una orquesta invisible.

—Esto es mas orijinal i armonioso que lo que yo conocia, dijo Santiago.

Gritos de admiracion se hacian oir, especialmente de las chiquillas, las cuales, al sentir la música, se agruparon poseidas de la mayor curiosidad. Los amigos de Santiago estaban casi con la boca abierta.

—¡Ni el diablo podrá tocar mejor! dijo uno, en el colmo del entusiasmo.

—Sin embargo agregó Faramalla, pronto van a oir algo mejor.

Dió un puñetazo en uno de los bordes de la caja, i ésta empezó a agrandarse como una media vara mas por todos sus lados.

—Parece que está viva, dijo una de las chiquillas.

—Es caja de resortes, pero cuyo secreto no conozco.

—Calla Santiago, dijo Juana. La estás echando de conocedor de todo i talvez no entenderás una palabra.

—Van a oir un coro de canto noruego, interrumpió Faramalla.

—¿De la Noruega? dijo Santiago.

Tambien has estado allá? le interrumpió Juana en tono de broma.

—Por lo ménos sé que Noruega está al norte de Europa i que allí hace mucho frio...

—Pero, hombre, no seas tonto! ¿Qué tiene que ver el frio con la música esta?

I Juana se echó a reir.

—Cuidado, Juana; estamos en la Noruega! gritó Faramalla cubriéndose media cara con el poncho, en forma de rebozo, en tanto que música orijinalísima resonaba con grande admiracion de todos.

Se oyó entónces como un canto lejano, frio, pesado, como las nieves.

III

—Está haciendo frio, dijeron casi a un tiempo las tres chiquillas.

Una corriente de aire helado parece que salia de la caja. Faramalla empezó a aproximarse hácia el lado donde estaba Dolores, la cual se juntó a Juana en actitud de buscar calor.

—De veras que hace frio, dijeron algunas voces.

—Siento frio como un diablo, agregó otro.

—Siempre el diablo metido en todo, dijo Faramalla. Si hace frio, ese frio es del diablo; si calor, calor infernal; hai pobres como diablo i ricos mas que un diablo. Si hai álguien que no vale nada, pues ese no vale un diablo; si hai un guapo, es mas bravo que un diablo. ¡Oh! al diablo lo acomodan los hombres a su gusto; lo achican como un diablo, lo agrandan mas que un diablo; ya es un sujeto chico como un diablo, o un grande mas que un diablo. Se acomete una empresa i se lleva adelante con cien mil diablos a caballo. Si álguien ataca a otro, le tira con un diablo por la cabeza, i si escapa, corre mas lijero que ánima que lleva el diablo.

—Es cierto, dijo Santiago; tanto se ha vulgarizado el nombre del diablo, que éste ha llegado a ser indispensable en la vida. Es un ser con el cual se nos asusta cuando estamos chicos; pero ya grande, no nos espanta un diablo.

—Como tú sois un diablo entero, dijo Juana riéndose, i Faramalla debe ser otro diablo mas grande...

—I con cachos, interrumpió éste.

—¡Ai! este hombre tiene cuernos de veras! gritó Juana en el colmo de la admiracion.

En efecto, Faramalla asomaba en ese instante dos cuernos negros, enroscados, i como de dos o tres pulgadas de alto.

Todos quedaron mirandólo con miedo. Las chiquillas corrieron hácia donde estaba Juana, miéntras Faramalla soltaba una carcajada.

—La he pasado por diablo, dijo, al mismo tiempo que los cuernos se perdian en el pelo abundante de la cabeza. No se asusten, agregó, bajando ésta i mostrándola; tengo la particularidad de poder mover a mi voluntad el cabello, en la parte que está algo ensortijado, i es un par de cadejos de pelo el que hago levantar figurando cuernos.

—Convenido en que hemos sido engañados por la vista de esos cadejos; pero usted debe ser pariente del diablo, dijo Juana.

—Lo que decia hace poco: el diablo anda metido en todo. Sobre este asunto hablaremos en otra ocasion. Por ahora, ya que la música va apagándose, oiremos una cancion de un pais cálido.

Diciendo esto Faramalla, pasó a la caja i dió otro puñetazo. Un viento tibio recorrió la pieza cesando el frio casi instantáneamente.

IV

—Estamos en Africa! gritó Faramalla. Oigan un cántico de negros.

Un canto se oyó, en efecto, seguido de música estravagante, causando la mayor admiracion de todos. ¿Quiénes cantaban? Inútil fué que se acercaran a la caja, porque ménos se oia de cerca que de lejos; de modo que para escuchar bien, tenian que guardar cierta distancia.

Faramalla fué acercándose a Dolores i logró buscar la ocasion en que mas admirados estaban, para entablar un pequeño diálogo con ésta.

—Mira, Dolores, si te fueras conmigo a mi palacio, ¿no crees que serias feliz?

Dolores se puso colorada. Miró a Faramalla e instintivamente tuvo miedo, sin saber por qué.

—Soi feliz al lado de mi madre, dijo Dolores secamente.

—Pero deseo ser tu esclavo; te doi riqueza i esplendor ¿qué mas quieres?

—Si yo no quiero nada!

—No tienes amor a una vida llena de comodidades i de alegrías, rodeada de telas riquísimas, de flores perfumadas, con oro a montones, servida por multitud de criados? Todo te doi, todo, en cambio de tu cariño...

—Todavia no sé de cariño: solo amo a Dios...

Faramalla se estremeció, dejando escapar una especie de rezongo. Dolores se acercó a Juana con cierto disimulo, para no agraviar bruscamente al enamorado señor, i éste pasó triste al lado de la caja. A ese tiempo, la música salvaje de los invisibles africanos iba terminando.

Van a oir mis penas, dijo Faramalla, afirmándose por detrás de la tapa o cubierta de la caja.

—Oiremos sus penas, dijeron algunas voces.

—Parece imposible que usted tenga penas, habló un amigo de Santiago.

—Pues, son penas en verdad. ¡Atencion!

V

Un instante de silencio siguióse despues. Faramalla apretó un boton inmediato al teclado, i un monito saltó por entre los agujeros de que antes se ha hablado. Grito de asombro resonó en la pieza, miéntras Faramalla acariciaba al monito, el cual daba muestras de gran contento.

Tenia éste una media vara de alto, vivaracho i con cara semejante a la de Faramalla, con la diferencia de la barba i pelo de la cabeza. Estaba vestido en traje de caballero, lo cual causó la mayor diversion.

—Este ha cantado en Africa, su pais natal; pero en Paris aprendió a representar en teatros.

Miéntras esto hablaba Faramalla, el monito hacia jestos i accionaba con las manos como el que dirije una orquesta. Aquél tomó un asiento i se colocó siempre detrás de la caja, e invitó a todos a que se sentaran.

Faramalla tomó un pequeño violin, que oculto en la caja estaba, i empezó a tocarlo con gran maestria

—Vayan a llamar a la negra para que venga a oir esta música tan linda, dijo Juana a las dos chiquillas menores.

Corrieron éstas hácia la cocina, pero luego volvieron diciendo que la negra no estaba.

—Déjala que se desocupe; ya vendrá cuando ella quiera, dijo Santiago.

Faramalla empezó a cantar, en tanto que el monito hacia el aparato que era él el que cantaba. La diversion de la familia llegó al colmo.

Aquél entonó una especie de introduccion, con estas estrofas:

Yo un poco sé de todo:
Soy músico i soy poeta
I así vivo de buen modo,
Cantando i alzando el codo
I siguiendo alguna veta.

—Bravo! gritaron los hombres a un tiempo.

Juana se paró, buscó una copa de vino i fué a pasarla a Faramalla, diciéndole:

—Tome i alce bien el codo.

Faramalla se adelantó, tomó la copa i bebió a la salud de todos.

—¡Continué i siga la veta! gritó uno.

—¡Oh! la veta va en terreno mui duro... i yo que he hallado tantas otras...!

No comprendieron el alcance de estas palabras de Faramalla, que no significaban otra cosa sino que sus amores en esa casa iban mal.

—Qué bien canta, dijo una de las visitas a Juana; el señor ¿será español?

Antes que aquélla contestase, cantó el trovador:

En Chile soy santiagueño,
En la Arjentina cuyano,
En España madrileño,
En toda costa porteño
I al sur de Europa italiano.

—Bueno el diablo éste, dijo Santiago en medio de

los aplausos que dirigian todos a Faramalla i al monito, qne seguia el compas del canto para hacer sus movimientos i jestos.

—Este minero echó la pierna a todos! esclamó una visita.

—Si este señor no es minero; cuando mas será dueño de minas, espuso Juana.

— Sea lo que fuere, dijo Santiago; lo cierto es que canta divinamente.

—Calla, Santiago! interrumpió Faramalla, miéntras el monito se tiraba de cabeza al fondo de la caja.

—Bueno, que siga la música i salga el diablillo.

VI

La risa volvió a todos, i despues de rociar las gargantas con largos tragos de vino, apareció el mono llamado por el amo. Preludió el violin una cancion, i esta empezó así:

En las minas soi minero,
En la fonda bebedor,
En Santiago caballero
I en el puerto pescador.

—Mui bien, dijo Santiago; continúe el canto.

Siguió éste, en efecto, con dulzura. Faramalla habria podido lncirse en un teatro, pues dejaba oir voz fresca, bien timbrada i sonora.

Doi riquezas i doi flores
A la que me quiere bien,
Pero todos mis amores
Irán siempre ten con ten.

—Eso es! despacito se anda lejos, gritó Santiago entusiasmado con el canto i el vino.

El trovador continuó:

Eternamente sufriendo
Siempre con pena i dolor,
Yo vivo así, padeciendo,
Sin hallar tiempo mejor.

—¡Para que pase la pena! gritó una de las visitas, llevando una copa i adelantándose a Faramalla.

—Canta usted admirablemente, dijo la otra persona amiga de Santiago. ¿Cómo se llama este diablo?

—¡No sea usted imprudente, si no es diablo! replicó Santiago.

—Ya va a saberlo, contestó el aludido.

Sonó el violin i se oyó cantando esta poesía:

A nadie mi vida asombre
Pues que la virtud me falla;
Quien quiera saber mi nombre
Le diré que es Faramalla.

Los aplausos resonaron entusiastas. El trovador cantó, como despedida de esta fiesta, este último cuarteto:

Apuremos la alegria
Ántes que el gallo cante;
La luz del nuevo dia
No hai diablo que la aguante.

VII

Como preparado al efecto, un gallo dejó oir un desabrido canto. Faramalla se paró al punto i guardó el violin. El monito se hundió en la caja i ésta se encojió i cerró.

—Las últimas copas dijo Faramalla, miéntras todos se paraban como para retirarse.

—¡Ya viene el dia! esclamó álguien.

Faramalla se estremeció. Se echó al cuerpo una copa repleta de vino i salió a llamar a Siroco.

—¡Petronila! ¡Petronila! gritó a su vez Juana. Esta negra no ha venido en toda la noche por llevarse a la orilla del fuego.

—Entretenida con Siroco talvez, dijo Faramalla con risa burlesca.

Siroco llegó corriendo a ese tiempo. Tomó la caja al hombro i salió con ella hácia la calle.

Faramalla lo siguió, despidiéndose rápidamente i prometiendo volver en la noche siguiente.

—Lleve su oro; aquí está su paquetito, le gritó Santiago corriendo hácia una mesa en que tenia guardado ese metal.

—Deja eso, hombre, dijo Faramalla saliendo.

Santiago lo siguió para entregarle el oro; pero cuando llegó al umbral de la puerta de calle, perdió de vista a Faramalla. No solo no lo divisó, sino que ni rumor de trancos sintió. Mucho ménos supo el rumbo que tomó Siroco.

—Es particular, entró pensando Santiago; este par de hombres ¿a dónde irán con esa caja tan grande? Son éstos un par de diablos que no comprendo.

Entró hácia el interior de la casa i allí sintió que Juana lo llamaba desde la cocina.

—Santiago, corre a ver esta novedad.

Tomó una vela Santiago i corrió a ese lugar, miéntras las visitas se despedian i las chiquillas pasaban a su dormitorio.

La negra estaba mas fea que nunca, con cara estúpida, con el labio inferior caido como el de un caballo viejo. En cambio estaba llena de flores perfumadas, cubierta la garganta con rico pañuelo de seda lacre. Su vestido era el que acostumbraba ponerse en los dias de fiesta, de color blanco con listas café.

—Esta negra ha estado paseando, dijo Juana remeciéndola fuerte.

—Con ese maldito nariz de loro, sin duda, agregó Santiago, levantando a la negra.

Mira, Santiago, esta diabla tiene un machucon aquí... ves?... aquí...

I Juana tocaba con tiento la mejilla izquierda, en la cual se notaba una hinchazon algo morada. Demos-

traba que allí habia sufrido la negra algun golpe nada suave.

—I este pañuelo... estas flores... ¿quién se las habrá dado? Miren que negra atrevida.

—Ya lo sabremos todo, repuso Santiago. Aquí hai algun misterio, porque esta negra es mui formal. Ese nariz de loro, cara de demonio, andará metido aquí. Lo mejor, Juana, es no admitir mas a esta jente.

—Mui bien dicho. Mañana acordaremos esto; por ahora llevemos a la negra a su cama i vamos nosotros a dormir. Ya está aclarando el dia.

Santiago i Juana tomaron de los brazos a la negra i casi a la rastra la condujeron a su cuarto. Iba esta aturdida sin duda, porque no hacia el menor movimiento.

—Esta noche ha sido de novedades, Santiago. Se me figura que ese Siroco es algun brujo.

—Petronila nos lo dirá. Sepamos el misterio de la cocina, que lo que es por de pronto a dormir!

Siroco, en traje de gala.

CAPITULO VI

La cabra encantada

I

Contenta como unas pascuas estaba la negra Petronila con los regalos i agasajos que le hacia Siroco, al comenzar la cena de que se ha dado noticias anteriormente. Este gustaba de beber, i la negra no hacia menos, estrañándose ella de encontrarse con tantos brios para divertirse.

La estravagancia de Siroco i la gran habilidad que mostraba en el manejo de la cocina, ocasionó en la negra el mas franco buen humor.

—Dime, Siroco, dijo ésta, ¿de qué pais sois?

—De un pais en donde se goza mucho; pais de amores, de música, de dulces, de flores i de alegria sin límites.

—Pero ese lugar será el cielo, dijo Petronila riéndose.

—Es un cielo sobre la tierra.

—Llévame a ver esa grandeza, i entonces no te diré nariz de loro.

I la negra soltó una ruidosa carcajada.

—Qué negra tan bulliciosa! dijo Siroco alegremente. Mira, ¿quieres ver algo de lo que es mi buena tierra? Es lo mas sencillo.

—Como no sea saliendo de la cocina; porque afuera debe hacer frio. El tiempo está como para llover.

—No tengas cuidado. Pero te advierto que si te sometes a lo que yo te indique, tendrás que acordarte por toda tu vida.

—Mucha curiosidad tengo. Sin embargo, cosas de brujos no me gustaria, aun cuando no les tengo miedo. Ni el diablo me hace temblar. Se me figura que

sois algun brujito que debes saber muchas novedades. Dí la verdad.

—Sí, un poco. ¿Quieres ser brujita?

—No quiero; pero me gustaria conocer alguna de tantas diabluras que se cuentan.

—Espera un poco.

II

Siroco salió a la puerta, en donde dió tres ladridos de perro. Al punto, como bulto caido del cielo, sintióse una especie de porrazo en el patio, al mismo tiempo que un relámpago iluminaba la oscura noche.

—¡Ven, mi cabrita linda! dijo Siroco a alguien en el patio.

Al punto llegó dando saltos una cabra negra, la cual de un brinco se subió sobre los hombros de Siroco, abrazándolo.

—Mira, negra, entró diciendo aquél; aquí tienes una buena amiga i te la presento.

Petronila quedo con la boca abierta, en tanto que Siroco se reía i la cabra lanzaba una especie de carcajada.

—¡Ese animal es jente! dijo asombrada la negra, dando muestras de gran miedo.

—Es cabrita, respondió Siroco, tócala.

La negra tocó por el lomo a la cabra i despues la cabeza, con cierto temor.

—¡Qué ojos tan diablos tiene esta cabra! dijo la negra. Dime, Siroco, ¿es cabra de veras o es el diablo? Porque no sé cómo ha venido aquí ni por dónde.

—Esta cabrita tiene una historia singular. ¡Era una mujer casada!...

—¡Una mujer casada! interrumpió aquella, abriendo boca i ojos, hasta quedar con aspecto horrible.

A este tiempo la cabra se habia bajado de los hombros de Siroco i, parada en dos patas, recorria la cocina, rejistrando ollas i platos con gran atencion. Observó esto la negra, i sin pensar que seria verdad lo que estaba oyendo, un sentimiento de compasion,

de caridad, la movió, rápidamente, a ofrecer a la cabra un plato de madera, en donde colocó un trozo de gallina, pan i queso. I todavia agregó un vaso de greda casi lleno de vino, diciendo:

—Si es cierto que has sido jente, come i bebe.

La cabra se acercó a la negra, siempre en dos patas; afirmó las delanteras en la barriga abultada de ésta, la miró con ojos brillantes i fijos i dejó escapar un par de gruesas lágrimas.

—Te está dando las gracias, dijo Siroco. Es el mayor i mas espléndido regalo que se le hace por alma nacida. Esto tal vez te resultará un gran beneficio, porque significa que sois caritativa. Si la verdadera caridad se practicara en el mundo, entónces el mundo no seria un infierno, morada de diablos verdaderos, como es i lo será.

—Oh! yo quisiera ser caritativa hasta con los diablos. Cuando doi un pan al que creo que lo necesita, quedo mas tranquila i mas contenta que si me hicieran un buen regalo.

—Es que los pobres saben lo que es sufrir i por eso en ellos resplandece la caridad, como antorcha que iluminará el camino de la vida i señalará el rumbo de una venturanza que no acabará jamás.

—Me gusta oirte, lo que significa que no serás tan brujo ni tan malo como puede parecer al que te vea haciendo venir cabras del otro mundo; dijo la negra, sirviéndose una copa de vino, i agregó:

—Nunca habia yo bebido tanto. Si mis patrones i amos lo supieran, me romperian la crisma a palos. Pero el señor Faramalla los tiene tan entretenidos, que no se acordaran de mi.

La cabra se acercó al plato i empezó a comer pan en pequeños pedazos, desmenuzados con el hocico, no sin algun trabajo. La negra dividió en trocitos el pan, el queso i la carne, mientras Siroco, que se empinó buen trago de vino, siguió su interrumpida historia de la cabra.

III

—Cuéntame, chicoco, la novedad de este animalito, dijo la negra tocando la cabra por todas partes.

—Era una mujer casada, continuó Siroco, mui orgullosa porque era rica. No tenia compasion por nadie, i de todo el mundo se reia. Gustaba de bailes i amorios, no importándole nada burlar i ridiculizar al marido, que era un buen hombre. de caracter enteramente diverso. Una tarde fué la señora a ver un inquilino para mandarlo con un recado que le urjia, dirijido a uno de sus enamorados. Al entrar al patio, mui de prisa, se encontró con una hermosa cabra, de propiedad de la mujer del inquilino. Estaba el animal acompañado de dos pequeños cabritos, los cuales, jugando, se aproximaron a la señora casi estorbándole el paso.

La desalmada mujer, rabiosa porque se le ponian por delante aquellos inocentes animalillos, los agarró de la cola i uno a uno los tiró contra una pared, matándolos en el acto. La cabra empezó a dar los mas lastimeros balidos, i tanto que su dueña salió a verla. Al presenciar la furia de la señora, le rogó que no acabase con sus cabritos, porque eran su única fortuna. Pero aquella furia dió un salto hacia la cabra, que se le habia acercado como implorándole clemencia para sus chicuelos, la tomó del pescuezo i la arrojó mui lejos. La cabra quedó muerta en el suelo.

Entónces, la afijida mujer del inquilino maldijo a su patrona i pidió al cielo que esta soberbia mujer, sin corazon ni caridad, fuese convertida en cabra, así como el rei Nabucodonosor fué trocado en cerdo.

Al punto vino un remolino de viento i tierra tan fuerte, que arrancó i despedazó los vestidos de la señora, i ésta se trasformó instantáneamente en la cabra que tú ves.

I para mayor castigo, le es permitido entender todo lo que se dice a su lado, pero sin poder hablar.

IV

La cabra habia dejado de comer al terminar esta relacion. Tenia la cabeza entre las patas delanteras i de sus ojos salian hilos de lágrimas que humedecieron el suelo.

—¡Pobre cabrita! dijo la negra acariciándola. Habia oido decir que existen personas encantadas; pero nunca lo supe de cierto. ¡Dios me libre...!

La cabra se estremeció i Siroco tambien.

—¡Calla, negra! No pronuncies ese nombre, dijo éste.

—¿Por qué? Yo soi cristiana .. ¡Mira!

La negra sacó de entre los pliegues de la camisa una crucecita de metal amarillo, pendiente de un cordon negro. Gran espanto causó esto a Siroco. La cabra corrió hacia la puerta, espantada tambien, i la negra tuvo que guardar su símbolo relijioso para que todo quedase en paz.

—Oye, negra: con esa cruz no sabrás ni verás nada, cuando ya ibas a poseer mi gran secreto...

—Bueno; tengo curiosidad de saber tu gran secreto: Se me figura que tambien tú sois un hombrecito encantado. ¿Es así?

—Sí, negra; pero prométeme que no revelarás esto a nadie. No te puede causar esta noticia ningun temor, porque soi inofensivo. Me agrada tu compañía i deseo complacerte.

Petronila no se habia figurado que su pregunta hubiera resultado ser verdad. Un miedo atroz empezó a sentir, al mismo tiempo que deseos vehementes de echar a correr en direccion a la familia. Pero en la puerta estaba la cabra, i luego le estorbaria el paso Siroco. Pensó dar grandes voces i mostrar de nuevo la cruz, para verse libre de peligros i tentaciones malignas, i aun proyectó ponerse a rezar en voz alta para ahuyentar a aquellas dos figuras del otro mundo que tenia a su lado.

Sin embargo, Siroco i la cabra permanecian en

una actitud que en realidad no infundia miedo. La negra se tranquilizó de un repente, volviéndole el valor i buen humor de antes. Ya habia empezado a saber novedades i quiso verlas hasta su término.

—No tengas ningun miedo, negra, continuó Siroco. Animo i verás cosas buenas. Pero guarda esa cruz: envuélvela en algun trapo i cuélgala de un clavo en la pared.

La negra vaciló. La curiosidad que tenía era tal, que consintió en lo que aquel le decia, preguntando sin embargo:

—Si los patrones viniesen de un repente, ¿qué se les puede decir? Porque pueden ver la cabra i sospechar alguna cosa mala.

—No vendrán, dijo Siroco, i aun cuando viniesen, no podrán ver nada.

—Bueno, ya está fuera la cruz. Aquí queda envuelta.

I Petronila guardó su reliquia en los pliegues de su pañuelo de rebozo, el cual colgó en la pared. Un viento tibio penetró a la cocina, cuyo fuego se mantenia abundante. Pero aquel viento provenia de fuera, entraba del patio.

—Sube en la cabra, le dijo Siroco, i vamos a pasear por ahi cerca. Has cuenta que montas en un caballito chilote.

—¿Cómo voi a subirme sobre una mujer? Eso no puede ser bueno, i luego no resistiria el peso de mis veinticinco años de edad.

—La cabra está para estos casos, porque así es la regla de los encantamientos. Cuando me toca volverme burro, tengo que aguantar palos i hambres i todo.

La negra se rió de buena gana, i lo mismo hizo Siroco

—Es decir, dijo aquella, que cuando andas como jente, o media jente, como ahora, te divertirás a tu gusto.

—Es claro, i por eso te convido a mi palacio. Monta, i verás que la cabra tiene resistencia i sabrá llevarte sin novedad.

—¿I la vuelta será luego?

—Sí, ántes que venga el dia. Sube en la cabra, que yo te guardo las espaldas.

—¡Qué cosa tan rara esto! dijo la negra subiendo con tiento a la cabra.

Esta se afirmó en las patas i recibió el cuerpo de la negra sin dar muestras de haber sentido peso alguno. Siroco se puso detrás i dijo a la negra:

—Cierra los ojos i no los abras hasta que yo te diga. De lo contrario, te caes i te matas.

—Así lo haré. Pero oye, ¿i si la cabra tira al monte?

—¡Calla negra! cierra los ojos... a la una... a las dos... a las tres!

Un remolino de viento tibio se produjo entónces, i cabra, negra i nariz de loro desaparecieron, transformado este último en pequeñuelo, colocado sobre las espaldas de la negra.

CAPITULO VII

Petronila en el palacio del príncipe Oscar

I

La negra cerró los ojos, como le indicaba Siroco, i entónces sintió como que la cabra se levantaba en los aires. Un torbellino rujiente jiraba en torno de aquellos estraños viajeros, i entónces la negra casi desfalleció de miedo. Le pesó grandemente haberse metido en esa aventura; quiso llorar i gritar a la vez, i tuvo intento de abrir los ojos para ver si estaba en el patio aun i echar a correr en busca de auxilio. La voz de Siroco la recibió como voz de consuelo i de esperanza:

—Animo, negra. Cuidado con abrir los ojos, porque te desvaneces i caes, i entónces no respondo de que te hagas mil pedazos.

—Siroco, Siroquito, dime si vamos por los aires o estamos en el patio, porque me entran por las orejas i otras partes unos chiflones de viento que me están enfriando hasta el contri, fuera de que tengo un miedo tan atroz, que a la vuelta voi a necesitar de todo el jabon del pueblo para...

—¡Calla, negra! i afírmate bien. Aprieta las piernas i agarra con fuerza los cuernos.

—Eso estoi haciendo; pero el lomo de esta diabla está tan afilado, que me vá incomodando... ai!... Siroco...! Siroco...!

—Aguanta, negra!... ¿Sientes?

—Si, siento que el lomo...

—Nó! te digo si sientes bullicio de jente.

—Solo sé, Siroco, que voi perdiendo la cabeza... Ya no aguanto mas... Siroquillo...!

El viento azotaba la cara de Petronila. Las fuer-

zas le iban disminuyendo i el corazon como que se le habia atravesado i amenazaba ahogarla.

En esos momentos la cabra dió un estremezon; luego un balido, i al punto la negra sintió ruidos estraños i habladuria de mucha jente. Cesó el movimiento del animal, i la negra se sintió tomada de los brazos i de las piernas i trasportada livianamente a un aposento, en donde notó que todo era blando. Sintió manifestaciones de alegria i aspiró perfumes que le devolvieron las fuerzas i los alientos.

II

—Abra los ojos sin temor, está en su palacio.

Tal fué lo que la negra oyó asombrada. Fué abriendo, en efecto, los ojos con timidez, al mismo tiempo que ruido de sedas, como de vestidos que chocan, sentia a su lado. Empezó a ver luz brillante i un dormitorio tan lujoso, que no pudo reprimir un pequeño grito.

Manos delicadísimas la tomaron i le dieron a beber un licor raro en copa mui pesada. Abrió los ojos i se encontró rodeada de algunas mujeres bellísimas i sonrientes, una de las cuales le servia en copa de oro salpicada de brillantes i rubíes.

—Estoi... ¿Dónde estoi...? Siroco...

La negra no sabia qué decir. Las damas le acariciaban i le ofrecian regalos de frutas i dulces; pero aquélla estaba como atontada. Todo lo que veia era para enloquecerla.

La dama de la copa hizo señas a las demás para que se retiraran, i ella quedó sola con Petronila.

—Aquí sois princesa, dijo aquélla a ésta. Voi a vestiros, porque luego vais a ser presentada a la corte.

—Yo... princesa...! Si no soi mas que una pobre negra...

—Nó, aquí no hai negra ninguna. Vuestra Alteza es blanca ahora. Aquí hai espejo.

Dijo la dama, tomando del brazo a Petronila i po

niéndola frente a un espejo. La negra quedó mirándose con la boca abierta.

—Si esta... no soi yo... Aquí estoi blanca... i hasta buena moza... a mi parecer...

I se miraba i daba vueltas.

—Es Vuestra Alteza...

—¡Cómo artesa! Si la que yo usaba la dejé en la cocina... dijo la negra trasformada.

—Digo Alteza, respondió la dama; ese es título de honor que acaba de concederos el príncipe Oscar.

—Pero, ¡creo que estoi soñando! murmuró Petronila, siempre mirándose al espejo, con desconfianza. Quiero hablar a Siroco. ¿Dónde está Siroco? ¿No llegó conmigo? I la cabra, ¿qué es de ella?

—Tranquilícese Vuestra Alteza: a su tiempo verá a Siroco i tal vez a la cabra. Por de pronto, voi á vestir a Vuestra Alteza.

I sin ceremonia empezó a desnudar a la Alteza de sus humildes vestiduras. Le quitó el vestido, luego una enagua de bayeta o tela parecida, mientras la princesa seguia mui entretenida haciendo posturas sin separarse del espejo.

—¡Va usted a dejarme desnuda! dijo la princesa a su dama. Mire que no uso camisa ni calzones...

—Eso no importa; aquí estamos solas.

I de un tiron le sacó su último fustan, áspero como hábito de fraile.

La Alteza quedó como Eva.

—¡Toda blanca! ¡esto sí que es cosa particular! murmuró entre dientes la princesa. Estoi trasformada de otra laya...

—¿Todavia duda Vuestra Alteza de que está viva i aquí en este palacio?... dijo la dama.

—¡Cómo no lo he de dudar!... Siempre he sido negra de todo el cuerpo... Tal como me encuentro, no me reconoceria ni la negra madre que me parió... Pero, tengo una señal, con la cual no puede haber duda... Un lunar... Por aquí...

I la Alteza se tomó la abultada barriga i empezó a juscar con la mano derecha alguna cosa, mirando fijamente al espejo.

—Aquí está, dijo con cierto contento, tocándose i volviéndose a la dama. ¿No vé? Está negro.

—Eso... no se trasforma, repuso la dama.

I ambas se rieron ruidosamente.

III

La dama colocó a la princesa ricas telas, i en un momento la preparó para presentarse al príncipe. Rico traje de seda celeste, azahares fragantes i una corona de oro i brillantes, constituian el atavío de la princesa, la cual no cabia de admiracion. Hubo un instante que se sintió desfallecer; pero la reanimó la armonia de una música que parecia ser tocada por ánjeles.

—Vuestra Alteza está lista; el príncipe ya llega, dijo la dama retirándose, con un gracioso saludo.

En el mismo instante se abrió una puerta encortinada i apareció risueño un personaje vestido con estraordinaria riqueza. Cubria su talle un jubon de seda carmesí con abotonadura i adornos de oro; calzon corto de la misma tela, con franja de oro, i polainas de seda blanca que le llegaban de la rodilla abajo, i en cuya parte superior sujetaba un broche de brillantes en cada lado de la rodilla. Su calzado estaba cubierto de oro i brillantes, lo mismo que su cabeza, que adornaba una corona real de oro salpicada de brillantes i rubíes, combinados de manera que produjesen un efecto magnífico.

Esa corona, de una media vara de altura, era una obra admirable de filigrana. Remataban en su parte superior, siete gruesas agujas de oro triangulares, en cada una de cuyas puntas habia un grueso brillante.

Pero el adorno principal de la corona lo ostentaba a su frente, i en su mediania. Allí esparcia rayos en todas direcciones, de luces purísimas, ya blancas, ya tornasoladas, un enorme solitario, monstruoso, del tamaño a lo ménos de una mano grande empuñada. Esa sola joya constituia una fortu-

na que no se podria calcular. El solitario valia millones i abarcaba casi todo el frente de la corona. Desparramaba torrentes de luz vivísima, de tal manera que no se podia mirar sinó un instante, porque deslumbraba como un sol chico.

Un tahalí, cuajado de perlas i piedras preciosas, cruzaba terciado el pecho, en cuya estremidad inferior hácia el costado izquierdo sujetaba una larga espada, toda entera de oro i salpicada de puntos brillantes.

Aquel estraordinario señor parecia bajado del cielo con aquella riqueza inponderable.

Su figura era arrogante, su estatura alta, de bien formado cuerpo i de rostro simpático. Barba roja i crespa, como sus bigotes, le cubria gran parte de la cara.

La princesa, que ya estaba prevenida i aderezada para poderse poner al frente de un tan fastuoso señor, lo miró arrogante, como de igual a igual, sin embargo que en su interior estaba que se moria de miedo. I talvez se habria quedado muerta, si no oye pronto una voz conocida que decia:

—Soi el príncipe Oscar, aquel nariz de loro...

IV

Un grito de admiracion, de placer, resonó en la elegante alcoba. La princesa habria caido emocionada, si el príncipe no la toma en sus brazos. Dióle a aspirar un pequeño frasco de esencias, i al punto recobró su viveza de ántes.

—¡Siroco...!sois príncipe encantado... i yo, pobre negra... dijo ésta casi llorando.

—Dejemos esos recuerdos i marchemos. Voi a presentarte a la corte, que nos espera.

I el príncipe tomó con la mano derecha la izquierda de la princesa, en actitud de salir.

—Espera un momento Siroco... digo príncipe. He tenido tan fuertes impresiones con tantas cosas asombrosas que he venido viendo, que me parece que es-

toi en el otro mundo... Pero, siento un dolorcillo de barriga...

—Toma una copa de este licor i sanarás.

El príncipe tomó un frasco lleno de un líquido anaranjado i vació un poco en una copa de oro, la cual presentó a la princesa. Esta bebió de un sorbo i quedó paladeando.

—Si esto pudiera yo tener en mi cocina, con esta copita...

—Aquí sois princesa; no hai cocina ni nada otra cosa. Te digo que dejes esos asuntos, i ten presente que delante de la corte debes estar mas bien muda, a fin de que no vayas a salir con aquellos recuerdos humildes...

—Mira, príncipe, siento hablar mucha jente i linda música: dime ¿dónde estamos? te lo suplico por...

El príncipe tapó rápido la boca de la princesa, de suerte que la palabra Dios que ésta iba a pronunciar, quedó ahogada en la garganta.

—Lo que ibas a decir, no se puede pronunciar aquí, dijo el príncipe con grande ajitacion. Ese nombre nos aplasta i con solo oirlo nos arruina. Si en adelante lo pronuncias, sucederá una catástrofe: todo este palacio quedará convertido en ruinas.

—Dime solo una cosa, príncipe, dijo la princesa asustada con la actitud estraña de aquél; ¿estamos en el aire, en la tierra o en algun pedazo de cielo?

—Estamos en tierra firme; todo aquí es sólido. Toca lo que quieras y te convencerás. Pero, vamos saliendo.

—Espera, otra preguntita ¿volveré a mi casa, o seguiré siendo princesa toda la vida?

—Eso lo sabrás dentro de poco. No te preocupes mas que de gozar i ver lo que nunca habrás soñado.

V

I empezaron a salir. A ese tiempo llegaron muchas damas, a cuál de todas vestidas con mas lujoso traje, abrieron calle i se colocaron detrás de los prín-

cipes. Un enjambre de hombrecitos, gordos i barbones, i cuya altura no pasaba de una vara, llegó hácia la pareja, tambien abriendo calle.

De aquí se divisaba una muchedumbre de jente elegantísima que se movia en varias salas, las cuales se estendian al frente i a los lados, con altas columnas jaspeadas i llenas de colgaduras de ricas telas, formando los mas variados i caprichosos adornos. Aquellos salones, resplandecientes de luz, terminaban en un trono levantado a considerable altura.

Dos gigantones custodiaban las gradas que daban acceso a los asientos del trono i una nube de incienso subia hasta la alta techumbre azul, salpicada de estrellas de plata que reflejaban las luces a millares de los salones.

La pareja atravesó larga fila de caballeros i damas que se agolpaban para verla pasar. El príncipe saludaba a derecha e izquierda, pero la princesa seguia tiesa, cual si hubiera sido de palo. Solo miraba de reojo a uno i otro lado. Iba temblorosa, con pasos vacilantes i de buena gana se hubiera puesto a llorar a gritos.

Aquel espectáculo del mas refinado esplendor, la música deliciosa que se sentia, la fragancia que se respiraba, el roce de las sedas crujidoras, el relampagueo de los brillantes que ostentaba aquella multitud de señores i señoras, el murmullo que se oia en unos salones i los aplausos estruendosos en otros, todo era para trastornar cualquier cabeza, mucho mas la de la princesa, negra poco ántes, rústica e ignorante como habia sido siempre, levantada ahora a las nubes i colocada en un mar de esplendor i de placer.

El cortejo avanzaba lentamente i al fin penetró en un gran salon, aquel donde estaba el trono que se había divisado poco antes i el cual era formado de alabastro, jaspes, oro i plata en multiplicados adornos artísticamente labrados.

VI

Al empezar a subir las gradas, los jigantones, que por lo ménos median seis varas de altura i armados de bruñido acero desde la cabeza a los pies, levantaron en alto la mano derecha i gritaron con voz estruendosa:

—¡Vivan los príncipes!

A este grito respondieron mil vivas. La princesa casi se cayó de susto al sentir los dos truenos jigantescos. Le pareció que estos vivas habian salido de gargantas de bronce i que se le habian metido caracoleando en el estómago i barriga. Disimuladamente se apretó ésta con la mano derecha, despues de lo cual creyó mas conveniente darse unos sobones.

La ocasion era favorable, porque las gradas no serian menos de treinta, i mientras subian, ella no seria vista fácilmente en aquel apurado trance.

—¿Qué tienes princesa? preguntóle el príncipe soltándole la mano izquierda.

—¡Ai! príncipe; siento en la barriga todo un invierno; algo como vientecillo que sin duda yo tenia adentro i que se me removió con el estruendo de los dos gigantes... Si yo pudiera...

—Las princesas no acostumbran andar con vientecillo alguno...

—Así será; pero acuérdate, príncipe, que a tu vista me comí en mi cocina una platada de porotos con cebolla...

—¡Calla! i hazme el favor de no hablar esas indecencias, le interrumpió el príncipe enfadado. Ya que te ha venido ese accidente desgraciado, aguanta i pasará.

—Si yo estuviera en mi cocina, murmuró la princesa, ya habria dado rienda suelta a un otro estruendo jigantesco...!

VII

Música fuertísima resonó en esos instantes i un coro de muchas voces se oyó, mientras los príncipes llegaban a la plataforma i tomaban colocacion en asientos tapizados de seda granate i respaldos de lo mismo, encerrados en marcos enormes de oro.

Desde esa altura, el espectáculo era grandioso, imposible de describir. Cada una de las muchas salas daba frente al trono, el cual venia a ser como el centro o mango de un inmenso abanico. Se veian salas iluminadas de diversos colores, todas llenas de jente que miraba entusiasmada aquel trono que resplandecia como un cerrito de maravillosa combinacion de brillo multicolor.

I el coro de voces melodiosas continuaba.

—Dime, príncipe, ¿qué hace tanta jente aquí? preguntó la princesa. ¿Todos son ricos?

—Son los cortesanos, acostumbrados a vivir a costa de las rentas del Estado. Les he dado honores i privilejios para tener una corte fastuosa i tambien para tener amigos.

—Entonces has sacrificado seguramente a los pobres, a los contribuyentes, para dar lujo a esos señores, que tal vez serán tus adulones.

—Ese es mi pecado. Aquí cada cual paga muchos pecados cometidos.

—¿I qué pecado puedes tener i cuál es el castigo que aparentas? ¡Porque esto es estar en el cielo, i ojalá así se pagáran todas las culpas!

—No sabes lo que dices, princesa. Yo he sido un mal príncipe, cruel, abusador. Entreguéme a los vicios i a los crímenes; para mantener una corte de empleados inútiles i aduladores oprimí, con impuestos i contribuciones al pueblo trabajador; i ahora estoi condenado a vivir en el mundo en figura rara, como tú me has conocido, o en forma de burro.

—¿Entonces esa jente tambien es encantada? dijo asombrada la princesa.

—Aquel que todo lo puede, respondió el príncipe, nos permite estas fiestas, que son para mayor pena, porque recordamos nuestra pasada grandeza. Toda esa jente es encantada, i el esplendor que presencias encanto tambien es.

—¡Tengo miedo! murmuró la princesa.

—No tengas temor. Luego nos vamos a retirar, porque ya va siendo hora de volver al lado de Faramalla.

—Dime, ¿ese señor Faramalla tambien está encantado?

—Ese encanta a todo el mundo; lo manda todo, porque es señor absoluto, rei el mas poderoso; gobierna millones de hombres, tiene millones de espíritus a quienes trasformar en figuras diversas i él mismo puede aparecer como quiere.

—Entónces su verdadero nombre no es Faramalla; ¿cómo se llama?

—Si no lo has adivinado, lo sabrás mas tarde.

—Deseo saber, príncipe, quiénes son tantas lindas señoras que se ven por todas partes.

—Son cortesanas, mujeres que han pasado por honradas porque han podido disponer de ciertos apellidos i de algunos bienes de fortuna. Rodean a los poderosos i ayudan a pervertirlos, sin acordarse de nadie mas.

—Entónces tambien son castigadas volviéndose animales i sabandijas?

—Sí; aquella dama que te vistió era nada ménos que la cabrita...

—La cabrita! interrumpió la princesa en el colmo de la admiracion.

—Ni mas ni ménos; era la cabrita.

—Dime, ¿dónde están los hombres buenos aquí? Quiero conocerlos.

—No seas tonta, princesa cándida, respondió el príncipe riéndose; donde veas reyes i aduladores, riquezas i esplendores, no preguntes por virtud ni por buenas obras. Ah! si yo hubiera sido pobre, seria mas feliz ahora!

—Entonces mis papas i mis cebollas, mis garban.

zos i mis porotos son mas valiosos que tus brillantes, dijo la princesa riéndose con tantas ganas, que el príncipe la obligó a taparse la boca.

Un nuevo espectáculo empezaba a producirse a ese tiempo, interrumpiendo la graciosa conversacion.

VIII

—Mira, dijo el príncipe, aquella muralla que está jirando.

Se veia, en efecto, la muralla de uno de los salones del frente que jiraba mostrando en cada vuelta adornos diferentes. Espejos enormes, cortinajes de todos colores i formas, arcos de flores luminosas del mas espléndido efecto, todo iba presentando aquel fondo del salon en movimiento.

De pronto cesó la música i el canto i aquella muralla se dividió en dos partes, apareciendo detrás una multitud innumerable de ánjeles alegres i en movimiento, los cuales, entonaban un cántico del mas grandioso efecto, acompañado de una fenomenal música compuesta de unos dos mil instrumentos.

Formaban los ánjeles una especie de graderia inmensa, cuyo término se perdia de vista. Los de mas al fondo eran los que estaban mas alto, pero a una elevacion como grande montaña. Parecia que tocaban al cielo.

Los ánjeles ajitaban grandes alas, i el ruido de ellas al chocar, semejaba como el eco lejano de muchas cascadas de agua, bulliciosas i sonoras.

Aquella escena sin igual, era iluminada por poderosos torrentes de luz de un jigantesco arco iris, cuyos colores dividian en secciones trasversales a la muchedumbre anjelical.

De esta manera se veian en primer término los ánjeles blancos, resplandecientes como la nieve herida por rayos de sol: seguían los azules color de cielo primaveral, despues los colorados o mas bien carmesí, a continuacion los amarillos, seguidos de los naranjados, i al final, en la parte superior, los verdes.

Esos siete colores, ajitados i con suaves cambiantes, producian un efecto el mas grandioso que pudiera idear la mas fantástica imajinacion.

IX

—Príncipe, dijo la princesa, trémula de emocion ante aquel espectáculo; se me desvanece la cabeza... ¿De dónde han salido tantos ánjeles?

—No son ánjeles como los que te ha dado a conocer tu relijion, le contestó aquél; son personas que tienen ménos culpas que los que llenan los salones i no se trasforman sino en imitaciones de ánjeles, flores, nubes, mariposas. Porque es preciso que sepas que entre los encantados hai jerarquias o categorias que en estas reuniones tienen gustos diferentes. Acá abajo de este trono, toda esa multitud que se ajita gozosamente, la componen los criminales de la alta clase, los que esplotan al pobre i muchos otros. Aquellos ánjeles son los que no tienen mas culpas que el amor desenfrenado, licencioso, mas allá de lo conveniente.

—Dime, príncipe, todas estas jentes, los ánjeles i tú mismo ¿hasta cuándo permanecerán así como se encuentran? ¿Irán al cielo alguna vez?

—No preguntes eso, porque tendríamos que nombrar a Aquel que todo lo puede, señor de ese cielo i del infierno... i eso no puede hacerse aquí, porque inmediatamente terminaria todo lo que tú estás viendo.

La princesa siguió oyendo aquel canto armoniosísimo. Los ánjeles se movian siguiendo el compás de la música.

La poesia era un himno al placer i al mas ardiente amor.

Al escuchar aquellos torrentes de armonia, parecia que la felicidad reinaria en aquella mansion en que la alegria habia desterrado a la tristeza de una manera absoluta.

Pero el canto varió como la poesia. Himno al rei

de los infiernos resonó, haciendo estremecer con su eco poderoso las salas i sus columnas. Aquellas notas vigorosas i vibrantes, eran del mas grandioso efecto.

X

A ese tiempo, la princesa dió un pequeño grito i quedó con la vista como clavada hácia los ánjeles...

—Mira... les van saliendo cuernos...

En efecto, a cada cabeza empezaba a salirle dos cuernos que iban caracoleando hácia arriba, pausadamente.

—Sí, dijo el príncipe, es la muestra de que aquí nadie hai virtuoso, i para que sepas que en este palacio relucen las mas fenomenales riquezas, pero que el alma está gastada, perdida...

—¡Príncipe! me estás dando miedo, dijo la princesa, dándose vuelta para mirarlo.

La princesa hizo un movimiento de espanto i quedó como el que vé una vision horrible.

—¡Tú tambien... con cuernos!... Vámonos de aquí, príncipe. Mejor estás feo, rechoncho, paton i con nariz de loro... ¡Temo que a mí también me salgan!

I la aflijida princesa se tocó la cabeza con ambas manos, por entre los calados de la corona...

—¡Espera! dijo asustada; creo que sí...

Se sacó la corona con la derecha, con gran rapidez, antes que pudiera impedírselo el príncipe, se tocó libremente la cabeza con la izquierda i dió un grito, dejando caer aquélla con estruendo.

—¡Yo tambien... con cuernos!

Se tapó la cara con ambas manos, lanzó un jemido, i luego, en el colmo de la desesperacion, i sin que pudieren calmarla consoladoras palabras del príncipe, esclamó en forma de quejido tembloroso, fuerte, de manera que resonó formando eco en las salas:

—¡Jesús!... ¡Dios me ampare!...

XI

Cual el rujido unísono de mil rabiosas fieras africanas, o el ronco estruendo que producen las olas ji-

gantescas de un mar enfurecido al azotar la rocallosa playa en noche de revuelto temporal, así en el palacio del príncipe Oscar sintióse un ruido ronco, aterrante, como el que suele preceder a un gran terremoto, i luego, como de un golpe, derrumbóse trono, columnas i todo.

Se acabaron las luces esplendentes, los personajes i sus innumerables joyas, las flores perfumadas, el aroma del incienso, la sonrisa enloquecedora de las damas, el canto majestuoso de los ánjeles, el príncipe i su corte, en fin.

En aquella morada deliciosa, trabajada sin duda por una lejion de májicos artistas i en donde hacia pocos instantes se ostentaba brillante i radiosa la mas soberbia grandeza, reinaba ahora la oscuridad i el silencio.

Campo solitario cual un cementerio, con unos cuantos arbustos diseminados, algunas piedras sueltas en la superficie o medio enterradas i a cierta distancia una frondosa mata de quilo: tal era el lugar en donde se habia levantado áquel espléndido palacio.

Esas piedras blanquecinas, de diversas formas i tamaños, parecian lápidas funerárias que señalaban el sitio de una enorme catástrofe muestras de la cólera divina contra la altivez i soberbia de los poderosos.

Un viento helado azotó aquel campo, apenas alumbrado por los fugaces destellos del planeta Venus, que aparecia en esos momentos tras de nubes sombrias del oriente.

Era el anuncio de un próximo i nuevo dia.

CAPÍTULO VIII

Chon chon chon chon.

I

El palacio del príncipe Oscar habia desaparecido con la májica facilidad con que habia sido fabricado, sin que quedara ni el mas insignificante rastro.

En medio de aquella soledad en que no se sentia ni el siniestro chillido de algun avechucho, ni el ruido seco i monótono del cururo roedor, la mata de quilo empezó a estremecerse, poniendo en alarma al gran número de disformes cuncunas, horribles i puntúas, que allá pernoctaban.

Las ramas se ajitaron i quejidos humanos interrumpieron el silencio sepulcral de aquel paraje.

Allí habia jente, porque luego se oyeron voces quejumbrosas, ayes lastimeros de algun escapado de la terrible catástrofe.

II

—Venga mi dama, el príncipe, los enanos!... donde estoi!... favorezcanme!... Siroco...! Siroco... co...!

Tales eran les voces que salian de la mata de quilo.

A ese tiempo sintióse, a dos pasos de distancia, el rodar de una piedra de gran tamaño que allí aparecia medio enterrada. Del hueco quedado en el terreno, apareció una cabeza disforme de jente que miró para todos lados, esclamando:

—Negra! negra!... ¿estás por aquí?... Negraa!

—Aquí... aquí estoi!... Sois... Siroco?

—Si, ya voi, espera un instante.

—Aquí estoi a oscuras en esta alcoba... Parece que me han dejado debajo del catre... ¿I la dama?... ¿I los enanos?... Que enciendan pronto la luz.

—Cállate, negra, respondió Siroco saliendo del hoyo. ¿Estás soñando o aturdida? No te acuerdes de esas cosas, ni de catre, ni de dama, ni de enanos, ni de la comadre que te tiró de las patas.

—Luces, flores, oro, plata, mi corona... sí, mi corona, que me la traigan... no se la vayan a robar...

—Negra! creo que has quedado con la cabeza mala, dijo Siroco cojeando i acercándose a la mata de quilo.

Entónces Siroco, que él era en efecto, apartó algunas ramas i penetró debajo de la mata.

—¡Negra!

I un pequeño ruido de ramas i hojas se siguió. La negra continuaba creyendo que estaba en la alcoba del palacio, pero no se atrevia a moverse.

—Mira príncipe, la dama aquélla me ha colocado un enorme ramo de flores encima, pero tan grande que me tiene postrada i no sé por donde salir.

—Oye, negra; ya no soi príncipe, i el ramo de flores es una mata de quilo.

—¿Que estás loco, príncipe?

—Te digo que ya no soi príncipe. Levántate i sal fuera.

Siroco tomó de un brazo a la negra i la sacó casi a la rastra, toda revolcada i con el pelo desgreñado i revuelto, en cuya ramazon algunas cuncunas se le habian aferrado firme. La cabeza de la negra parecia otra mata de quilo.

III

La destronada princesa miró a todos lados i preguntó, en el colmo de la sorpresa:

—¡Qué significa esto! ¿I el palacio...?

—Con aquellas palabras que pronunciastes, todo concluyó violentamente, como te lo habia anunciado por dos veces.

—¡Parece que estoi soñando! Lo que no es sueño es que aquí estamos con frio i solos... Temo al qué dirán, Siroco... En fin, dime dónde nos encontramos

—En un cerro. ¿Ves aquella lucecilla que está allá abajo, mui léjos?

—Sí, veo una cosa que brilla.

—Allá está Alhué.

—Ni en un dia entero de marcha alcanzamos a llegar allá.

—Espera un poco; luego saldremos de estos conflictos.

—Oye Siroco, ya que hemos quedado sin palacio i sin corona, ¿no te queda algo para alquilar una bestia con qué trasportarnos a la casa? Porque temo los palos que me van a dar sino llego esta noche.

—No te dé cuidado... Esperemos un instante.

—Mira, Siroco, me parece que siento animales por mi cabeza.

I la negra se pasó la mano por la tierrosa cabellera; luego dió un grito al econtrarse bultitos helados i sumamente ásperos.

—Siroco, líbrame de estos diablos que se me han pegado aquí.

—No son diablos, repuso Siroco, son seres desgraciados que ni siquieran pican.

—¿Las cuncunas no pican? Caramba! Clavan como alfiler.

—Hai que distinguir, dijo Siroco sacando con cuidado las cuncunas; cree el vulgo que las puas que tienen como defensa las cuncunas, se introducen en la piel del hombre o animal picando como fina aguja.

—Pues, es claro, como que mas de una vez me han picado.

—Es un engaño, continuó Siroco. Esas puas están llenas de un humor venenoso con las propiedades suficientes para producir un escozor insoportable al que lo toca o al que es tocado, i de aquí es que se crea que la punta es la que entra en la piel. Esa puntita es flexible, incapaz de penetrar piel o cuero; pero el humorcillo sí. Lo mismo pasa con la hortiga.

—¿I estas cuncunas tienen ese humorcillo?

Porque la verdad es que toqué una i no me dolió, como en otras ocasiones.

—Estas son encantadas i por eso...

—Que estás diciendo, Siroco!

—Es la verdad; estos animalitos no tienen veneno, porque son los ánjeles que tú vistes cantando...

—¿Los ángeles de siete colores..? dijo la negra admiradísima.

—Los mismos. Ahora, es preciso que sepas que llevas dos recuerdos: el pañuelo que tienes en tu pescuezo con el cual nunca tendrás males hasta que te mueras de vieja, i esas bostitas de cabra que tienes en el bolsillo de tu vestido...

—¡Bostitas en mi vestido! I la negra se metió rápida la mano en el bolsillo.

—Mira, Siroco, ¿quién me vino a echar estas indecencias?

—Oye, negra; cuando llegues a tu casa, echa en agua limpia esas bostitas, i al venir el dia siguiente las verás convertidas en pepas de oro.

—He visto tantas novedades, interrumpió Petronila, que ahora creo todas las barbaridades que quieras contarme.

—Pero—agregó—es particular; no hai ni señales de haber existido palacio alguno aquí.

—Deja esas reflexiones para otra vez, i apróntate, que necesitamos llegar a tu casa antes que venga el dia, i ya no tarda, dijo Siroco, mirando a Vénus, que se levantaba majestuosa, despidiendo rayos de luz vivísima.

—Bueno; pero ¿cómo nos movemos en estas soledades?

—No te dé cuidado. Luego vamos a irnos con toda comodidad, mas o ménos como vinimos.

—¿En la cabra?

—Nó, en otra cosa.

I Siroco se arretacó, levantó la cabeza i se puso en la boca las manos encartuchadas, gritando como ciertos pájaros nocturnos, que el vulgo denomina con su propio canto:

—¡Chon chon chon chon!

IV

Al instante se oyó el eco lejano de un pájaro, que repitió exactamente el grito de Siroco.

—¡Ya viene! dijo éste.

—Ese es chonchon.

—Sí es un amigo de alas fornidas. Ese será quien nos lleve lijero.

A ese tiempo, el chonchon repitió su grito como para saber de dónde se le llamaba. Siroco le contestó de igual manera, i entonces se vió llegar con gran velocidad un gran pájaro, el cual dió dos vueltas alrededor de Siroco i de la negra. Luego bajó a tierra i quedó parado a tres pasos de Siroco.

—Ven acá, mi negrito, dijo aquel, aproximándose al pájaro, al que empezó hacerle caricias.

Era aquel de una vara i media de alto, de color plomo oscuro, cabeza redonda como tucúquere, ojos de lechuza, pico disforme medio curvo, en cuya parte inferior tenia boca como jente. Sus patas largas i fornidas, terminaban en garras como gavilan, pero los dedos estaban unidos de manera que en el agua, el pájaro podia nadar sirviéndole de remos sus garras estendidas, como los patos.

Cubria su cuerpo un cuero peludo como el del coipo u otro animal del agua, i solo en las puntas de las alas tenia gruesas plumas que le servian para volar.

Por lo demas, las alas semejaban a las del murciélago. Estendidas abarcaban unas cuatro varas de estension o poco mas.

El aspecto de este animal era repugnante. Por esto la negra dió un grito de espanto al verlo de cerca.

—El diablo! dijo a Siroco acercándosele al oido.

—Cállate! le respondió enfadado aquel.

V

—Mira negrito, dijo Siroco al fiero pájaro; nos vas a llevar a Alhué, a casa de Santiago Barreta. Pene-

trarás por el lado de la huerta i allí nos dejarás encima de la tapia que dá al patio donde está la cocina.

El pájaro estendió las alas i las ajitó ruidosamente como en señal de aprobacion.

—Vamos, negra, continuó Siroco, sube sobre el lomo del amigo i agárralo del pescuezo, abrazándolo cerca de las alas. Así iras sin ninguna novedad.

La negra vaciló, porque tenia un miedo atroz al pájaro.

—¡Ai! Siroco! dijo a éste, calladito; he visto muchos pájaros feos, lechuzas, chuchos, pequenes; pero éste dijo afuera.

—Déjate de esas bromas, negra, i sube de una vez.

La negra se allegó al chonchon, temblando de miedo. Siroco tuvo que tomarla de la mano para hacerla subir sobre el lomo del pájaro, el cual se afirmó en las patas para recibir el peso nada suave de aquella.

—Aprieta bien las piernas, dijo Siroco, i agarra con las dos manos el pescuezo del pájaro.

—Ya está, repuso la negra. ¿No vas conmigo, Siroco?

—Sí, yo me agarro de la cola i nada mas. Cierra los ojos i cuidado con abrirlos.

—I luego agregó Siroco:

—¡Listo! ¡arriba negrito! a la una... a las dos... a las tres!

El chonchon estendió las alas, lanzó una especie de quejido, i de un salto se levantó del suelo i empezó a volar, formando un ruido seco al chocar con la brisa cordillerana que en esos momentos invadia los cerros i valles de Alhué.

VI

—¡Chon chon chon chon! se oyó gritar en aquellas soledades, sin que ni el mas leve rumor se sintiese fuera del que producian las alas.

Momentos despues se sintió el canto pausado de

unos carreteros que por algun camino marchaban al compás de mansos bueyes. Se oia el chillido de las ruedas al jirar pesadamente sobre los ejes.

—Vamos cerca de tierra, dijo la negra.

—Déjate de hablar, le contestó Siroco.

—¡Chon chon chon chon! gritó el pájaro.

—Vuelve mañana por sal! se sintió que contestaba un carretero.

I el chonchon siguió rápido su vuelo.

—Ya vamos a llegar, negra, dijo Siroco.

A ese tiempo el chonchon dió un chillido i un brusco movimiento, i el vuelo cesó.

—Abre los ojos, negra, i bájate, advirtió Siroco.

—¡Estamos en casa! dijo la negra, dando muestras de gran contento.

—¡Hasta luego, negrito! esclamó Siroco, dando una palmada en la cabeza al chonchon.

Este volvió a estender las alas i emprendió rápido vuelo hasta perderse de vista.

La negra quedó mirándolo con la boca abierta, i luego dijo:

—¡Qué pájaro tan horrible!

VII

—Ya es hora, negra. Faramalla me está llamando.

En efecto, se sentia la voz de aquél.

—Pero aquí estamos sobre la tapia, respondió la negra. Hai que bajarse con tiento.

—Oye, dijo Siroco; bájate haciendo lo mismo que yó; estiende los brazos i arrójate al suelo, como quien vá a volar, diciendo estas palabras: *Sin Dios ni Santa Maria!*

—Está bien; a ver, vuela tú.

—Allá voi, repuso Siroco. Estendió los brazos, pronunció aquellas palabras i al punto voló hácia el medio del patio, de cuyo punto se fué corriendo al comedor, en donde terminaba la cena de que se ha hablado en un capítulo anterior.

La negra lo miró bajarse sin novedad, pero pensó

que las palabras *sin Dios ni Santa Maria* le sonaban mal. Estendió los brazos i por hacerlo mejor, esclamó, lanzándose al espacio:

—*Con Dios i Santa Maria*!

Un gran batacazo se sintió resonar en el patio. La negra cayó al suelo azotándose su pobre humanidad lastimosamente. El porrazo fué tan grande, que Siroco lo sintió i volvió rápido a verla.

Encontró a la negra aturdida, con piernas i brazos abiertos. Parecia una rana enorme. La tomó de los brazos i la arrastró a la cocina i allí la dejó en la posicion en que la encontraron Santiago i Juana, segun se ha referido ántes.

CAPITULO IX

La sombra barbuda

I

Reanudemos la relacion interrumpida en el capítulo VI, en que dijimos que Santiago i Juana se habian marchado a dormir, despues de la noche de fiesta i cena,

Pocos momentos despues, en la casa se oian ronquidos de tonos diferentes, sobresaliendo los de la negra, porque era la mas robusta garganta de la casa, para roncar i beber.

El nuevo dia llegaba a ese tiempo. A su paso venia abriéndose resplandeciente cortinaje de nubes, bordadas de oro i plata, que habian cerrado las puertas del oriente en horas de oscuridad i de silencio.

Bandadas de pajarillos madrugadores saludaban la sonriente aurora con sus melodias i sus amorosas canciones, revoloteando por los huertos i jardines de Alhué, mientras la siempre alegre diuca dejaba oir sus festivas serenatas de voz sonora i poderosa, como despedida a la noche i salutacion al dia.

Allá a lo léjos, en la vega del estero, lanzaba sus agoreros chillidos alguna lechuza sorprendida por la luz matinal en nocturna aventura, al mismo tiempo que huian a sus palacios subterráneos los tímidos roedores i salian a lucir su garbo i la flexibilidad de su talle el cómico pequen i el payaso tapaculo.

Céfiro rumoroso i perfumado llegó hasta el patio de la casa, meciendo flores i plantas: era la luz del sol que empujaba brisas cordilleranas, las cuales esparcidas suavemente por prados i campiñas, inundaron todo de luz i de alegria.

II

Cuando tranquilidad absoluta reinaba en la casa de Santiago Barreta, una sombra deslizóse por las habitaciones atravesándolas sin ruido alguno; pasó puertas cerradas sin romper ni abrir cerraduras, i llegó a la pieza en donde dormian las tres hijas de aquél.

Dolores, la mayor, tenia cama aparte; las dos menores dormian juntas.

Respiracion pausada, tranquila, resonaba allí como signo de profundo sueño. La luz del dia no entraba sino escasamente por el agujero de la llave de la puerta que daba entrada al patio, i ésta, como la otra que comunicaba con el dormitorio de los padres, estaba bien cerrada.

Dolores les habia puesto llave por dentro por costumbre, porque nunca en la casa habia ocurrido la menor novedad, ni por robos, ni ménos por amores.

La sombra aquella avanzó hacia la cama de Dolores, la cual, tendida sobre el costado derecho, dormia vuelta hacia la pared, con la cabeza cubierta hasta la mitad por sábana i frazada.

Subian i bajaban las ropas de la cama siguiendo el compás de la fuerte respiracion de la niña dormida, cuando dos manos tomaron la sábana por el lado de la cabecera i cubrieron toda la cara de Dolores.

Esta ni se movió; pero su respiracion fué apagándose, porque el aliento de la sombra habia llegado hasta ella. Como entre sueño divisó un bulto fuera de su cama, con cara barbuda, ojos que relumbraban, i nada mas.

No se conocia fisonomia ni cuerpo alguno, porque la oscuridad todavia era bastante para ocultar detalles.

La cara barbuda se aproximó a la de Dolores, i ésta se estremeció de susto al oir una voz despacio, pero ronca, que le decia:

—Dolores, no te asustes; soi tu padre.

III

Un miedo horroroso sintió Dolores tras de aquellas palabras. Pensó en gritar, pero sospechó que el que la hablaba podia ser el diablo, i esto la obligó a quedar muda. Eso sí que empezó a sudar a mares.

La voz se oyó otra vez, siempre calmada i con visible intencion de no causar ni sorpresa ni miedo:

—Dolores, te digo que no tengas miedo...

—Diga quién es usted, o grito... dijo Dolores, mas muerta que viva, encojiéndose como la araña que siente la humedad del aire.

—Soi tu padre...

—¿I qué es lo que busca aquí? replicó Dolores, sin dar entero crédito a lo que oia.

A este tiempo, barba gruesa i helada sintió aquélla que tocaba una de sus manos, encojida sobre el pecho. Dió un estremezon como el que se siente tocado por algun objeto desagradable.

—Oye, destápate i abrígame, dijo el barbudo.

Dolores tomó por dentro sábana i frazada i con ellas se envolvió de manera que apenas entraba aire. Quedó como caracol dentro de la concha, escapando a un peligro esterior.

Pero la sombra se sentó sobre el catre, el cual crujió cimbrándose. Luego Dolores sintió que le tiraban las ropas de la cabeza, para destaparla, i entonces habló fuerte para que sus hermanas oyeran:

—Váyase a su cama; yo le voi a contar a mi madre esto.

—No seas tonta, respondió la sombra; no tienes para qué decirle nada. Tengo frio; abrígame un rato siquiera...

—Váyase, le digo; lo que nunca habia hecho usted se le ha antojado ahora! Yo creo que usted no es mi padre.

—¡Si soi el mismo! Tócame la barba.

—Yo nada le toco, ni me desabrigo, déjeme, porque voi a gritar.

—Nó, no grites. Me voi i nada cuentes.

IV

La sombra se separó de la cama. Entónces Dolores se destapó lo suficiente un ojo para ver qué novedad era esa. Al mismo tiempo gritó:

—¡Chiquillas, despierten!

Alcanzó a ver la sombra que atravesaba la pieza en direccion a la puerta, i allí desapareció.

I Dolores quedó pensando en que era mui curioso el que su padre hubiese tenido el capricho de ir a la cama sin que se sintiese abrir ni cerrar ninguna puerta.

—¿Por dónde habia entrado? Tal era lo grave del asunto.

Las dos hermanas despertaron al punto, i la menor esclamó:

—Mira, Dolores, por aquí parece que atravesó un bulto.

—Sí, contestó aquélla; aquí en mi cama estuvo un barbudo que dijo que era mi padre. I yo pienso que no puede ser él, a pesar de que tiene barba igual, segun parece, aunque mas áspera i grande.

—Pero ¿por dónde ha entrado, cuando las puertas están cerradas? dijeron casi a un tiempo las dos menores?

Dolores saltó de la cama i en camisa fué a rejistrar las puertas, ya sin miedo i alentada con la conversacion de las hermanas.

—Están cerradas, esclamó Dolores con sorpresa.

—I las tres empezaron a vestirse para ir a contarle a Juana aquella novedad.

V

Santiago se habia levantado mas o ménos en los momentos en que tenia lugar la escena de la cama de Dolores. Juana, de sueño mas liviano, lo habia remecido hasta hacerlo vestirse, a fin de que fuese a abrir el negocio, como era costumbre diaria.

Esta vez el negocio, despacho i tienda, abrió sus puertas mucho mas tarde.

Tal vez por esto, los esposos amanecieron de mal humor: el sol los habia sorprendido en la cama.

Mientras Santiago se ocupaba tras del mostrador en despachar sus compradores, Dolores llegó con grande afan à donde estaba Juana.

—Mire, madre, un bulto como sombra ha estado en mi cama i casi me he muerto de miedo.

—Habrás estado soñando, dijo Juana, sin dar importancia a las alarmantes palabras de Dolores.

—Estaba yo despierta, continuó ésta; el bulto me habló i me dijo que era mi padre.

—Cierto, dijo entrando Maria, la que se seguia en edad a Dolores; yo divisé una cosa como sombra que pasaba sin hacer ruido.

—¡Si eso no puede ser! dijo pensativa Juana.

—Voi a preguntarle a mi padre, esclamó de improviso Dolores, echando a correr hácia la tienda.

Juana la llamó imperiosamente i la obligó a volver, diciéndole:

—Yo me encargaré de averiguar ese asunto tan raro.

VI

Juana empezó a vestirse i luego se levantó, pasando despues a ver a la negra.

Aun dormia ésta, pero unos fuertes sacudones la hicieron moverse pesadamente. Abrió enorme boca, estiró sus miembros, i con los ojos aun cerrados empezó a buscar algo, sobre sus vestidos i cama, murmurando entre dientes:

—Me han llevado la corona... mi vestido celeste... mis cuernos... se fueron!

I la negra se tocó la cabeza, en tanto que Juana la miraba riéndose.

—Despierta, negra, i anda al punto a hacer fuego, le dijo Juana dándole unas palmadas en el hombro derecho.

La negra abrió los ojos i quedó como asustada. Le

parecia que habia pasado un año desde que no dormia en su cama, que era pobre, i metida en el rincon de un cuartucho humilde. I ella que habia tenido a la mano una corona rejia en el lindo dormitorio de un palacio...!

Pero era fuerza rendirse a la evidencia i al desengaño. Petronila amaneció como la patrona, de mal humor.

Sin querer hablar palabra, por mas preguntas que le hacia Juana, aquella se levantó muda i se dirijió a la cocina.

Los recuerdos de la noche anterior, tan variados como estraordinarios i hasta sobrenaturales, pusieron triste a la negra. Sentada en el suelo con las rodillas paradas i afirmando en ellas los codos de sus brazos, cuyas manos apretaban la cabeza, que yacia inclinada i al parecer en profunda meditacion, estaba la negra cuando mas tarde la encontró Juana.

—Negra, por Dios! le dijo ésta en tono de reproche; ya es hora de almuerzo i todavia no se divisa una chispa de fuego.

I sin otro preámbulo, tomó la escoba que cerca estaba i con ella dió fuerte en la cabeza de aquella princesa destronada, ahora infeliz i aporreada cocinera.

La negra se levantó con la jeta larga i empezó a arreglar la leña para encender fuego.

Juana se retiró entonces, recomendándole que le llevara fuego i agua hirviendo en momentos mas.

—Mui pronto estarán listas esas cosas, dijo secamente la negra.

VII

Entonces se acordó Petronila de las bostas de cabra. Rejistró su bolsillo i encontró como la mitad ménos. Siguiendo el consejo de Siroco, buscó un tiesto de barro i allí vació el contenido del bolsillo. Despues llenó de agua el tiesto i lo llevó a la huerta, colocándolo escondido entre el ramaje de tupida mata de enredaderas.

Allí iba a operarse el milagro de convertirse bostas en pepas de oro, suceso que dejaria atrás i chiquito el del agua convertida en vino i el de la multiplicacion de los panes de los tiempos bíblicos.

Volvió la negra a la cocina a marcha lijera; pero antes de llegar a ella divisó salir humo por la puerta i por una ventanilla que hacia de chimenea. En la cocina habia fuego sin que Petronila lo hubiese encendido.

Cuando ésta llegó a la puerta, llamas chisporroteadoras salian de un montoncito de leña, al lado del cual aguardaban los suficientes grados de calor para hervir una olla de barro i un tacho de cobre, grande i cómodo, con el que la familia se surtia de agua caliente para los mates i demás bebidas.

—Si no ha venido Siroco, murmuró la negra, el diablo me habrá hecho el favor de ahorrarme trabajo.

Juana llegó en ese instante, preguntando:

—Divisé unas barbas salir de aquí hace poco ¿era Santiago?

—No lo he visto por aquí, porque he estado en la huerta hace un momento, respondió la negra.

I Juana se retiró pensativa, mientras Petronila quedaba diciendo para sí:

—¿Unas barbas aquí?... Si no hai mas que las mias, pero sin pelos...

—¿l las mias?... ¡hasta luego, negra!

Petronila dió un salto de sorpresa al oir estas palabras. Solo alcanzó a ver una especie de sombra que pasó rápida por el patio.

Salió a ver quien la habia hablado; pero no divisó a nadie.

—De seguro que Siroco ha vuelto a verme; pero como no seria prudente que en la casa lo vieran, se habrá ido.

Esto pensó la negra, quedando con cierto buen humor. Siroco le recordaba horas felices, i aun cuando éstas habian volado rápidas, pensaba en ellas con gusto especial.

VIII

Juana se habia puesto de un humor de todos los diablos, sin que ella misma encontrara suficiente causa.

Miéntras Petronila preparaba el fuego i las chiquillas se arreglaban en su dormitorio para empezar las tareas diarias de aprendizaje a que las dedicaba el padre, éste entró a la pieza en que estaba Juana a buscar algo que necesitaba en el mostrador.

Santiago quedó sorprendido al oir este fuego granead de su mujer:

—Sois un insolente, un atrevido, un malvado, un indecente... un brujo....

—Juana, por Dios! ¿Qué significa eso? Primera vez que te oigo ese lenguaje indigno de una mujer honesta i mas indigno de una buena esposa.

I Santiago se retiró al despacho con grande enojo. La paz de la familia estaba interrumpida, por primera vez como lo habia dicho aquel.

La gravedad de los insultos de Juana no podia ser mayor. Sobre todo, la palabra brujo era sinónima de Satanás. En aquellos tiempos, como en muchos años siguientes, i aun en los tiempos en que se escribe esta obra, se creia en los brujos como se creia en el diablo. Se perseguia a todo sospechado de brujeria, i pobrecito si se lograba atraparlo. La Inquisicion, la justicia popular condenaba a la pena de la vida al culpado, previo los mayores suplicios.

Por eso los estranjeros, casi todos sospechados de brujos, porque hablaban un idioma diverso al de los hijos del pais i al de sus dominadores, los españoles, eran mui pocos. Para vivir en Chile necesitaban ser públicamente católicos i llevar una vida ejemplar, so pena de ser denunciados i lanzados fuera del pais.

Habia escepciones con los casados, i por esto Santiago tuvo miedo a su mujer. Llamarlo brujo era peor que decirle ladron i bandido.

Pero habia que tener prudencia. Una mujer eno-

jada es cien veces mas peligrosa que un hombre enojado. Santiago se volvió mudo. Oyó hablar varias veces a Juana, sin atenderla, casi sin oirla siquiera.

IX

La sombra i las barbas misteriosas era un asunto que preocupaba a Juana. Dejó en paz a Santiago i se dirigió a la cocina despues de un tardío desayuno.

—Dime, dijo a la negra, ¿dónde te has llevado anoche?

—Aquí en la cocina, calentandome al fuego.

—Me parece que has estado en funcion, porque te encontramos al venir el dia borracha, con flores i con un pañuelo lacre en el pescuezo.

—Fué regalo todo eso de ese hombrecito Siroco, repuso con alguna timidez la negra.

—Para que no andes otra vez con regalos i con tertulias en la cocina, te mando que esta tarde vayas a la iglesia a confesarte. Están pasando muchas cosas nuevas en mi casa i creo que será porque los pecados están hirviendo en tu cuerpo, porque tú sois la única que me causa aquí mas sospecha. Ese Siroco tiene cara de diablo o de brujo i no quiero verlo mas aquí. Temo que Santiago se vaya a volver de un repente algun endemoniado de veras, i segun parece, ya empieza con algunas cosas raras, tambien sospechosas. Al Faramalla le arreglaré el cuerpo mui pronto. Poco a poco irá la casa quedando en la paz i sosiego de ántes.

Juana endilgó a la negra esta relacion mui ajitada, nerviosa. Se conocia que hablaba con mucho enojo.

—¿Cuánto tiempo hace que no te confiesas? agregó Juana.

—Hará medio mes, segun me parece.

—Es largo tiempo ese. En Alhué andan muchos diablos sueltos, porque la jente es mui mala. En mi casa quiero jente relijiosa para vivir en paz.

—Cumpliré lo que me ha mandado. Despues de la comida iré a confesarme, dijo la nogra.

—Oye, agregó Juana retirándose; le dirás a mi compadre cura que esta noche venga a tomar un mate i que lo espero con buena leche, como a él le gusta.

—Así se lo diré, como su merced me lo dice, respondió Petronila, arreglando las ollas para el almuerzo.

X

—Mira, Dolores, gritó Juana a ese tiempo; ¿qué es lo que traes en ese paquete?

Dolores salia de la huerta con un paquetito en la mano envuelto en papel rosado, i entraba al patio comiendo algo que sacaba del envoltorio. El grito de la madre la sorprendió algo; pero inmediatamente contestó:

—Es una cosa mui buena que me ha regalado un señor que se asomó tras de la tapia inmediata al culen. Me dijo que aquí venian dulces santiaguinos. Pruébelos usted: verá lo dulcecitos que son.

I abrió el paquetito. Dulces estraños vió Juana allí, de todas formas i colores. En Alhué era eso absolutamente desconocido. Solo las monjas podian fabricar en Santiago las bolillas, estrellitas, anillos, monitos, coronas i muchas otras cosas de dulce que contenia el regalo.

—Dime qué señor era ese, ordenó Juana secamente, mirando a Dolores despues de examinar los dulces.

—Era buen mozo, con barba mui peinada, hablaba mui lijero i tenia cierto parecido con el señor Faramalla; pero no era él.

—Bueno, dijo Juana; trae el paquete, i otra vez que andes recibiendo regalos, te rompo la crisma a palos. Los regalos no debe admitirlos una niña si no es con permiso del padre o madre. Así debe proceder una jente que quiere ser estimada. I ¿qué te dijo ese señor?

—Nada, solo que gustara de estos dulces.

Juana notó alguna turbacion en Dolres; pero nada mas le dijo, i ambas se dirijieron a la casa.

Apenas dió vueltas Juana, sintió en las posaderas un gran golpe que la hizo caer de bruces. Ella i Dolores dieron un grito, a cuyo eco salió Petronila. Vió ésta, entónces, una figura barbuda de disforme cabeza, adornada con tres grandes cuernos i largas

orejas, que huia por entre unas matas de durazno i palqui que sombreaban un lado del patio; pero haciendo ménos caso de esto, corrió a levantar a su ama.

Las tres formaron gran alarma; gritos, preguntas i quejidos fué lo que se oyó entre ellas en confusa mezcla.

—Negra, ¡qué significa esto! dijo Juana levantándose; ¿qué animal me habrá dado este golpe tan fuerte?

—I ha sido un gran terron o pedazo de adobe, dijo Dolores mirando a todas partes.

—Pon la escalera i asómate por la tapia, ordenó Juana con rabia.

Pero ni esta ni otras dilijencias dieron resultado alguno. No se supo quién habia dado aquel traicionero golpe.

I no he visto ni sentido a nadie, esclamaba a cada instante Petronila.

La negra mentia, porque no se atrevia a decir nada respecto al barbudo. Temia ella una venganza diabólica, i por eso tuvo por bien callar.

Este suceso vino a confirmar las sospechas de Juana: el diablo andaba por allí incomodado i poniendo en revuelta la casa. ¿Seria Santiago ese diablo? Pero un hombre que habia sido siempre modelo de formalidad i de moralidad ¿podia ahora andar en estas aventuras? ¿Con qué objeto?

Esto i muchas cosas mas pensaba Juana. Esperó la visita del compadre cura para resolver estas mortificantes dudas, sin que a Santiago le dijera una palabra de todo esto. Queria observar pacientemente estos sucesos hasta encontrarles raiz.

CAPÍTULO X

La confesion de la negra

I

Cercana la noche, Juana recordó a la negra la confesion.

—¿Te has examinado bien? le dijo aquélla. Para medio mes de tiempo, has tenido de sobra con toda la tarde para recordar tus faltas. Como mi compadre tiene algo de santo, consúltale sobre ese hombre tan feo que ha venido aquí, ese Siroco a quien no quiero ver mas.

—Así voi a hacerlo, respondió Petronila.

Poco despues ésta ya estaba lista. Se puso un vestido de bayeta azul oscuro i se envolvió en un manto de un jénero parecido i se dirijió a la capilla, cuando ya empezaba a oscurecer.

En lo que ménos habia pensado era en examinar su conciencia. No se encontraba con mas faltas de qué acusarse que sus aventuras con Siroco, i no eran pocas, de modo que sobre este punto empezó a jirar su rápido rebusque de pecadillos que empezó a hacer en los escaparates de su memoria, mientras taloneaba hacia la capilla.

Juana, siempre previsora i hábil, temiendo una jugarreta de la negra, mandó a las tres hijas que la acompañasen, debiendo colocarse ellas a la entrada de la puerta, mientras Petronila procuraria hacer llegar al capellan, por medio de algun recado a nombre de la patrona, la peticion para que la confesase. I las cosas se hicieron como aquella mandó.

II

—¿Está el señor capellan? preguntó la negra a un muchacho que barria el patio esterior de la capilla.

—Sí, respondió el niño sin mirar; está en el confesonario.

El confesonario estaba situado en el costado derecho de la capilla, cerca de la puerta que por ese lado daba salida a un otro patio.

—¿Está aquí, señor? dijo la negra aproximándose al confesonario, en cuyo interior se ajitaba un bulto negro.

—Te estoi esperando, dijo una voz dentro; hínca-te i confiesa tus culpas. Ya sé que te manda Juanita, mi comadre.

Las chiquillas entraron a ese tiempo i se hincaron cerca de la puerta que daba salida a la calle o plazuela, en tanto que Petronila se encartuchaba el rebozo para afirmarse a la rejilla, tapada la cara conforme la costumbre.

Una débil lucecilla ardia en un lado del altar, manteniendo casi a oscuras esa parte de la capilla.

Pero en el resto hácia la plazuela, reinaba a esa hora luz vaga, últimos destellos del dia que pasaba en rápida carrera arrastrando en pos de sí manto negro salpicado de estrellas de plata.

III

Petronila se acomodó lo mejor que pudo, para confesarse, hincando sus negras rodillas en una especie de cajoncito de madera de álamo. Aproximó la boca a la rejilla i empezó a murmurar un rezo.

—Espera, le dijo el capellan acercándose a la rejilla; déjate de esa especie de rezongo i empieza a contarme tus culpas.

—Me acuso, padre, de haber andado...

—Pero no seas tonta; si todo el mundo tiene que andar en dos o en cuatro patas. Continúa.

—Digo, padre, que me acuso de haber andado anoche en asuntos encantados con un sujeto que me emborrachó la cabeza i me llevó en una cabra...

—Déjate de contarme lesuras. Adelante.

—Es que ese sujeto está encantado i mi patrona

no lo sabe i no me conviene tampoco que su paternidad se lo diga, porque es capaz de sacarme el mondongo a garrotazos.

—Bueno, ¿i qué te hizo el encantado?

—Me llevó por los aires i me colocó en su palacio.

—Eso no tiene nada de malo. Adelante.

—Es que en el palacio hubo mucha bolina i entiendo que alguna cosa me hicieron.

—Me estás embromando, negra tonta, díjole el padre. Confiesa algun pecado o pecadillo, sobre aquello i lo otro. Adelante.

—Sobre aquello, me acuso, padre, que Siroco...

—Está bien, ya entiendo; pero nada hai de malo en eso. Siroco es buen sujeto i se va a casar contigo, segun me lo ha dicho hace un momento.

—¿Será cierto, padrecito? dijo la negra temblando de emocion. Soi tan pobre...

—Por eso va a casarse contigo. El es rico i me ha dicho que te hará feliz, que te dejará buena moza i que te quitará la jeta. Dime, i las chiquillas ¿no vienen a confesarse?

—Nó, padrecito; vienen a acompañarme.

—Bueno, i qué mas.

—Me acuso, padre, que en la casa anda un bulto con barbas i yo creo que será parte del diablo; pero no se lo he dicho a la patrona.

—Mui bien hecho: dime, ¿has consentido que alguien te dé algun agarron?

—Sí, padrecito; vino un minero, cuando yo andaba cerca del estero; me emborrachó la vuelta lo mismo que la zorra, i me agarró, nada mas...

—Pero dime, ¿qué te agarró?

—Me agarró el yesquero...

El padre se rió de mui buena gana i dijo:

—I ¿qué es lo que llamas yesquero?

—Es un cachito en donde se guarda la yesca con que se enciende el cigarro.

—¿Con que eso no mas era? Tambien fumas, ¿no?

—Eso sí que es pecado! Adelante.

—Ya acabé, padrecito.

—Entonces voi a darte una penitencia.

IV

El padre se acomodó sobre su asiento i luego dijo, acercándose a la rejilla:

—Esta es la penitencia: cuando llegues a la casa, buscarás un local en el patio, pondrás las manos en el suelo i pararás tus patas hácia arriba, derechas, hasta afirmarlas en alguna pared, i así estarás hasta que te libren del tormento, rezando por cuatro veces esta oracion que tiene noventa i nueve dias i medio de induljencias:

Aquí me encuentro fregada,
Con frio i despernancada.

Sintió escalofrios la infeliz negra con aquella atroz penitencia. En aquellos tiempos de sumisión i de esclavitud, no habia derecho de pensar, ni ménos de hacer observacion alguna a los mandatos del confesor. Sobre todo, la raza negra no tenia mas derecho que ser esclava. Lo mas absurdo era aceptado calladamente. Por esto, la negra sólo se limitó á preguntar:

—¿A qué hora vengo mañana a comulgar, padrecito?

—No tienes necesidad. Te autorizo para que lo hagas en tu cocina de la manera siguiente: cuando te levantes, agarra una torreja de papa cruda i te la tragas con sal, rezando esta oracion:

Grandísimo Señor de la Ojota,
Recíbeme contento i en pelota.

A continuacion ejecutarás esta otra penitencia: te darás un baño de asiento en agua serenada, rezando esta receta:

Santísima Virgen de la Chupalla,
Líbrame del burro i de Faramalla.

Admiradísima quedó la negra con estas estravagantes penitencias, i tentada estuvo de asomarse para ver al padrecito, pues apenas daba crédito a lo que oia. Sin embargo, el mejor partido era el de retirarse, sin rezar lo de regla en estos casos, porque el padrecito empezó á prepararse para salir, i porque aquello no parecia confesion.

—¿Me retiro, padrecito? le preguntó tímidamente la negra.

—¿I todavia estás aquí? respondió el padre desde la mitad de la capilla, sin que ella hubiese notado su salida del confesionario.

V

Petronila se juntó con las chiquillas que impacientes la aguardaban, i las cuatro se encaminaron á la casa.

La negra iba muda. Por mas que aquellas le dirijian preguntas, no lograban obtener respuesta alguna.

La noche era ya oscura. Sin saber de dónde, se les puso en el camino Faramalla, saludando a Dolores, especialmente, con grandes muestras de cariño. A cada una de las tres les regaló un lindo ramito de flores, prometiéndoles una visita.

Entre tanto, la negra habia encontrado algo que le pareció un antiguo conocido. Era un burro de orejas caidas i cola batiente el que se habia venido aproximando a ellas con trancos acompasados, es decir, trancos de burro formal.

La negra lloró de pena por no poder conversar con ese animal, a quién creyó ser Siroco. Se acababa de confesar i era forzoso, siquiera por entónces, el no tener malos pensamientos.

—Nos vamos corriendo! dijo Dolores tomando de la mano a sus hermanas.

I echaron a correr, dejando plantado a Faramalla. Así corriendo i dando saltos de contento como cabritos, llegaron a la casa.

—Qué significa esto! dijo Santiago saliendo con un palo en la mano.

Era que el burro se habia entusiasmado sin duda con la alegria infantil de aquellas i entraba tambien a la casa, dando coces de puro gusto.

Santiago lo recibió con buena racion de palos, hasta obligarlo a salir. El pobre asno quedó en la calle sirviendo de juguete a los muchachos i ocasionando grande alboroto de quiltros, miéntras las chiquillas entraban bulliciosamente hasta el salon en donde estaba Juana.

VI

Allí se encontraba de visita el padre cura o capellan, que así indistintamente solia designársele. Dolores i sus hermanas llegaron a saludarlo, pues hacia algunos dias a que no las visitaba, en tanto que la negra entró encojiéndose en direccion al patio, pensando que se le habia olvidado de dar al padre el recado de Juana en que lo invitaba para esa noche. Pero allí estaba él, i como era medio santo, de seguro que habria adivinado lo que la negra habia olvidado.

Tal fué lo que esta pensó. Llegó al patio, i sin mas pérdida de tiempo, i para que el capellan supiese que sabia ella dar inmediato cumplimiento a las penitencias, se arregló de manera de ejecutar la que se habia impuesto. Dejó el rebozo o manton a un lado, elijió terreno parejo inmediato a la pared i tomó la distancia que creyó conveniente

A continuacion, inclinó el cuerpo, afirmó las manos en el suelo i de un envion lanzó al aire las piernas i las afirmó en la pared, quedando con toda la parte delantera del cuerpo enfrentando al patio.

La negra andaba sin calzones, de modo que en aquella posicion, las ropas se le bajaron a la cabeza i quedó como nuestra madre Eva al revés.

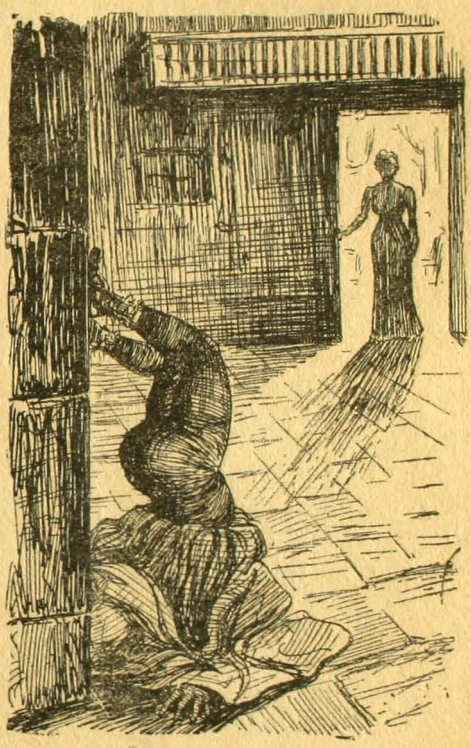
—Negra, pon a hervir el agua y trae fuego, gritó Dolores saliendo a la puerta del patio.

Quejidos i pequeños ayes sintió por allí cerca aquélla, i como estaba oscuro el patio en esa parte, aun cuando las llamas del fuego en la cocina alumbraban

a medias lo restante del sitio, tuvo miedo i entró corriendo a ver a su madre, diciéndole:

—La negra no contesta, i unos resollidos siento en el patio.

Juana se levantó, encendió una vela i fué a ver qué habia de nuevo.



—¡Señor cura! corra ¡venga a ver al diablo! gritaron las chiquillas, miéntras Juana quedaba como quien en realidad vé al demonio.

Llegó corriendo el capellan rezando en voz alta una oracion.

— Acérquese, Juana, con la vela, dijo aquél; yo creo que esto es jente...

—Soi yo, padrecito... que estoi cumpliendo.. la penitencia...

—¡La negra! esclamaron todos, avalanzándose a librarla del suplicio i a cubrirla.

Entre los grítos de admiracion de todos, incluso los de Santiago, i entre risas i carcajadas despues, la negra dijo lo que ya el lector sabe respecto del orijen de esa singular penitencia.

—¡Pero si yo no he confesado a esta negra! dijo asombrado el capellan. Si lo hubiera hecho, ¿a quién se le ocurre que yo iba a dar una penitencia tan salvaje i ridícula como la que ha sufrido Petronila?

Esta quedó avergonzada de haber sido víctima de una grandísima i endiablada broma. A instancias de Juana i del cura, contó Petronila algo de su confesion, lo que creyó prudente decir, i entonces el cura dijo:

—Solo el diablo ha podido ocupar mi lugar en el confesionario. No les parezca raro esto, porque un domingo pasado, el maldito se transformó en mocho i entró a la iglesia mui formal. Subió al púlpito i se puso a predicar unas barbaridades tales, que causó una risa jeneral, sin que nadie lo conociera. Cuando yo entré al altar, la algazara de la jente era mui grande. A mí mismo me hizo leso, diciendo que era fraile recien llegado.

—Aquí se vive ahora entre diablos i diablas, dijo Juana. En mi casa estan pasando unas cosas, que me parece que el diablo no mas las inventa i las hace. Ya se las contaré, compadre.

I empezaron a retirarse. Petronila se dirijió a su cocina rezongando por la vergüenza que el diablo le habia hecho pasar, mientras Santiago se apretaba la barriga por no reventar de risa i lo mismo hacian las chiquillas.

—¡El señor Faramalla! dijo una de aquéllas.

Faramalla entraba en efecto, saludando fuerte a todos con su franqueza de siempre.

CAPÍTULO XI

El puñal del Diablo

I

Faramalla entró con su acostumbrado traje de minero elegante i con su sombrero alon, que le cubria media cara.

Al ver al cura, demostró alguna sorpresa. Juana hubiera deseado hacerlo salir, pero le tenia miedo. Lo creia un brujo o cosa parecida, i por esto trató de hablar con él lo menos posible.

En Alhué era cosa corriente el tener que habérselas en las tertulias, en los negocios y en las múltiples tareas de la vida diaria, con algun sujeto sospechoso. Era muy escasa la jente que no gustaba mezclarse en los continuos disturbios de aquella poblacion bulliciosa i sandunguera.

La casa de Santiago Barreta era una excepcion, i por excepcion la visitaba el cura o capellán del lugar.

Faramalla notó que era recibido con cierta frialdad. Juana le guardaba distancia i tambien el cura, por el hecho de no conocerlo ni saber quién era. Lo veia por vez primera i Juana se cuidó de no dárselo a conocer.

Las tres hijas se fueron aproximando a la madre, i Dolores, objeto de las miradas codiciosas de Faramalla, se colocó entre Juana i el cura.

Así quedó el enamorado señor en situacion mortificante. Se puso de mal humor; pidió vino para componer el cuerpo, i como no se le sirviese tan luego, exclamó con rabia, mirando la puerta entreabierta del patio:

—Venga un diablo a servirme un par de botellas!

Al punto se levantó el cura para retirarse, pero Juana lo sujetó de la sotana i le hizo un gesto para que se quedara.

Entre tanto, Faramalla habia dado vuelta hacia el lugar donde estaba la familia, sacando de las botas dos botellas de vino.

—Tiene usted buenos dedos para prestidigitador, le dijo el cura encendiendo un cigarro.

—Es que me gusta servir a la buena jente, contestó Faramalla, sacándose de la cintura otras dos botellas.

—Trae una bodega, dijo Dolores riéndose.

—No tanto, pero lo suficiente para servir a todos.

Y siguió sacándose botellas del chaleco, del cuello de la camisa i hasta del sombrero.

—¡Es admirable! exclamó el cura.

—No, señor; lo admirable es que no encuentro quién destape una botella.

Juana puso cara visiblemente contrariada. Faramalla habia llegado en mala hora, i por mas esfuerzo que hacia para producir contento i franqueza, la frialdad continuaba en todos los semblantes.

Lo miraban con miedo.

II

A ese tiempo, llegó a las puertas del negocio un gran bullicio de jente. Era una batalla entre un grupo de mineros borrachos que reñian porque cada uno queria adelantarse a pagar un vaso de licor que deseaban beber en buena amistad.

Faramalla encontró aquí ocasion de alborotar la casa a fin de que la familia saliera de su estudiada frialdad.

—¡Yo pago por todos! salió gritando Faramalla, echándose el poncho atrás i sacando una larga bolsa de cuero llena de pepas de oro i de onzas del mismo metal.

Los amigos, que no eran menos de treinta, quedaron mirando al generoso recien llegado.

—¿Quién es usted? le dijo uno de los mas próximos.

—¿Y á usted qué le importa? Yo pago i se acabó, —dijo Faramalla sacando un puñado de oro.

—Pues no pagará, dijo un minero, o lo pincho con este alfiler.

I sacó a relucir un puñal de punta encorvada i cacha de hueso plateado.

Faramalla puso sobre el mostrador el puñado de oro, sin atender a las observaciones que le hacia Santiago para que no se mezclara en ese asunto.

—¡Está pagado! gritó aquél, i el que quiera tirarse cuatro saltos, salga al frente, exclamó Faramalla.

—¡Yo! dijeron a un tiempo varios de los presentes, desenvainando sus puñales i tratando de acometer.

—¡En mi casa no! gritó Santiago, tratando de apaciguar a los pendencieros.

Juana i las chiquillas salieron a ver aquel desórden, aflijidas al oir hablar de puñales.

—Señor Faramalla, no les diga nada a esa jente, exclamó Dolores acercándosele.

Faramalla la miró con indecible muestra de cariño. Se le acercó i dijo a Dolores, algo despacio, mién tras los mineros se revolvian furiosos por empezar luego la lucha:

—Por usted i por la tranquilidad de su casa voi a batirme. Mire usted...

I diciendo esto, Faramalla sacó un largo puñal. Con un rápido movimiento del brazo izquierdo se sacó el poncho i se lo envolvió en el mismo brazo en un par de vueltas.

—¡Los mas guapos al frente! gritó Faramalla.

Santiago quiso intervenir garrote en mano; pero solo consiguió que la jente saliera al lado afuera, en donde, a la luz de las velas del negocio, se trabó una riña fenomenal: uno contra treinta.

III

—¡A ver un guapo! dijo Faramalla.

Un minero grueso, espaldudo i mui ájil, saltó a su frente, diciendo burlescamente:

—¡Minerito maricon, toma!

I tiró un par de puñaladas, la primera a la cara, de donde el puñal hizo rápido círculo para caer como un rayo a la barriga de Faramalla.

Este dió un salto, paró el terrible golpe i a su vez dió tremenda cuchillada a su rival en la garganta. El minero cayó al suelo sin pronunciar palabra.

—Aquí está el otro! gritó un joven.

Los puñales se chocaron, echando chispas, en medio de los aplausos de los demás mineros i entre las esclamaciones de horror de la familia de Santiago Barreta.

—Me gusta este cabrito, dijo Faramalla, parando con su brazo izquierdo una puñalada.

—Toma cabrito, toma cabron! decía el joven arremetiendo furiosamente contra Faramalla.

Pero éste dió un brinco hacia un lado de aquel, al mismo tiempo que le rebanaba la garganta.

—Otro al hoyo! dijeron algunas voces.

—I otro al frente, gritó un jiganton poniéndose a dos pasos de Faramalla.

—No peleo contigo, dijo éste, porque sois tonto i no sabes tirar un corte.

El aludido rujió de cólera al verse tan mal tratado.

—Pelearás por la fuerza, dijo a Faramalla, tirándole una feroz puñalada al corazon.

—Miren que tonto, declaró riéndose éste i dando con la cacha del puñal un recio golpe en la cabeza del contrario.

—Este diablo tiene májica, gritó uno.

—Tengo buen puñal, replicó Faramalla arremetiendo contra todos i llegando hasta donde se hallaba aquel que había hablado.

Abrieron círculo todos, muchos de ellos heridos por el tremendo puñal de Faramalla; pero se guardaron de no ofenderlo a traicion, porque eran bravos, i por esto gustaban de pelear de frente, sin ventaja alguna, fuera de que respetaban el valor y la destreza de aquél.

Faramalla tenia mui admirada a toda esa jente, i por gusto, que nó por encono i ruin venganza, iban a disputarle la victoria.

Los puñales se ajitaron, se revolvieron en círculos, dándose tremendas embestidas.

—Me gusta este pichon, dijo Faramalla atacando por la izquierda.

—Cuidado con el pichon, le contestó el contrario.

—Tírale a la barriga! gritó uno alentando a su compañero, que en vano atacaba a Faramalla.

Este dijo a su vez, sin descuidar los golpes del contrario:

—El que se mezcle de intruso, por intruso caerá...

—Ya habló mi taita... i agregó aquél un grosero insulto.

Como picado por alacran, Faramalla dió un gran salto hácia atras, el suficiente para alcanzar al ofensor, al cual tiró una tan rápida cuchillada, que éste no tuvo tiempo para esquivarla.

—Lo prometido, toma! dijo Faramalla, hundiendo su puñal en la garganta al infeliz.

Miéntras éste caia pesadamente al suelo, otro grosero insulto oyó que le dirijia un guapeton que mostraba estar impaciente por entrar a la lucha.

—Por atrevido i mal hablado, no mereces el que me bata contigo, dijo Faramalla.

I agregó levantando horizontalmente su puñal i dirijiendo su afilada punta hácia el minero aludido:

—Este vá por mí, escápate si puedes!

Lanzó el puñal con gran fuerza i llegó como una bala a clavarse en la garganta de aquél, miéntras Faramalla arrancaba de las manos el puñal del minero que tenia muerto a sus piés, para continuar armado en aquella larga batalla.

IV

La mayor parte de los mineros estaban ya con alguna herida o yacian en el suelo. En aquel círculo de leones, nadie quería ser menos ni nadie deseaba retroceder un paso.

Pero la hazaña última de Faramalla los llenó de asombro. Aquel puñal tan hábilmente manejado i que volaba esparciendo la muerte, hizo esclamar a uno:

—¡Ese es el puñal del diablo!

Faramalla, entre tanto, habia avanzado a saltos para encontrar su puñal, blandiendo el otro. Recuperó su terrible arma, i como notó alguna vacilacion en sus contrarios, dijo:

—Si gustan, envainamos los puñales i vamos a un trago. Ya está pagado con anticipacion con oro y con sangre.

—Aceptado! dijeron algunos.

—Pues, adelante, gritó Faramalla, adelantándose al meson.

Allí estaba la familia llorando de susto i de lástima por aquella série de desgracias ocurridas a las puertas de su casa. El cura salió entónces a auxiliar a los caidos, pero algunos mineros habian cargado al hombro con ellos i se los llevaban en esos momentos al trote, probablemente a alguna casa amiga.

Vasos de aguardiente, i algunos de vino empezaron a circular de mano en mano, vaciándose i volviendo a ser llenados. Faramalla pagaba todo porque habia vencido.

La escena varió pronto por la llegada de don Felipe Baeza, autoridad del lugar. Al ver a tanta jente, preguntó a Santiago quiénes eran los de aquel escándalo.

—Aquí no hai novedad, le dijo Faramalla; hemos estado jugando con estos niños, i nada mas.

—Usted debe ser el camorrista, porque es el que aquí está mas engallado. Usted marcha preso.

—No sea usted tonto; yo no marcho, pues estoi parado i quieto.

—Digo que Ud. va preso.

—Borricon, ve usted que no voi, si no que estoi.

—¿Se quiere burlar de mí? replicó enojado Baeza, que tenia el título de diputado de minas.

—¿I usted viene armarnos camorra? cuidado conmigo, porque si me habla mucho lo despacho a su casa con una pesadumbre.

Los mineros aplaudieron ruidosamente este rasgo de entereza de Faramalla. Pero la autoridad no estaba para celebrar aquellos desmanes.

El diputado Baeza sacó entónces una pistola i apuntándola al pecho de Faramalla, le dijo en tono seco i solemne:

—Ríndase usted o disparo: soi la primera autoridad del lugar.

—Yo soi la primera, segunda i tercera; ríndase usted o disparo, respondió Faramalla apuntando con su puñal en actitud de lanzarlo a la distancia como en la ocasion anterior.

—Con bromita conmigo? dijo el diputado apretando el gatillo.

Un tiro resonó, en tanto que los mineros se abrian para dejar aislado a Faramalla. Este se dió una vuelta i la bala pasó a incrustarse en la pared.

—Así se tira! esclamó Faramalla lanzando el puñal con la rápidez del rayo.

El diputado lanzó un grito i tuvo que afirmarse en el mostrador para no caer. El puñal habia llegado rectamente a la mano derecha. Allí rebanó los tendores i cutis intermedios entre los dedos pulgar e índice, introdujo su punta hasta la palma de la mano i la pistola cayó al suelo ensangrentada. Era todo lo que habia querido Faramalla.

Baeza se apretó la mano enrojecida; i entónces el puñal se desprendió i saltó al suelo. Al chocar en el pavimiento, una llamarada como fugaz relámpago iluminó a su alrededor.

Un movimiento de sorpresa se produjo en los mineros, los cuales se miraron unos a otros. Aquel puñal les entró el habla a todos, incluso al diputado Baeza.

Santiago invitó a éste para que entrase a la casa a fin de hacerle alguna curacion, en lo cual consintió aquel, mui contrariado por verse así espuesto a perder el prestijio i el respeto. Era una autoridad humillada.

Faramalla levantó del suelo su puñal i la pistola i pasándole ésta al diputado, le dijo:

—Tome usted su arma; ahora puedo ir preso si le parece. Me gustaria, sin embargo, hablar con usted calmadamente.

—Sí, entren a mi casa, dijo Santiago.

V

—Este es el mismo diablo, quedaron diciendo algunos mineros, miéntras aquellos eran introducidos por Santiago al interior de la casa.

—Nos entró el resuello a todos, dijo otro.

—¿I de dónde ha salido este leon tan bravo? preguntó a Santiago un minero.

—No lo sé, respondió éste; solo puedo decir que es persona principal, mui instruida, mui gastador i que si no es el diablo metido a minero, es su primo hermano.

—¿Quieren que le robe el puñal? se adelantó diciendo un jóven de ojos vivaces.

Los mineros se juntaron a esa voz, deseosos de jugarle alguna mala pasada a aquel hombre a quien no encontraban manera de poderlo vencer. Ya se habia hecho temible con su puñal endemoniado. No pensaban en nuevos desafíos, porque se contaron i resultó que habian once ménos, i entre los que quedaban parados, no ménos de siete estaban desangrándose.

—Ese puñal debe tener alguna virtud, espuso gravemente uno de los de mas edad.

—Por lo mismo, replicó el del proyecto; es necesario quitárselo para que quedemos iguales. La astucia es permitida. I la cosa la haremos así; miéntras ustedes le sirven un cacho lleno de ponche, de modo que lo tome con las dos manos, yo le saco el puñal mui calladito i echo a correr hácia afuera sin que me sienta.

—Convenido, dijeron todos. A este diablo hái que pegársela en regla.

—¡Cuidado! dijo Santiago; ese señor no entiende de bromas. Tengo por seguro que el que le saque el puñal, no alcanza a salir dos varas afuera de la puerta sin que por alguna manera tenga que sufrir algo sério. El que se ponga en contra de ese hombre, está frito, se lo prevengo.

—¡Nada! quedamos doce hombres aquí listos para

entrar en pelea, protejiendo al que se robe el puñal. Sin esa arma, ese leoncito caerá a nuestros piés.

Así dijeron varios, ansiosos por vengar a sus compañeros caidos i por dar riendas al amor propio. Mineros vencidos por uno solo, no se habia visto nunca. Aquellos hombres se sentian como humillados, i para colmo, estaba adentro, talvez contando sus hazañas, el invencible poseedor del májico puñal.

VI

Gran animacion habia en el salon. Unos buscaban hilas, otros echaban agua caliente sobre algunas hojas de árboles medicinales, en tanto que se trababa rápida conversacion entre Faramalla, el Diputado i el cura.

El asunto era, naturalmente, los sucesos recientes. Cuando Faramalla empezaba una conversacion importante con el cura, se oyó este llamado:

—Señor Faramalla! pase un momento para acá.

Era que los mineros habian ya acordado el plan contra aquél.

Faramalla salió al llamado, i entónces uno le sirvió ponche en un grueso cacho, o sea en el hueco de un cuerno de buei labrado.

—Por el vencedor! dijeron varios, rodeando a Faramalla.

Este vaciló en tomar el cacho; quedó un instante mirando el líquido i oyendo las frases amistosas de los mineros, que impacientes esperaban que Faramalla lo tomara con ambas manos.

A su lado estaba listo el nuevo prestidijitador que iba a causar la mala jugada a aquél.

—Yo no debiera probar un trago, porque conozco que ustedes proceden ahora como unos bufones; pero lo hago por darles gusto i porque reciba una leccion aquél que sea mas bufon que los otros.

Todos se miraron, no alcanzando a comprender bien el significado de aquellas palabras en que Faramalla revelaba casi a las claras haber descubierto el omplot.

—Voi a beber, agregó Faramalla, tomando con ambas manos el repleto cacho; pero este trago será corto... para que el sainete empiece luego.

—Estamos descubiertos, dijo calladito un minero a su vecino.

Entre tanto, manos ájiles levántaron el poncho de Faramalla i le tomaron suavemente el puñal por la cacha, en medio de la ansiedad de los compañeros.

El puñal salió de la vaina i con el mismo tiento escapó del poncho del dueño. El minero que habia ejecutado tan riesgosa operacion, precisamente cuando Faramalla se empinaba el estravagante vaso de asta de buei, se deslizó reculando, en tanto que todos aplaudian a Faramalla disimulando así la complicidad en el robo.

El afortunado ratero emprendió la carrera hácia afuera dando un pequeño grito de alegria, señal convenida para que todos acorraláran a Faramalla i lo obligaran salir fuera del negocio. Allí, libremente pensaban despacharlo con unas cuantas puñaladas.

Pero el diablo habia fabricado aquel puñal.

VII

Apenas el autor de aquel robo pasaba los umbrales de la puerta, gozoso de haber ejecutado a su parecer la mas grande hazaña de su vida, se dió un feroz encontron con un sujeto que no distinguió bien. Divisó a éste de regular estatura, traje plomo i brazos que le parecieron de fierro.

I las fuerzas del señor ese serian de jigante, porque dió al minero un par de trompadas tales, que lo levantó en el aire i lo lanzó como pelota de goma hácia el medio del grupo de mineros que rodeaban a Faramalla.

El espanto que se produjo en aquellos es solo comparable con el que haria una granada reventando en el centro de un grupo de despreocupados.

El cuerpo del minero ladron atropello violentamente a sus desprevenidos compañeros, a muchos de los cuales tendió en el suelo con fuerza de huracan.

Tan recio sacudon recibió el mostrador del negocio, que todo lo que habia encima, vasos, jarros, ponchera, palmatorias con velas encendidas, botellas, cayó al suelo con grande estruendo.

Pero al mismo tiempo, i miéntras aquella escena quedaba a oscuras, rodaba por el suelo el puñal de Faramalla arrojando chispas tantas i tales, que iluminó lo suficiente para ser reconocido el sitio en donde quedaba largo a largo, después de tan estrepitosa aventura.

En aquella tremenda confusion que se siguió, aumentada con los gritos de la familia, que salió despavorida con aquella especie de terremoto i los de Santiago, que quedó ajitándose nerviosamente en el mismo lugar en que estaba, algunos mineros corrieron hácia la puerta temiendo alguna revancha de Faramalla i de su puñal.

I resultó que el que asomaba a la puerta, era recibido a puñetazos qor aquel desconocido que a última hora entraba a tomar parte en la batalla. Esos puñetazos no dejaban hombre parado; pero tampoco quedaban en la puerta. Como por encanto volaban por el aire hácia adentro chocando a su paso con cuanto encontraban.

Así unos hombres derribaban a otros, entre alaridos i las mas atroces maldiciones.

—¡Señor Faramalla! gritó Santiago con acento dolorido, solo usted creo que puede dar término a esta barbaridad.

VIII

Faramalla habia tomado su puñal guiado por los destellos luminosos de éste i acababa de retirarse de la escena algudos pasos hácia atras. El combate se habia trabado en la puerta i él queria gozar i ver.

El grito de Santiago fué secundado por el grupo de los que salian de la familia.

La luz de dos ó tres velas con que apareció esta, iluminó en parte el lugar de tan estraño acontecimiento.

Mas de la mitad de los combatientes yacian en el suelo dando quejidos y blasfemando como desalmados. El resto se habia arrinconado en masa compacta, sin atreverse a dar medio tranco.

—¡Nos han vencido con arte! dijo uno del grupo al verse alumbrado por las velas.

Faramalla reia sin ruido, apretándose la barriga i encojiéndose como el que teme prorrumpir en una carcajada. Casi reventaba de risa, segun la vulgar espresion.

—¡Venga la paz, hombres! gritó don Felipe Baeza.

Esta vez no trataba de hacer pesar su autoridad, en lo cual obró con mucha prudencia.

— Que venga la paz, dijo Faramalla; yo no tengo culpa ninguna aquí, sino los que han provocado.

—Sea como sea, agregó Santiago; acábese esta broma, antes que mi casa se convierta en carniceria i en cementerio.

Las velas fueron colocadas sobre el mostrador a ese tiempo, i Faramalla salió a la puerta diciendo:

—¿Quién es el guapo que aquí pega como patadas de macho?

Santiago tomó una vela para ver aquella novedad i juntos con Faramalla soltaron una estruenda carcajada.

—¡Un burro alzado! gritó Santiago, mostrándolo a los del grupo de mineros, que a ese tiempo empezaban a levantar a sus amigos.

—¡Un burro! esclamaron muchas voces en el colmo de la admiracion, en tanto que éste, viéndose iluminado por detrás, empezaba a retirarse con toda su gravedad asnal.

Era burro, en realidad, el que se habia colocado al lado afuera de la puerta, listo para bombardear el negocio de Santiago, arrojando bombas humanas, como navío de guerra vuelto de popa despues de convertir sus patas en bombardas.

—Este mismo burro, dijo Santiago, vino siguiendo a la negra cuando se fué a confesor.

—Es el diablo, dijo un minero.

—I un diablo que pega bien, agregó Faramalla.

—Voi a cerrar el negocio, gritó Santiago, i afuera todos.

Los mineros empezaron a sacar a los caidos al hombro o a la rastra, libre ya la puerta del terrible asno que en ese momento se perdia de vista.

El cura llamó entonces a Faramalla, diciéndole:

—Deseo hablar con usted.

—Diga usted, que le escucho, respondió el aludido entrando.

—¿Puedo saber, le dijo el cura, quién es usted? Me ha llamado la atencion lo que se me ha referido de usted i lo que he presenciado. Por de pronto creo que usted es persona que tiene algo de estraordinario.

—Mi persona no tiene gran importancia, respondió Faramalla; pero podemos conversar mañana. Aqui me encontrará usted temprano, luego de anochecer.

—Entónces, señor Faramalla, hasta mañana, si Dios quiere.

—¡Cómo es eso! esclamó aquél retrocediendo un paso; yo soi rei de mis acciones i quiera o no quiera álguien, vendré á la hora acordada.

—Usted no es católico! dijo el cura con algun asombro.

—No tengo para qué darle cuenta de lo que soi o no soi. Mañana conversaremos.

I se despidió con una graciosa inclinación de cabeza.

IX

Afuera quedaban algunos mineros pugnando por llevarse a los amigos. Faramalla tomó direccion opuesta i en un instante se perdió de vista. Cuando un minero quiso detenerlo llamándolo con instancias, no se le encontró. Se perdió en las tinieblas.

Los comentarios que quedaban haciéndose en la casa, eran tan encontrados que nadie pudo convencer a otro. Miéntras unos decian que Faramalla era el diablo disfrazado, otro agregaba que el burro era el diablo i otros que no habia diablo ni diabla.

Lo cierto es, dijo Santiago, que Faramalla no tiene igual, ni semejante. Sea diablo o no, aquí me ha dejado ya una fortunita en oro de buena lei, i esto es lo único importante.

—I la autoridad no sabe qué hacer en todo este lio, agregó Baeza.

El cura se despidió sin hacerse por entonces mas comentarios, i lo mismo hizo el diputado de minas.

CAPÍTULO XII

El Diablo en calzoncillos

I

Cansada la familia de Santiago Barreta con trajines e impresiones diversas, fué retirándose a los dormitorios en busca de reposo.

Juana dispuso que Petronila durmiese esa noche al lado adentro de la puerta del dormitorio de las chiquillas, aquella que daba al patio. Así Dolores i demas no tendrian miedo ni temor a vision alguna.

La negra llevó su cama al lugar indicado, i a la hora oportuna puso llave a las puertas i luego tranca a la del patio. Iguales precauciones tomó respecto de la ventana que tambien daba al patio.

Santiago i Juana quedaron un rato en pié sacando las cuentas de las ganancias i pérdidas del dia. Resultaba que por unos pocos pesos que importaban los perjuicios de los objetos quebrados i el licor caido al suelo i perdido, habia una ganancia enorme con el oro de Faramalla.

Habia motivo para acostarse contento i para dormirse mejor que en otras ocasiones.

Juano estaba, en todo esto, como preocupada de algo sério. Sin duda pensaba en que su casa se estaba convirtiendo en el centro obligado de asuntos nuevos y sumamente raros, entre las cuales el que mas la preocupaba era el referente a saber si el diablo andaria o nó en la casa, trasformado en Faramalla, en burro, en Santiago o quién sabe en qué.

Sonaron las doce de la noche en el reloj del dormitorio de Santiago Barreta. Juana deseaba estar despierta el mayor tiempo posible; pero se sintió de pronto dominar por un sueño invencible. Santiago roncaba ya a su lado i ella no tardó en acompañarlo.

En un rincon del comedor dormia esa noche un peon llamado Cárlos Orellana, medio fátuo i sordo, traido a la casa como compañía. Era un inocenton, talvez el único en la tierra de tantos diablos.

II

Las doce de la noche es la hora del sueño para la jeneralidad de los vivientes.

A esa hora, la tradicion inmemorial, supone a los diablos saliendo de sus cavernas en atropellada algaravía i esparciéndose por el mundo con la rapidez del pensamiento.

A las doce salen tambien los anjeles custodios que velan la inocencia dormida.

El bien i el mal suelen así andar juntos i chocando en aquellas horas de tinieblas en que la naturaleza entera reposa como en tranquilo sueño.

Jénios alados, fantásmas diabólicas, espectros horribles, animales disformes, apariciones estravagantes de altos cuernos y larga cola, corren el espacio, atraviesan las campiñas, braman en los subterráneos, chillan en los huertos i trajinan a veces invisibles por patios i corredores.

Los espíritus buenos se oponen a su paso; se revuelven disputándose la posesion de las viviendas i salen a la distancia convertidos en remolinos de viento que azotan los árboles i remecen puertas i ventanas.

A las doce de la noche empiezan los festines i las orjías fomentadas por los espíritus malos i aplaudidos por los que lo secundan en carne mortal, poseidos de tentaciones diabólicas.

La hora del silencio para el mundo corpóreo, es la hora del trabajo i de la gran fiesta para el mundo espiritual.

III

Uno de esos espíritus amigos de aventuras i de amoríos nocturnos, era sin duda el que aquella noche penetró por el patio de la casa de Santiago Ba-

rreta, entre ahullidos de perros i chillidos de avechuchos.

La escasa claridad que ofrecía un cielo limpio i de brillantes estrellas, era bastante para distinguir una figura de horrible aspecto, de cuerpo lijero, de largas piernas. gruesos i altos cuernos i cola que batia como el gato próximo a saltar sobre su presa.

Esa aparicion hizo temblar de miedo a Cárlos Orellana, i ahuyentó a tímidos pajaritos que dormian en los árboles del patio.

Aquella diabólica visión avanzó haciendo lentamente los mas caprichosos movimientos i asustándose hasta del rumor de las hojas que caian de los árboles al ser remecidas por suaves brisas o que sacudia con su larga cola, que a veces azotaba al suelo i a veces se levantaba a la altura de la cabeza.

El diablo llegó al comedor, i aquí fué el sudar de Cárlos, porque aquél dió un brusco movimiento al fijarse en el bulto que formaba el peon acostado en el suelo. Entonces el diablo se puso de jarra paró la cola, fijó horizontales los cuernos hácia delante, como la mula que tiende las orejas para percibir hasta el menor rumor a su frente.

A continuacion lanzó sobre el sitio en que yacía Cárlos, un par de rayos salidos de sus ojos convertidos en focos luminosos, i alumbró la humilde cama de aquél con siniestro resplandor.

Cárlos dió un estremezon involuntario; tuvo un miedo atroz, hasta el punto de sudar a mares, i luego se desmayó.

IV

La tranquilidad del sueño reposado reinaba en los dormitorios a esa hora. Juana y Santiago hacían duo con sus sonidos guturales, sin armonía, aunque apacibles. Juana batia su tímpano i producía una especie de rujidos estraños en la garganta, entreabierta a los mas ruidosos resoplidos. Las chiquillas hacían coro con sus juveniles gargantas en aquel concierto de ronquidos.

Un resplandor fugaz, como el relámpago que alum-

bra i desaparece, como la llamarada de un polvorazo, iluminó el dormitorio, i una cara de animal o de diablo se diseñó en el aire, a la entrada de la puerta del patio.

Aunque dormida, Dolores entrevió la vislumbre, pero no se movió. Juana Maria creyó ver un bulto extraño, al mismo tiempo que una de sus hermanas menores la hacía despertar con un brusco movimiento nervioso. El sueño, sin embargo, era poderoso, i por esto quedóse dormida como antes.

La escena cambió. El fantasma convirtióse en hombre i éste avanzó despacio hácia la cama de Dolores.

Era el barbudo de ántes, ahora en calzoncillos blancos i lijeros.

El bulto llegó hasta tocar las ropas de aquélla, diciéndole como la otra vez:

—Dolores, no te asustes; soy tu padre...

La niña abrió los ojos sin moverse, sin hablar i aun sin resollar. La oscuridad no le permitió ver nada, i de miedo se tapó la cabeza con la sábana i frazada. Así envuelta contestó:

—Usted no puede ser mi padre; dígame quién es, i si nó grito.

Las barbas se aproximaron a la cara tapada de Dolores i entónces ésta oyó una amenaza que la hizo temblar.

—Si das el mas pequeño grito, te aprieto la garganta i te ahogo.

Dolores, de puro miedo, se puso a rezar silenciosamente, moviendo apénas los labios; pero resultó que no se acordaba de ninguna oracion, i solo se limitó a nombrar a todos los santos i santas cuyos nombres se le venian a la memoria.

Así pasó revista a San Joaquin, San José, San Roque, Santa Rita, la Vírgen del Cármen i muchas otras vírjenes de la corte celestial.

V

Pero el presunto Santiago no entendia de esas invocaciones ni de esos rezos. Queria agradar a Dolo-

res i que las cosas pasaran en buena armonia, i por esto dijo a ésta:

—Déjate de esas locuras, óyeme. Te doi minas de oro si me abrigas; vengo en calzoncillos i tengo frio.

—Pero ¿no dice usted que es mi padre? ¿Por qué no se va a su cama?

—Porque me han recetado esta cama con tu calor.

I diciendo empezó a levantar las ropas. Dolores se asustó al sentir ese movimiento. Oyó el roce de la barba, i solo pudo agregar:

—Entónces usted no es mi padre, porque mi padre no tiene minas ahora.

—Déjate de discurrir i de meter ruido.

Dolores sintió entónces que las ropas de la cama eran levantadas con fuerza, i al punto se puso a rezar el *Credo*.

—Creo en Dios padre... todo poderoso... criador de... del cielo...

—No estés hablando esas barbaridades! esclamó el bulto, retirándose.

Entónces Dolores recogió las ropas i se envolvió en ellas como un ovillo.

El enamorado volvió a la carga, tomó a Dolores por la garganta i le dijo:

—Si gritas, te mato.

Dolores sintió mano nervuda i fria, dedos mui largos como las uñas, pulso tembloroso como el del ladron que teme ser descubierto.

Esa mano no era, a su parecer, la de su padre. Sin embargo, quedó Dolores tan turbada, que no le fué posible distinguir bien si aquel hombre seria en realidad su padre o el diablo. Creyó esto último, porque oyó de nuevo esta voz, tan ronca, como hueca, que decia:

—Mucho silencio, si quieres estar viva.

Así apretada la garganta, pero sujetando con las manos las ropas para que no se le desprendieran de su cuerpo, Dolores pudo decir:

—No me ahogue... oígame...

Las manos nervudas dejaron de apretar i aquella pudo resollar.

—No dice usted que es mi padre? le dijo Dolores.

—Sí, le contestó el bulto.

—Entónces ¿cómo quiere ahogarme?

—Dolores! gritó María, de la cama vecina; ¿con quien estás hablando?

El misterioso enamorado se acercó a Dolores i le dijo calladita:

—No digas nada; mañana te traeré un gran regalo.

El silencio volvió a reinar en la pieza dormitorio. Dolores no habló una palabra por miedo, pero alcanzó a distinguir un bulto que se retiraba.

—Madrecita, corra! gritó una de las chiquillas.

VI

Las cuatro chiquillas gritaron a un tiempo, viendo a travesar unos calzoncillos que apénas se podian distinguir i los cuales huian hácia la puerta que daba salida al patio.

Dolores encendió luz i en camisa se levantó a ver a Petronila, mientras Juana llamaba récio del otro lado de la puerta que comunicaba los dos dormitorios.

—Esta negra duerme como un animal, dijo Dolores dándole de puntapiés.

La negra se dió vueltas, hizo unos visajes, se restregó la cara con las manos i empezó a pronunciar monosílabos:

—La cabra... Si roco... ¡dónde están!

Juana hizo que Dolores abriese la puerta, i ambas se encontraron con vela en mano i en camisa.

—Qué es lo que hai? dijo Juana mui ajitada.

—Un bulto en calzoncillos pasó por aquí, dijeron todas.

—I a mí casi me ahorcó, agregó Dolores llorando.

—I esta negra durmiendo como bestia!

Diciendo esto, Juana tomó del pelo a la negra i la sacudió fuertemente. Solo entónces abrió ésta los ojos i reconoció el sitio. Estaba soñando con Siroco i su palacio.

Juana indagó la causa de tamaño alboroto.

—El bulto dijo que era mi padre, espuso Dolores, i queria a toda costa quedarse en mi cama.

—Mira, Santiago, ¿Qué significa esto? dijo Juana alumbrando la cama en donde el nombrado yacia largo a largo oyendo con ojos i boca abierta aquellas grandes novedades.

—Que yo... fuí... bulto... mi padre... ¡no entiendo palabra! respondió Santiago medio levantándose de la cama.

—Las chiquillas me dicen que has ido a su dormitorio i a la cama de Dolores...

—¿Están locos ustedes? interrumpió Santiago.

—¡A ver! gritó Juana; desde hoi, todos a dormir en mi dormitorio i Dolores conmigo. Era lo que faltaba, que despues de los alborotos que están sucediendo, venga mi buen marido a dar mal ejemplo a la familia...

—Pero, díme mujer, con todos los diablos ¿me has sentido moverme de la cama? ¿Cómo se te ocurre esos disparates i esas imbecilidades?

Juana calló. En verdad que no daba entero crédito a lo que le contaban las hijas. Santiago no se habia movido del lado de Juana sin que ésta, que tenia un sueño liviano como queltehue, no lo hubiera sentido.

I luego, las puertas estaban con llave i tranca.

Aquello era un misterio; pero tambien era duda cruel para una madre que amaba a sus hijas con aquel amor entrañable que solo tienen las que han sentido estremecer sus pechos al alimentar un ser, sangre de su sangre i alma de su alma, nacido de su vientre.

VII

Nadie durmió en la casa desde aquella hora. El dia se encargó de quitarles el sueño, porque en pocos minutos mas la risueña luz de la aurora penetró a las habitaciones, disipando tinieblas i haciendo innecesario las velas encendidas.

A esa hora levantóse mas que de prisa Petronila i casi al trote fué derecho a buscar el tiesto de barro en que había dejado las bostas de cabra. Una capa

negruzca cubría la superficie del agua; arrojó esta al suelo ladeando el tiesto, i en su fondo brilló el precioso metal.

La negra dió un grito de gusto. Era aquel un puñado de oro, recuerdo de una noche encantada.

Corrió a ver a Juana llevando en el pañuelo lacre aquella fortuna, que para la negra lo era, i allá llegó diciendo que se habia encontrado un entierro en la huerta. Atravesó el patio a escape, llamando a Cárlos Orellana para que la compañase en su alegria, i como éste dormia aun envuelto hasta la cabeza en su poncho, la negra le disparó con un terron para hacerlo despertar, diciéndole:

—¡Dormilon, levántate!

Juana, Santiago i las chiquillas se agruparon medio vestidas a ver aquella novedad.

—El oro nos viene por dentro i fuera, dijo Santiago.

Aquel dia fué de regocijo para la negra; pero Juana sospechaba ya de todo el mundo, de Faramalla, de Siroco, de Santiago, de la negra, del oro i hasta de cuantos llegaban al mostrador.

I para remate, Juana empezó a celar a Santiago con cuanta mujer pasaba por la calle. El diablo habia entrado a la casa, sin lugar a duda.

XIII

En comprobante, Juana supo el diabólico incidente de la noche.

Aquélla, que madrugó como ningun otro dia, encontró tendido al peon en su cama, lo que no fué poca sorpresa, porque éste acostumbraba levantarse con el dia.

—Hombre flojo, arriba! le gritó Juana.

El pobre hombre se descubrió la cara i miró a todas partes, diciendo:

—Patroncita, el diablo casi me ha muerto!

—¿El diablo? ¿Dónde está ese diablo? dijo Juana, a tiempo que la negra llegaba al mismo sitio atraida por la conversacion sobre el diablo.

—Anoche, prosiguió el peon, vino el diablo en figura espantable, entró aquí al corredor i yo, al verlo, perdí la cabeza. Esta mañana parece como que salió de la casa, corriendo con ruido de polleras i volvió despues, me tiró un balazo i me dijo:

—Dormilon, levántate!

La negra soltó una carcajada, contando en seguida lo que pasó, en medio de la risa de Juana.

—Pero lo de anoche sí que fué el mismo diablo, repuso Cárlos.

I en esto Juana quedó de acuerdo. El asunto ya era sério, por lo cual i para salvar su conciencia de algun cargo, determinó tomar medidas salvadoras de acuerdo con el cura. Entre tanto, vijilaria a Santiago con disimulo, sin embargo que poco podia disimular una mujer que empezaba a descompajinar la casa con celos i con mal humor. Podia decirse que el diablo habia injertado en Juana un humor de todos los diablos.

Dolores pasó en cama gran parte del dia, enferma del miedo sufrido. Infusion de toronjil i los mas afanosos cuidados de la madre, le devolvieron la salud i hasta la bulliciosa alegria de siempre.

CAPÍTULO XIII

Lo que el cura i Faramalla dijeron del diablo

I

El cura del lugar era el padre agustino frai Miguel de Garai, hombre serio i segun entendemos de buenas costumbres.

Acudió a la cita de la noche, llegando poco antes de Faramalla.

—Mi compadre viene mui a tiempo, dijo Juana dando la mano al cura.

—Me gusta llegar en buena hora, respondió éste.

—Como siempre; pero es el caso que por hoi están pasando en mi casa sucesos mui raros, tan raros que creo que el diablo ha metido la cola aquí para no dejarnos vivir tranquilos.

—Espliquese usted, comadre Juanita, dijo el cura.

Pero a ese tiempo entró saludando Faramalla, quedando como otras veces paseándose lejos de la luz, sin sentarse i como observando a hurtadillas.

—Oiga usted, dijo el cura a Faramalla, hai novedad aquí. Supóngase usted que Juanita me dice que el diablo se ha metido a revolver la casa.

—Sí, espuso Juana, i es necesario tomar alguna medida.

No siendo diablo malo...

—Entónces hai buenos? dijo el cura.

—Es claro, agregó Faramalla. El diablo no es mas que un semejante del hombre.

—¡Qué está usted hablando! interrumpieron a un tiempo los dos compadres.

—El diablo es un espíritu bueno o malo, segun las creencias, las supersticiones i el medio social en que se vive. La palabra misma de diablo o demonio no

significa siempre algo malo. Sócrates, por ejemplo, hombre recto i virtuoso, vivió i murió con un demonio dentro de su cuerpo, i nunca le aconsejó ese ser estraño nada de malo. Por el contrario, le alumbró el camino de la vida con consejos, con lecciones i con todo cuanto podia servirle para conducirse bien.

—Nos cuenta usted cosas que huelen a azufre, dijo el cura encendiendo un cigarro. Debe usted saber que el diablo fué en sus principios un ánjel de superior intelijencia i belleza, que se sublevó una vez contra Dios i quiso ser su igual o superior. Fué arrojado de aquella mansion de eterna felicidad, i desde entónces vaga por el mundo, haciendo diabluras mayores i menores.

—Así lo dicen algunos, repuso Faramalla moviéndose de un lado a otro. Los que creen en el oríjen divino del hombre tienen que convenir en que ningun ánjel podría quedar conforme con la distincion estraordinaria concedida al alma humana, envuelta en carne mortal, pero dueña del mundo material, dueña de pensar, de discutir sobre todo lo creado, dueña de discutir a su creador mismo, i esa libertad no la tuvo jamás ningun ánjel; esa libertad tenia que ofender a las almas anjélicas. ¿Por qué esa distincion, teniendo un oríjen tan bajo? El ánjel, existente ántes de la creacion del mundo i del universo, no era tan perfecto como se cree vulgarmente, por estas dos razones: la primera, porque la perfeccion absoluta que se supone escluye en absoluto tambien la imperfeccion, cual fué lo que se llama rebelion. Si álguien se rebeló, muchos han podido hacer lo mismo, i lo que sucedió una vez puede acontecer dos i mil veces; es decir que el cielo, segun los que esto creen, es un campo de lucha como la tierra, o no hai cielo, ni diablo, ni nada...

—Pero usted divaga, señor Faramalla, interrumpió el cura, con cara que revelaba mucha sorpresa.

—Déjeme usted continuar. La segunda razon de la imperfectibilidad anjelical es que el alma del hombre ha dejado a los ángeles chiquitos, podemos decir inservibles. El alma humana es imájen i semejanza

del que la crió: piensa, siente, quiere, no quiere, ama, aborrece, se alegra, se enoja, estudia lo que ve, traspasa los límites del mundo, su mirada llega a las estrellas, busca i analiza mas allá de lo creado un ser superior oríjen del bien, i allá, en línea opuesta, el jenio del mal. I cree o no cree, pues tiene la mas absoluta libertad. Los ánjeles no tienen libertad alguna: son pajarillos enjaulados en alambres de oro. La verdad es que el alma del hombre es la que llega a los mayores límites de la perfección, i por esto es ánjel bueno o ánjel malo, segun los casos.

—Nunca habia oido lo que acabo de escuchar, dijo el cura.—Me sorprende la audacia de usted para tratar estos asuntos con una libertad... que me parece que en Santiago libraria usted mal si allá se expresara como aquí.

—Sí, allá hai Inquisicion, un tribunal destinado a poner cadenas a las almas i diques al pensamiento; tribunal que desaparecerá en el siglo entrante para honra de la raza humana, que estima en algo la dignidad de su sér; pero si ha de creerse en el diablo, éste estaria contentísimo con que los hombres estuvieran siempre divididos, siempre chocando i siempre introduciendo en las sociedades i en las naciones, en los hombres i en las familias los jérmenes de la maldad por medio de sus pasiones levantadas en son de reto sobre los demás. El diablo es cuestion de apreciacion, de educacion i hasta de clima. Por esto hai diablos blancos en los polos del planeta, en el Ecuador i parte media del mundo, hai diablos colorados, en Chile diablos azules...

El cura se rió entónces de buena gana i tambien lo acompañó Juana.

—Con que diablos de colores, no? dijo aquél.

—¿I por qué se estraña usted, señor cura? La fantasía corre parejas con las supersticiones. Por ejemplo, en Chile hai jentes que *recetan* una misa oficiada por un padre de la Merced en alivio del alma del que ha muerto de fiebre o chavalongo; para los tísicos, se aconseja el responso, misa ú oraciones de un padre agustino; para los que mueren entre frio i caliente, son a propósito los dominicanos...

—Pero esas recetas que usted llama, tendrán su causa o fundamento, sin duda, interrumpió el cura riéndose con grande alegria.

—Es claro, prosiguió Faramalla, porque las devotas creen que las oraciones de los mercedarios son frescas; las de los agustinos, cálidas; las de los dominicanos, templadas; las de los franciscanos, entre tibias i calientes; las de los clérigos, muy calientes...

I no prosiguió, porque el cura dió rienda suelta a una carcajada, en tanto que Santiago despedia en el mostrador a algunos parroquianos i anunciaba llegar a terciar en la ruidosa i alegre conversacion.

II

—¿I ustedes conversan a secas? interrumpió Santiago entrando con una bandeja con dos botellas i copas.

—Francamente que nos estábamos engolfando en cuestiones algo sérias, contestó Faramalla.

—I mas de sérias, un poco anti-católicas, como que usted habla del diablo con una especie de inclinacion benévola...

—Aquí no hai mas diablo que yo, dijo Santiago riéndose i pasando copas de buen aguardiente hecho mistela.

—Sí, agregó Juana, tu cara ya se va asemejando a diablo en lo desaliñada.

—I dígame, señor Faramalla, preguntó el cura, ¿qué juzga usted de los acontecimientos tan raros que pasan en esta comarca? Por mi parte creo que una lejion de demonios ha tomado posesion de Alhué desde hace mui largos años.

—Los diablos están en todas partes, respondió Faramalla. Los que creen en la existencia de los espíritus, tendrán que convenir en que aquellos son espíritus como los ánjeles buenos, i por esto pueden estar en todos los lugares del universo. Aquí, en esta casa, anda ahora un cardúmen de duendes invisibles i en el cementerio de este pueblo suelen rezar en voz alta en algunas noches.

—Alguno de esos será el que viene a trastornar mi casa, dijo Juana con temor.

—Debe ser algun enamorado, contestó Faramalla.

—Esplíqueme, interrumpió el cura a éste, ¿qué idea tiene usted del diablo?

—Pues, ya hemos hablado de esto. Agrego que el personaje que comunmente se llama diablo, reina en el mundo i ocupa la atencion del jénero humano en todos los siglos i en toda la redondez del planeta i con él tiene que ver la música, la poesía, las letras, las ciencias, las artes, etc. Tiene tantos nombres que no hai quien los cuente. La idea del diablo varia en los diversos pueblos con sus diversas creencias. Los paganos creyeron en la existencia de un jenio del mal, jugueton, alegre, vengativo i hasta terrible; pero no lo tuvieron como ánjel degradado o condenado a eterno castigo. Los cristianos tienen diversas ideas sobre este punto, miéntras que los indios no han creido ni creen en un diablo sino en muchos.

—Así es la verdad, dijeron el cura i Santiago.

—Desde los tiempos de la conquista, continuó Faramalla, se sabe que en América los indios observaban un culto a divinidades diversas. Los brujos, los duendes, los encantados, eran temidos como cosa corriente. Un brujo era un diablo disfrazado a quien habia que temer i respetar, i un duende solia ser el amigo de la casa, especialmente cuando se enamoraba.

—¿También tienen amor los diablos? dijo Juana, a tiempo que entraba Dolores, mui envuelta en un pañuelo de rebozo.

—Cuando se vé una flor hermosa como esta que aparece aquí, alegrando los corazones, no puede uno dejar de pensar que el amor, hijo del cielo, es herencia comun a todos los seres i a todos los espíritus. El infierno no es más que la privacion del amor. Por eso el diablo gusta pasear por el mundo en formas humanas diversas, porque así puede tener sensaciones i así puede ser querido.

—¡I quién va a querer al diablo! interrumpió Dolores, sentándose en el estrado al lado de su madre.

Faramalla se sintió contrariado i casi con rabia, i con un tanto de soberbia, agregó:

—El diablo, como es poderoso, se molesta con los amores difíciles; no puede tener la calma, la paciencia, la constancia que los hombres, i, por consiguiente, se cree autorizado para obrar violentamente.

—Por mi parte, dijo el cura, voi a poner en conocimiento del señor Obispo lo que está pasando en este lugar. Aquí andan los diablos sueltos como en pleno carnaval diabólico. Se visten como jente, toman la forma de animales, se meten de templados a las viviendas honradas, juegan en las tabernas, remuelen en las chingánas i hasta tienen abogado que los defienden.

I el cura miró con intencion a Faramalla.

III

Juana se sintió mui contenta con la actitud solemne tomada por el cura. Deseaba aquella concluir con la amistad de Faramalla, personaje que nunca habia querido decir quién era, i que bien podia ser el diablo mismo.

El cura, agregó:

—I para que los buenos cristianos procuren desterrar al enemigo malo, voi a preparar una penitencia pública, miéntras la autoridad eclesiástica determine lo conveniente.

—Mui bien pensado, dijo Juana. Santiago será de los primeros en acudir al llamado de Dios...

Faramalla hizo una pirueta, como el que se siente nervioso i sorprendido por algo súbito i estraordinario.

—He notado, señor Faramalla, continuó Juana, que usted no nombra ni gusta que le nombren a Dios, que nos crió i que lo crió a usted...

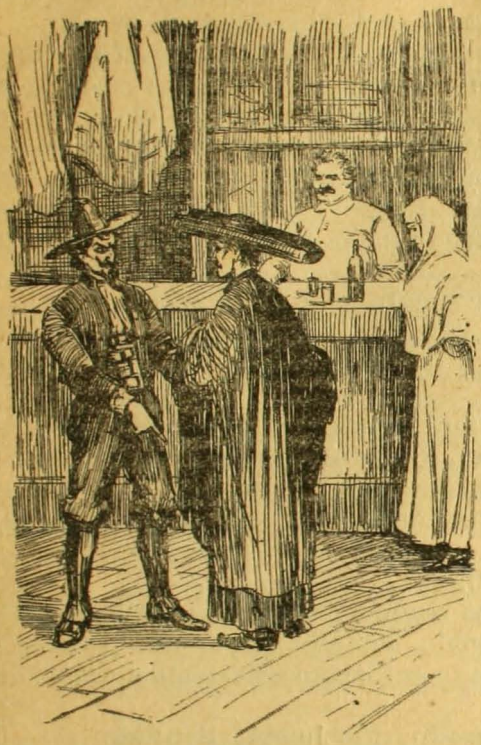
Puso aquél una cara avinagrada i de jesto tan horrible, que Dolores dió un pequeño grito esclamando:

—¡Por Dios, qué hombre tan espantable...!

Juana la pellizcó fuerte para que se callara, en

tanto que el cura se paraba con gravedad i decia a Faramalla, mirándolo fijamente:

—Necesito saber si usted es hombre bueno o es algun enemigo de la fé católica i de Dios Nuestro Señor....



Faramalla dió un salto atras como si hubiera tocado su pecho la punta de una espada.

—Usted, respondió éste mui ajitado, es un insolente, un intruso i un fraile indecente que por corrompido en Santiago lo han mandado a Alhué, como quien dice a domar potros chúcaros; i aquí viene haciéndose el santo, con cara hipócrita. Son ustedes los que hacen tarea corruptora mejor que el diablo mismo; ustedes desquician la moral; ustedes convierten la confesion en chacota. Lo que le ha pasado á la negra, es reflejo, es casi copia de lo que hacen ustedes en el confesionario, el gran recurso...

—Este hombre es el diablo en persona! dijo el cura entre furioso i asustado interrumpiendo.

—Que se acabe el asunto! gritó Santiago.

—Bueno, agregó Faramalla: que se acabe, pero diciéndole yo a este santo varon, que se asemeja a ctertos jardineros u hortelados los cuales se comen las mejores frutas i agarran a palos al pobre hom-

bre que llega a recojer una del suelo. Así son estos frailes: llegan a las casas donde hai muchachas, que ya son sus confesadas i... se comen las mejores frutas del jardin humano!

—Usted es un salvaje! gritó el cura.

Juana se paró entonces con grande enojo.

—Usted cree, dijo a Faramalla, que el compadre cura viene a corromper a mi casa? Pues, se equivoca medio a medio...

—En eso, interrumpió aquél, usted tiene mucha razon, porque en lo de medio a medio pnede equivocarse todo hombre con calzones, i hasta el diablo mismo; pero estos hombres con polleras no se equivocan nunca, porque son astutos, cavilosos, reservados i mañosos, hasta el estremo de que cuando entró al infierno el primer mocho de sotanas, el diablo huyó de miedo; i le dejó el campo libre. Desde entonces el infierno es la morada predilecta de esta jente...

—Terminemos el asunto, i no se hable mas de todo esto, dijo Santiago.

—Por mi parte me retiro, agregó Faramalla. No quiero hablar con este padre atrevido.

I salió, sin despedirse, seguido de Santiago, que lo acompañó hasta la puerta.

IV

—Qué tal! quedó diciendo el cura paseándose de un lado a otro. Ese hombre sospecho que no puede ser cosa de esta vida, i es un peligro que siga viniendo aquí...

—No vendrá mas, le respondió Juana.

—Ese hombre es el diablo...

—Pero, dígame compadre, espuso Juana, ¿cómo es que mató a tanta jente anoche? Yo creo que el diablo no tiene permiso de Dios para matar a nadie, porque de lo contrario podría acabar con el mundo.

—Así, es comadre; pero ha de saber usted, i esto no había tenido yo oportunidad de decirlo, que aquellos muertos no han sido tales, pues ninguno ha sido sepultado en el cementerio.

—I qué puede ser eso? dijo Santiago entrando, miéntras Juana i Dolores quedaban sorprendidas mirando al cura i esperando que concluyera de hablar sobre tan raro asunto.

—Es mui sencillo como ha pasado, aunque fuera de lo natural. Esos mineros, incluso el tal Faramalla, son todos unos brujos o diablos que han querido divertirse, i para esto han formado un alboroto con todas las apariencias de verdad. No han existido ni muertos ni heridos i todo ha sido pura farsa. Tal es mi opinion.

—Pero lo que no ha sido ilusion, interrumpió Santiago, es que me quebraron vasos i botellas i por nada no me quiebras una costilla.

—Será eso lo único real i natural que haya ocurrido, dijo el cura. Ahora, lo que ustedes deben hacer en prevision de llegada de espíritus malos, es que acostumbren sus oraciones de siempre i no admitan mas en la casa sino a personas que ustedes conozcan que son buenas. Esto de dar entrada i cierta confianza a sujetos que tienen las apariencias de decentes, tiene muchos peligros. Una familia honrada no debe nunca dar confianza sino a los amigos probados de los padres o jefes de la casa, sobre todo cuando hai mujeres menores. La lijereza de ustedes, compadre Santiago, ha sido la causa de que se les haya introducido una visita que ahora no solo les costará echarla, sino que puede irse enojada i hacerles algun mal. I todo por la ambicion de un poco de negocio.

—Asi he pensado yo, dijo Juana. Ese oro que ha guardado Santiago se desaparecerá como llegó.

—I ahora estoi pensando, agregó éste, en que mi oro se va disminuyendo; yo creo que alguna mano misteriosa va sacando pepitas...

—Es el diablo, compadre. Mucho cuidado.

A ese tiempo daba el reloj las once de la noche i las chiquillas empezaban a sacar las camas para el dormitorio de los padres, conforme lo habia dispuesto Juana. Por esto el cura se fué a su capilla, en tanto que aquélla tomaba todas las precauciones que creyó prudente para evitar que el diablo entrara a la casa i molestara a las chiquillas.

CAPITULO XIV

Amores i astucias diabólicas

I

En aquella noche, la familia se acostó mas o ménos a las doce, las tres menores en una cama i Dolores con su madre. Santiago puso cama junto a éstas i así durmiéronse todos sin preocupacion, ni miedo alguno.

A eso de las tres de la mañana, Dolores dió un grito. Juana la cubrió con su cuerpo casi inmediatamente, preguntándole qué de nuevo habia.

—Me han tocado la cara, dijo aquélla, con mano helada i álguien me habló sin que yo le entendiera.

Juana miró a Santiago a tiempo que éste encendía luz.

—Esta chiquilla está soñando con brujos todas las noches, dijo éste incomodado.

—Esto pasa de castaño a oscuro, agregó Juana levantándose a buscar un tiesto que tenía con agua bendita.

Roció con ella la cama i luego se abrigó en ella, quedando la pieza con luz i la familia en quietud como ántes.

Pero Juana no podía dormirse, pensando en el diablo. Las contínuas alarmas de Dolores no podian ser ilusiones, porque allí estaban las hermanas para atestiguar que álguien andaba tras de nocturnos amores. Con luz i despierta, era inútil que el diablo llegara a incomodarla.

Pero no contaba con las astucias del diabólico enamorado.

II

—¿Oyes, Santiago? dijo Juana de un repente a su marido, que parece empezaba a dormirse.

Santiago se descubrió la cara, miró a Juana i puso atencion.

—Sí, respondió; parece que mucha jente pasa por la calle rezando.

En efecto, se sentia como el acompañamiento fúnebre que suele seguir a un muerto que llevan a sepultar, o como las procesiones tan comunes en la época de estos sucesos.

—Es mui raro, dijo Juana, que a esta hora ande tanta jente. Pero ¿quién habrá muerto?

—Parece que el compadre tambien va rezando en voz alta, agregó Santiago.

Asómate a ver qué es eso.

Santiago se apresuró a complacer a Juana para salir tambien él de dudas.

Medio vestido i envuelto en una frazada, se dirijió a la ventana que daba a la calle. Juana seguia poniendo atencion, mientras que las cuatro hijas dormian al parecer.

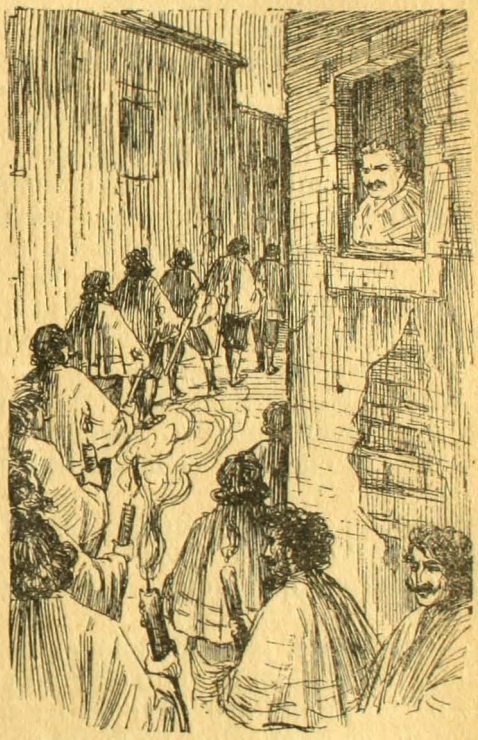
Abrió la ventana Santiago lo suficiente para que pudiese mirar con un ojo, por prudencia, y quedó sorprendido al ver una procesión con velas encendidas, semejante a muchas que organizaba el padre cura. Las velas apénas alumbraban, porque un vientecillo soplaba lo suficiente para dificultar la permanencia de la luz, que oscilaba envuelta en pequeñas espirales de humo. Aquellas velas eran enormes, de larga i negra mecha i producian un olor desagradable.

Esa procesion murmuraba rezos que no se entendían i que era compuesta por personas envueltas en ponchos como abrigos. En realidad, la noche estaba fria.

Curioso Santiago por aquel espectáculo, abrió un poco mas la ventana para ver el fin de la procesion. Divisó un mar de jente andando con calma i a su término, o mejor dicho, hácia atrás de la larga fila, vió

venir como un ataud levantado en alto. Era aquello un entierro estraordinario de algun rico propietario de minas.

¿De dónde salia aquella masa de jente? Tal era lo que preocupaba a Santiago, cuando se le acercó un desconocido, cuya fisonomía era difícil descubrir i que le dijo:



—Cuida tu puerta de calle, porque la multitud la empujará i abrirá, si así no lo haces, i llama a tu mujer para que alumbre esta ventana. Así te lo envia a decir tu compadre cura.

—Está bien, respondió Santiago.

Cerró la ventana i fué a comunicar a Juana aquella novedad

III

Por muchos comentarios que hicieron del asunto, no pudieron encontrar la causa verdadera de aquella funcion relijiosa a tales horas i con tanto acompañamiento.

Pero el compadre deseaba que lo acompañasen siquiera desde adentro de la casa, i era necesario darle gusto. En consecuencia, Juana se puso vestida i se abrigó con una colcha de la cama i encima un pañuelo de robozo, tomó la vela i se dirijió a la ventana. Santiago fué a la puerta conforme se lo habia dicho el desconocido.

La pieza quedó a oscuras i las chiquillas, que estaban ya despiertas con esos trajines, se abrigaron en sus camas mas bien con deseo de dormir que de curiosear sobre lo que pasaba en la calle.

Mientras Santiago i Juana se ocupaban de lo que queda referido, sobre lo cual trataremos a su tiempo, Dolores pasó por apuros i sorpresas inesperadas.

Se empezaba a quedar dormida, cuando dos manos le apretaron la garganta. Una voz desconocida le dijo mui quedo:

—Prométeme que no gritarás i te quito las manos; si gritas, te ahogo: soi tu padre.

Dolores tembló de miedo. Calculó que el diablo en figura de su padre sería el que así trataba de abusar de la ausencia momentánea de la madre, i por eso tuvo un gran temor de perder la vida. Al principio creyó prudente el no contestar hasta que Juana volviera a la cama; pero por el ruído que se sentía en la calle, la procesion no solo duraba aun, sino que llevaba trazas de no terminar tan pronto.

—Es usted mi padre?... preguntó aquella.

—La voz que oyes es la de tu padre; no tengas temor.

Diciendo esto, la soltó la garganta i empezó a querer levantarle las frazadas.

—Que es lo que quiere conmigo? le preguntó Dolores.

—Casi nada, le respondió el desconocido; busco calor, porque siento dentro de mi un frio tal que no me bastará a quitarlo ni todas las frazadas de Chile; pero tu tienes el calor medicinal que no tienen las frazadas, i por eso vengo a que me lo des, sin que nadie sepa. En cambio, aquí debajo de la almohada tienes un regalito de oro que te servirá para muchas buenas cosas...

—Pero yo no quiero oro; quiero saber qué misterio es este. Si es usted mi padre, háblememe de dia; si no es, llamo a mi madre i usted no me podrá hablar mas.

—No me preguntes tanto, respondió aquel tomán-

dola del pescuezo otra vez; déjate de hablar i cállate la boca.

Esta conversacion era mui callada. Dolores hubiera deseado hablar fuerte para que Juana la oyese, pero el miedo al desconocido la hacia desistir.

Entre tanto, éste procuraba acostarse cómodamente; pero Dolores resistia envolviéndose en las ropas como en las ocasiones anteriores. En un momento en que esta lucha amenazaba con meter alguna bulla, el desconocido tomó de la almohada un puñado de oro i se lo tiró a las manos para que lo tocase i se convenciese que no habia engaño. Dolores sintió el frio del metal, pero le asaltó la duda de que su padre no podia ofrecerle riqueza porque habría sido una ridiculez, i luego Santiago estaba con Juana en ese momento.

La voz de ésta se sentia no mui distante, lo cual hacia que Dolores no tuviera tanto miedo como en otras circunstancias.

—Retírese de aquí, dijo al bulto cuya barba le rosaba la cara; sea usted o no sea mi padre, espere a mi madre.

—Te equivocas, porque quiero estar abrigado siquiera un instante.

I volvió al ataque. Dolores empezó a luchar con ambas manos, mientras aquel le tapaba fuertemente la boca. La batalla era desigual, la del gavilan contra tímida avecilla.

IV

Era imposible dejar de sucumbir en aquella porfiada insistencia de un amor tan extraño i a todas luces emprendido bajo el nombre supuesto del padre.

Santiago, ofreciendo dinero a una hija a quien habia dado siempre el mas evidente buen ejemplo, era algo tan monstruoso que no podía concebirse i por eso mismo inadmisible.

Pero allí estaba su barba i tambien su voz. Solo el cuerpo lo sentia Dolores mui blando, como fabricado de lana i así no era el cuerpo de su padre.

Sudaba ella por desacirse de aquellas manos i por separar su rostro de aquellas barbas tan ásperas.

I Juana no llegaba con la luz. ¿En qué se demoraba tanto? Ni aun las chiquillas habian despertado. Parece que todos se habian conjurado para dejarla sola, a oscuras i con un fantasma que si no la mataba, a lo menos podia enfermarla de terror.

Ya se iba cansando. Sus manos adoloridas, temblorosas, hacian los últimos esfuerzos; sus ojos eran dos rios de lágrimas i su lengua parecíale convertida en cuero seco i áspero.

Pensó en rezar; pero los incidentes de la lucha, aquellas barbas puntuas, aquella voz hueca i desagradable, i los resollidos que se le acercaban o retiraban, le impedian acordarse de oracion alguna. Hasta Dios parece que la abandonaba.

Estaba para rendirse a las fuerzas brutales de aquel demonio, cuando determinó jugar el todo por el todo. Dando un fuerte grito, toda la familia correria a socorrerla, antes que el desconocido la hubiese asesinado, como se lo habia dicho. I se alistaba a gritar, tomando resuello lo mejor que pudo en medio de la opresion que sufria, cuando el diablo comprendióle la intencion i le estrechó la garganta. Luego se la dejó libre para no ahogarla, pero en cambio le tapó la boca con la mano izquierda, continuando asi esta lucha desigual.

Dolores se creyó irremediablemente perdida. Desfalleció, soltó los brazos i lanzó un jemido con un débil grito, casi perdido entre los dedos del criminal; grito que pudo oirse en la cama de las hermanas.

—¡Dios mio! dijo Dolores quedando como muerta.

Pero Dios le oyó. Al mismo tiempo de pronunciar esas palabras, sintióse del lado del patio el aleteo de un gallo i luego su robusto canto.

Al instante el fantasma abandonó a Dolores i ésta quedó libre, aunque desmayada. Las hermanas despertaron, i creyendo Maria que Dolores sufria algo, la llamó. Como no obtuviese respuesta, gritó llamando a Juana.

Esta ocurrió presurosa a ver de qué se trataba.

Vió medio sentada a María i preguntó por Dolores, que parecía sepultada en el medio de la cama, lejos de las almohadas.

—¡Qué es esto! dijo Juana alumbrando con la vela; ven, Santiago.

Al destapar a Dolores, Juana dió un alarido i por nada cae desmayada sobre el cuerpo de su hija.

V

La alarma dada por Juana hizo levantar de sus camas a las chiquillas i correr a Santiago, que aun permanecía en la puerta de calle del negocio o despacho. Pero ántes de pasar adelante, es oportuno referir los sucesos en que tomaron parte aquéllos.

Juana llegó calmadamente, con la vela encendida, a la ventana de la pieza vecina que daba a la calle, segun queda referido. Se asomó con precaución hácia afuera para no ser vista de la jente que pasaba en la procesion, i solo cuidó de alumbrar el interior, colocando la vela detrás de la hoja abierta de la ventana.

Bastaba, segun ella, con que el compadre y acompañantes amigos que por allí pudieran pasar supieran que en la casa los acompañaban despiertos desde ese lugar.

Era un acto de cortesía muí acostumbrado entónces en las ciudades y en los campos. A cualquiera hora de la noche que se sentía pasar el Sacramento, una procesion religiosa o el acompañamiento de un entierro, las jentes devotas salian a las puertas o ventanas con luz y desde allí acompañaban relijiosamente a los que pasaban a su frente, i se hincaban o permanecian de pié, segun los casos.

Si hubiera sido el Sacramento el que por allí pasaba ahora con aquel largo acompañamiento, Juana habria hecho levantar a las hijas para que se hincasen por lo menos en sus mismas camas.

Divisó Juana la hilera de velas encendidas y le estrañó ver tanta jente. Se puso a rezar por el alma del que llevaban al cementerio o a la capilla, cuando uno de los de la procesion se le acercó apagando la vela

que tenia en sus manos con un sacudon fuerte hácia abajo.

—Buena cristiana es usted, señora Juanita, le dijo el recien llegado arrimándose a la ventana medio abierta.

—I buena lo he de ser siempre. Dígame ¿qué significa esta funcion? respondió la interrogada.

Costumbre entónces, como ahora, en las poblaciones pequeñas i en los campos i en la capital misma, que aun sigue siendo la gran aldea de Chile, era la de trabar conversacion con cierta llaneza, sin conocerse, no importando el sexo ni la edad. I apesar de esta libertad de hablar, habia un respeto mútuo, porque cada cual a su manera trataba a los demas casi de igual a igual, sin distinguir fortuna. Solo en las ceremonias, convites o reuniones de sociedad había marcada y profunda distincion.

Juana, aun cuando no distinguió la cara del que la hablaba, juzgó que seria algun trabajador vecino de los muchos que frecuentaban el negocio.

Aquel le habló con cierta intimidad i le respondió diciéndole:

—Esta funcion es formada por casi todos los mineros de estas vecindades. Se trata de ir a velar a un hombre que viene vivo en aquel ataud...

—¡Que está usted diciendo! le interrumpió Juana asomándose en la direccion que se le indicaba.

—Ha de saber usted, que se ha encontrado a un hombre endemoniado, el cual hizo pacto con el diablo para recibir en cambio alguna fortuna en oro; pero que arrepentido de haber perdido su alma, ha querido que se le lleve a una quebrada vecina para ser velado allí conforme se suele acostumbrar, i reconciliarse con la iglesia católica de la cual se apartó en un rato de demencia.

—¡Pobrecito! dijo Juana.

—Sí, es digno de lástima; pero nos estraña tanta jente cuando se necesita mucha ménos. Solo cuatro hombres pueden llegar al lugar en donde vamos a dejar el ataud. Estos hombres lo dejarán en el suelo i solo uno podrá velarlo hasta que venga el dia. A esa

hora saldrá libre el infeliz; pero ántes el que lo cuida tendrá que presenciar las mas horribles visiones.

VI

I a todo esto la procesion continuaba i el ataud tardaba en pasar.

—Tengo frio, dijo Juana, voi a cerrar la ventana i cuando sienta que pasa el ataud abriré para darle gusto a mi compadre cura.

—Dígame, le dijo el hombre, ¿dónde está don Santiago?

—Lo han llamado a la puerta i allí está, no se con quién.

—Mucho cuidado con él, agregó aquél; su marido se la está pegando escandalosamente.

Juana hizo un movimiento brusco de sorpresa y contestó:

—I qué es lo que hace?

—Oh! se enamora de todas perdidamente i gasta con mujeres un dineral, porque ahora está en la buena i tiene mucho oro.

I el desconocido empezó a contarle historias de amoríos con muchas vecinas, para llegar a decirle que no se estrañara si tambien se enamoraba de alguna de sus hijas.

—Jesus María! dijo Juana al oir esto; voi a ver a este bribon... Pero, aguárdese usted... parece que he sentido como grito de las chiquillas.

—No, le dijo el desconocido; no ha habido grito alguno. I como le decía, don Santiago es el mismo diablo.

—Pero, dígame por Dios santo...

Aquel hizo un movimiento de nervios como tocado por agudo alfiler. Juana sacó la vela para ver aquella cara que empezaba a infundirle cierta desconfianza; pero notó con asombro que el desconocido huía de la luz.

—Voi a rezar, dijo Juana astutamente para saber si estaba tratando con cristiano o con algun herejote.

—No, a los endemoniados no se le reza, espuso el desconocido: cuando pasan se les dice la oracion del alcatraz.

—¿Qué oracion es esa, que no la conozco ni de nombre?

—Es mui sencilla, dice así:—«Santísimo i reverenciado alcatraz; tu, que das vida a perros muertos i que te entras sin milagro...

—¡No me venga usted con esas bromas! le interrumpió Juana; yo rezaré conforme a mis creencias en Dios...

A ese tiempo oyó un grito de alguna de las chiquillas. Entónces Juana cerró violentamente la ventana, sin oir mas conversacion, i corrió al dormitorio.

VII

Dolores estaba segun se ha referido ántes, en tal estado, que ocasionó un grito de dolor de la madre Yacia pálida i temblorosa, con algunas manchas moradas en las manos, en el cuello i en un lado de la cara. Recostada del lado derecho, sus piernas encojidas í las rodillas casi tocando la barriga, Dolores parecía un bulto de carne.

Santiago llegó preguntando qué ocurría, cuando Juana, anegada en llanto, corria hacia el agua bendiia i rociaba casi todo el cuerpo de la hija.

—¿Pero qué es lo que hai, mujer, por Dios? dijo Santiago mirando con espanto a Dolores.

Juana lloraba sin poder pronunciar palabra; pero las chiquillas contaron que habian sentido a su hermana como muy aflijida i que por eso habian llamado a su madre.

Esta tomó en las faldas a su hija, cubriéndola de besos i de lágrimas. Dolores seguia desmayada.

—El diablo ha venido miéntras yo me descuidé, habló Juana sollozando.

Con abrigos i fricciones en todo el cuerpo, Dolores se estiró dando fuertes resoplidos, como quien batalla por no ahogarse.

—Esto es mui singular, dijo Santiago: yo no he oido ni maliciado nada, por llevarme en esa puerta, oyendo a un diablo que no sé quién es.

—I a mi me daba conversacion otro en la ventana,

agregó Juana contándome lesuras, i la tal procesion no acabó nunca de pasar, hasta que esta chiquilla gritó i vine corriendo.

—Las cosas que están pasando en esta tierra parecen cuentos de brujas i duendes. Porpue ¿quién demonio puede venir a molestar a esta pobre Dolores, si no es algun espíritu que la quiere mal?

Se conoció, a ese tiempo, que la paciente estaba fuera de peligro mediante los grandes cuidados de Juana. Pero ésta se acordó de la funcion de la calle, i entónces dijo a Santiago:

—Asómate a ver si ya pasó el ataud.

—Tienes razon.

I Santiago corrió a la ventana puso el oido i no sintió ruido alguno.

Ya no hai nada, volvió diciendo aquél. Al fin, yo no supe qué cosa era esa multitud de jente.

—Era un endemoniado que llevaban a velar para salvar su alma, segun así me lo dijo el hombre que vino a la ventana, pero cuya cara no pude distinguirle. I lo raro es, continuó Juana, que no ví cara alguna entre tantos hombres que pasaban con trajes raros.

El hombre que me sujetó hablándome en la puerta, dijo Santiago, me dijo que te estaban galanteando en la ventana; pero como yo no soy celoso, no hice caso. Creí que eso era buena broma.

—I el otro me dijo que tú andabas con galanteos con todas las mujeres del lugar.

—Estamos frescos, agregó Santiago; tras de los diablos i duendes, vienen los cuentos i chismes. Bien veo que hay en todo esto algun plan diabólico para perdernos, para hundirnos. Somos víctimas inocentes de alguna jente envidiosa que quiere nuestra ruina.

—Mui temprano voi a dar cuenta a mi compadre de este suceso, para que venga a bendecir a nuestra hija. No encuentro mejor modo de librarla de peligros i de quedarnos en paz. Lo demas que yo sé, con él lo arreglaré.

—Pero, ¿qué mas sabes?

—Nada! dejemos que duerma mi hijita.

VIII

La ajitacion i el bullicio de la casa fué cesando i todos volvieron a las camas. Eso si que nadie pudo dormir.

Viento fuerte soplaba entónces, remeciendo los árboles del patio y dando suaves oleadas contra las puertas i ventanas, que crujian como empujadas por manos invisibles.

¿Era que se había trabado lucha desigual entre los espíritus que defendían la casa o que trataban de asaltarla, segun la creencia vulgar de aquella época?

El nuevo dia trajo la tranquilidad absoluta a la familia menor. Juana esperó la hora conveniente i salió en busca del cura, sin hablar palabra con Santiago. Llevaba aquella un infierno de celos en su pecho i deseos de rabiosa venganza.

¿Cuál era la causa? Primero lo que le dijo el desconocido de la ventana, i luego algunas palabras que pudo decirle Dolores.

En efecto, ésta habló una vez restablecida de su penoso accidente. Contó a su madre los incidentes del ataque de que fué víctima i de cómo el bulto le habia dicho que era su padre, encontrando en comprobante algunas pepitas de oro en la cama.

Juana casi perdió el juicio. Le pareció que era evidente que el marido fuera causante de aquellos escándalos. I habia uua circunstancia para que pensase así. Santiago se habia apartado de Juana durante todo el tiempo que ésta habia estado en la ventana; luego, no cabia duda de que habia aprovechado el tiempo para irse a ver a Dolores.

—Te repito que sois un brujo, un diablo, un condenado, un bribon! gritó Juana a Santiago saliendo.

Santiago saltó hácia adelante impidiéndole el paso.

—Te has propuesto aburrirme con tus insultos i tu mal modo? Qué significa tu cambio de carácter, antes blando i bueno, i ahora trocado en el mas endiablado mal humor? Tengo yo la culpa de que el diablo vengo a atormentar a esa pobre chiquilla?

—No me digas una palabra mas! gritó Juana; todo lo arreglaré con el único que aquí puede tomar conocimiento de los escándalos que están sucediendo, i ese es el cura.

—Pues, habla tú con él lo que quieras, que yo tambien procuraré verlo mas tarde, dijo Santiago poniéndose de un jenio endemoniado cual nunca lo habia experimentado.

Pero a ese tiempo pasaba a caballo el compadre, de ida o vuelta de alguna confesion. Casi simultáneamente lo llamaron Santiago i Juana i luego se siguió una conferencia que el lector conocerá en el capítulo siguiente.

IX

Los curas o párrocos ejercian una influencia poderosa en las familias i vigilaban a todos los que formaban parte de la parroquia, españoles e indios, que no era otra la division de clases sociales que existia entonces en Chile, o sea blancos i negros, amos i esclavos, patrones i trabajadores.

Los curas eran los jueces en el hogar i los consultores i los médicos de almas, en los confesionarios. Tal era la creencia popular i tal lo que se enseñaba desde la cuna a todas las jeneraciones que venían poblando el territorio desde la época de la conquista.

Por lo demas, no pretende el autor de este trabajo estudiar aquella sociedad, sino narrar sucesos que se cuentan hasta ahora i que tuvieron como base un ruidoso proceso contra Santiago Barreta, segun se leerá a su tiempo.

Aquellos acontecimientos, fantásticos i a veces deslumbrantes, son el reflejo de las creencias populares sobre los espiritus buenos i malos. Es asunto este absolutamente chileno, i por esto no hemos querido quitarle su sabor nacional con estudios sociales ni con comparaciones de épocas ni de civilizaciones que desfigurarían la narracion i cambiarian por completo la naturaleza de esta obra, escrita únicamente para entretener al lector con las orijinalísimas tradiciones de Alhué, el *Alhué mapu* de los indíjenas, o el pais del diablo, segun lo hemos contado en el comienzo de esta endiablada historia.

CAPITULO XV

Tiene la palabra el cura de Alhué

I

Como en procesion entró a la casa de Santiago Barreta el buen cura párroco i compadre por la Iglesia. Su edad de cerca de setenta años, su traje humilde de fraile i sus maneras siempre sérias, aunque alegre con los amigos, le atraian simpatías. Era querido en el lugar, aun de los mas alzados mineros. Gustaba de la pobreza, comia poco, pero alimento bien cocinado i suculento, i tenia una conversacion tan agradable como instructiva.

Su mirada era penetrante. Bastaba que viese o hablase con una persona para que la juzgase con juicio certero.

El cura de Alhué no era de la pasta de muchos otros curas, amigos del lujo, de la glotonería, sin caridad, orgullosos, mundanos e ignorantes.

Entró alegre saludando a sus buenos amigos, i a su encuentro salieron, dando saltos de gusto, las tres chiquillas menores, contentas i hablantinas.

—Tenemos que hablar cosas demasiado sérias con usted, compadrito, dijo Juana.

—Sí, mui sérias, agregó Santiago.

—Pues, vamos a ver de qué se trata, espuso el cura, sentándose cerca de un brasero en donde hervia un tiesto con leche.

—¡Todas las chiquillas se retiran de aquí! gritó Juana.

Los tres, el cura, Juana i Santiago, quedaron dispuestos para conferenciar, en tanto que el último ordenaba a la negra i a Maria que fueran al negocio a cuidar i a vender.

II

—Ha de saber, compadre, dijo Juana, que anoche casi me han muerto a mi hijita Dolores, que allí está vecina en cama. Miéntras me estuve en la ventana, cumpliendo con el recado que usted nos mandó para acompañar el entierro o velorio...

—Pero, qué recado ni qué entierro ni qué niño muerto! interrumpió frai Manuel, arrugando la frente.

Santiago i Juana quedaron mirándolo i mirándose.

—Entónces no nos mandó llamar anoche? dijo Santiago abriendo tamaños ojos.

—Si me he acostado como a las siete de la noche i no me he movido hasta la madrugada!

—I esa gran procesion con tantísima jente que pasó por la calle...

—Están ustedes contándome alguna historia o sueño? dijo el cura.

Entónces Santiago i Juana le refirieron el acontecimiento, quedando el cura admiradísimo del suceso tan estraño.

—Sentí muchos aullidos de perros i lo mismo me dijeron esta mañana, agregó aquél.

—Hemos sido engañados, repuso Juana; pero falta saber qué cosa era lo que vimos.

—Sin duda ilusion diabólica. El diablo ha tomado estas tierras como propias, i a pesar de las penitencias públicas i del buen ejemplo que doi i que hago practicar en la mayoría de los habitantes del pueblo, el maldito busca astutamente manera de pervertir i de engañar. Satanás ha querido reirse de ustedes i mientras que los entretenia léjos de la familia chica, él vendria a sorprender a Dolores. Eso es todo.

—Buena cosa compadre! dijo Juana; el demonio nos persigue i públicamente celebra fiestas i ceremonias.

—Hoi escribo al señor Obispo sobre esto i sobre todo lo demas que sabemos.

—I dígame, compadre, ¿de dónde ha salido este

cardúmen de diablos que ha omado posesion de este lugar?

—Es mui sencillo saberlo, contestó el cura a Santiago. Donde hai riquezas, allí está el demonio despertando la codicia i los demas vicios de los hombres. Páseme, compadre, aquel libro grueso que usted tiene allí con tapas de cuero.

—¿La *Política Indiana* de Solórzano?

—La misma. Ese autor es mui recomendable, como que fué en su tiempo el consultor de los reyes de España i de sus mas altos tribunales.

I el cura rejistró algunas pájinas, hasta que encontró lo que buscaba.

—Dice así, en la pájina 169:

«I no son solos estos peligros los que suelen hallarse en las minas, que de muchos se lee que las habitan demonios que llamamos duendes, en diferentes i estrañas figuras, que muchas veces hacen grandes daños a los que las labran, otras se contentan con hacerles burlas i traerlos inquietos y alborotados.»

—Esto dice Solórzano, que fué oidor de Lima en 1608 i uno de los eminentes jurisconsultos españoles de su siglo. I lo que dice este sabio autor, es lo mismo que les repito ahora. Desde antes del descubrimiento de la América, el diablo reinaba en las minas de Méjico, Perú, Chile, i en todas partes, i aun moraba en los entierros de riqueza que hacian los indios juntos con los muertos, o sea en las huacas...

—Dígame, compadre, preguntó Juana, ¿qué es eso de huacas, de que siempre he oido hablar?

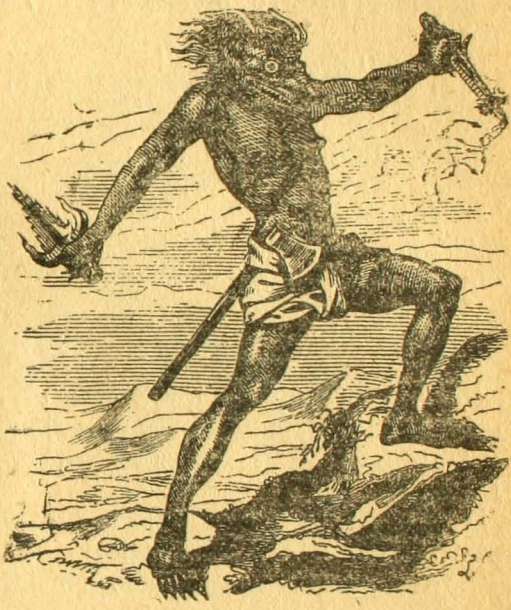
—Tiene este nombre la siguiente historia, que también la cuenta Solórzano:

El emperador del Perú Guainacava no tenia familia, i aunque era inmensamente rico, su fortuna no le daba hijos. Pero le nació uno después de largo tiempo de espera, i entónces le mandó construir un palacio maravilloso i movible, es decir, capaz de poderlo trasportar de un lugar a otro. Ese palacio era de oro i plata, con habitaciones, jardines i animales fabricados de los mismos metales. Era aquello una riqueza imponderable. Para resguardar la habitacion

del niño con un signo de grandeza, el padre hizo fabricar una especie de cadena de oro tan gruesa i larga, que doscientos indios apenas la podian levantar.

—Acórtela, compadre, dijo Juana de buen humor i cebando un mate.

—Pero si aquí está Solórzano que lo dice, pájina 955, i agrega que al niño príncipe le pusieron por nombre el que tenia esa cadena, que en español es *soga* i entre los indios era *Huáscar* o Guascar, i que esto significa. Cuando los españoles descubrieron al Perú, los indios escondieron aquella riqueza enterrando con ella a muchos hombres como para que la cuidasen. La riqueza nunca se halló por los españoles, pero el nombre españolizado de *huaca* quedo aplicado para todos los entierros indíjenas de oro o plata que se hacia entónces cuando se moria algun señor principal. Esos sitios pasaban a ser templos o adoratorios llenos de figuras e ídolos, ordinariamente mui feos i disformes, porque el demonio, en cuya veneracion los hacian, gustaba de hacerse adorar en figuras mal ajestadas, las cuales solian hablar i responder como si estuvieran vivas.



—Pero ¿cómo es posible, compadre, que haya tantos diablos para tantos paises i lugares? dijo Juana, en tanto que el cura i Santiago tomaban una copita de aguardiente.

—Es que los ánjeles malos i las almas de los que les han acompañado despues, son muchísimos. Un autor flamenco, Juan de Wier, discípulo del gran brujo i nigromante Cornelio Agrippa, que vivió del año de 1515 al de 1588, escribió una obra que tituló: *De la seudo monarquía de los demonios.* Hablando del reino universal del diablo, asegura que en esa época tenia el rei de los infiernos una monarquía compuesta de *72 príncipes* i de *7 millones 405,906 diablos.*

—Por Dios, compadre!

—I otro autor agrega que una *lejion infernal*, o, como diríamos en España, un cuerpo de ejército, es compuesta de *6,666 diablos.*

—Caracoles con el ejército ese! dijo Santiago.

—Desde el siglo doce hasta el dieziseis, continuó el cura, el diablo fué estudiado por los hombres como en ninguna otra época del mundo; se escribió estensamente sobre sus costumbres, sus gustos, sus amoríos, i desde entónces aparece como rei del mal con cuerpo humano, pero con cuernos i cola. No duden ustedes que el diablo anda en esta casa, i si no enmiendan su manera de vivir, el diablo se los llevará.

—Pero si el único malo aquí es Santiago, dijo Juana.

—Esta mujer anda desde hace días de manera que ni el mismo diablo la aguantaria.

—Arreglemos las cosas en paz, interrumpió el cura.

III

I empezó a tomar averiguaciones minuciosas de todo lo que habia pasado.

Para esto habló con cada una de las personas de la casa, separadamente. Cuando le tocó el turno a Juana, ésta culpo de todo a Santiago.

El cura mismo tuvo dudas a este respecto; pero como hombre prudente, no dió opinion alguna sobre esto, sino que se limitó a poner los hechos en conocimiento del obispo, para lo cual iba a despachar un correo a la capital.

Santiago alcanzó a oir o a comprender que su mujer lo acusaba, i como se creia inocente, empezó a desesperarse, mucho mas pensando en su condicion de estranjero, por cuya circunstancia no esperaba tener consideracion de nadie en este pais.

El cura se retiró a su casa, llevando la conviccion de que el espíritu maligno fomentaba alarmas i sospechas en ese hogar que siempre habia conocido honrado i virtuoso. Al despedirse dijo a Juana i a Santiago.

—No duerman a oscuras; pongan una vela encendida al frente de alguna imájen; procuren la paz i buena armonía; eviten las visitas de personas cuyos antecedentes no les conste a ustedes que son honrados; no teman al demonio, porque Dios es el único rei i señor de nuestras vidas i de nuestras almas; i sobre todo, procuren el buen ejemplo i déjense de ambicionar el oro, porque esta ambicion es la causa de casi todos los males que aflijen al mundo.

Por ese dia los ánimos quedaron con cierta tranquilidad i hasta algunas noches se pasó en la quieta paz de otros tiempos, gracias al oportuno sermon del cura.

CAPITULO XVI

De cómo Dolores fué encerrada en una caja con llave

I

No estaba el diablo para intimidarse por los sanos consejos del cura ni por las cristianas intenciones de la familia de Santiago Garreta. Buscó nuevos pretestos para poner en desacuerdo a los esposos i revolver otra vez la casa.

Nuevas alarmas de Dolores determinaron a Juana a tomar el partido estremo de decirle a Santiago que saliera de la casa siquiera por algun tiempo. El pueblo tenia conocimiento de las novedades que estaban ocurriendo, i no era posible quedar insensibles ante las habladurias de un vecindario en donde habian muchas malas lenguas.

Santiago casi perdió el juicio. Despues de un violento altercado con su mujer, aquél tomó una soga i se marchó al campo resuelto a ahorcarse. La vida le era insoportable ya i queria dejar tranquila a la familia i tranquilo al pueblo que ya empezaba a juzgarlo criminal.

I para colmo de desgracia, conocia que el cura se inclinaba a creer en las sospechas que le contaba Juana. Santiago estaba pasando por criminal dentro i fuera de su casa.

II

El mismo dia en que Santiago salia al campo Dolores era mandada por Juana a una casa vecina a buscar un encargo insignificante. A su vuelta recibió de un niño el regalo de unas flores, diciéndole éste:

—Toma, Dolores, estas flores te las manda mi padre Faramalla i me dice que no seas ingrata...

—No tomo flores, contestó Dolores marchando a su casa de prisa.

El niñito siguió tras ella, la tomó del vestido i le dijo:

—Serás feliz conmigo, entónces...

Pero Dolores echó a correr i así llegó a su casa. Contó a Juana el suceso i ésta le aplaudió su resistencia para recibir regalo de un desconocido.

—Ese debe ser algun diablo chico, dijo Juana.

I luego pensó en que ya volvian otra vez las apariciones tentadoras. Por precaucion llamó a un carpintero i le hizo fabricar una caja de madera de álamo con estas dimensiones, apuntadas aquí lo mismo que aparece en el espediente de que son tomadas estas noticias: largo vara i tercia; ancho dos tercias; alto, dos tercios menos una pulgada.

El pensamiento de Juana era encerrar allí a Dolores para saber con certeza si en realidad algun espíritu era el enamorado, porque en este caso podia entrar facilmente en la caja i asi podia sorprendérsele.

La ocasion era favorable puesto que Santiago habia dicho que no volvería.

Juana quedó administrando el negocio i como dueña absoluta de toda la casa.

Hizo acompañarse en la tarde, para que siguieran durmiendo en las noches en los diversos departamentos de la casa, de las siguientes personas que vivian en un fundo de Santiago i que por esto eran de confianza: esclavas Inés i Tránsito Rojas, esta última parda libre i lavandera; Antonio Soto, esclavo i viñatero, los peones José Cárlos i Bernardo Orellana i Antonio Perez, a los cuales se agregó un amigo, Juan Gorbea.

La casa quedó así bien resguardada.

III

Determinó Juana pasar en vela todas las noches i dormir de dia; pero la costumbre pudo mas que la voluntad. Llegada las doce de la noche, el sueño era invencible.

No podia aquella habituarse a este nuevo jénero de vida, de modo que en la noche siguiente puso en práctica su plan de encerrar a Dolores en esa especie de ataud que habia hecho construir.

Así podia descansar tranquila de las fatigas del día. De esta manera dejaba a cubierto a su hija de ataques sorpresivos. Estando encerrada ya podrian todos dormirse sin temor alguno.

Se le ocurrió a Juana otra idea, la de que sería posible pillar al diablo o duende si entraba a la caja, i se hizo este argumento: si su hija era perseguida por algun espíritu, no habia cuidado de que Dolores sufriera, ¡pero si el espíritu tomaba forma humana, entonces Juana podria pillarlo i hacerlo pedazos con unas tijeras podadoras que dejó ocultas debajo de su almohada.

Ni al cura quiso comunicar este plan, porque tuvo vergüenza. Le parecia ridículo todo esto, pero deseaba valientemente encontrar al sujeto que atormentaba a su hija para darle una buena leccion con sus tijeras i con sus puños, que eran fornidos i mui capaces de luchar con ventaja i buen éxito con cualquier diablo.

Dolores sintió miedo a la caja, cuando su madre le esplicó el plan, pero habia que someterse, so pena de que aquélla lo pasara peor con Juana que con el desconocido,

Santiago no llegó esa otra noche i esto favorecia el proyecto aquél.

IV

A la hora de costumbre la familia se retiró, cada cual a su cama, quedando en pie Juana i Dolores. Cuando todo estaba en silencio, aquélla acomodó una camita dentro de la caja i en ella hizo acostar vestida a la hija, despues de hacerla rezar i de signarse con agua bendita.

Silenciosamente cerró la caja i le puso llave. La pieza quedó alumbrada con larga vela que Juana colocó en la vecina mesa, llena de santos i de flores. Era aquello una especie de altar en miniatura, en cu-

ya parte superior se levantaba un crucifijo cubierto con gasa negra.

La caja quedó a dos varas de distancia de la cama de Juana. Este pequeño espacio era suficiente para salvarlo de un salto en caso de peligro.

Para mayor precaucion, hizo levantar a la negra Ines, sin formar ruido, i con su cama la puso tendida debajo del catre para que le avisase de cualquier ruido que notase en la caja. Mientras Juana durmiese, aquélla tendria que estar despierta. Tal era la órden de ésta.

Con tales precauciones, Juana durmióse como a la una de la mañana, sin cuidado i completamente segura que al primer amago que hiciera el brujo o diablo contra Dolores o contra cualquiera otra de la casa, seria sorprendido en el acto.

Juana ardia en deseos de ver a aquel ser estraño que tanto incomodaba, i soñando con él estaba cuando la negra Ines sintió un pequeño ruido que le pareció salir dentro de la caja.

Levantó la cabeza i puso atento oido. La vela proporcionaba entónces la mitad ménos de su luz, porque gruesa mecha negra se levantaba casi tan alta como la llama, a la cual dividia en dos pequeños trozos que alumbraban tristemente la habitacion.

Parecia que allí estaban velando un muerto.

V

Ines se arrastró como culebra en direccion de la caja, hasta quedar escuchando a una media vara de distancia.

Sintió, en efecto, que Dolores se movia i como que hacia esfuerzos por romper la caja. Entónces la negra volvió atrás i tiró fuerte de la frazada que cubria a Juana. Pero ésta continuó dormida tranquilamente.

Inés levantó la cabeza a la altura de la cama i vió a Juana que daba leves ronquidos. Aquella estiró una mano i remeció el cuerpo de su ama, i como viese que esto era inútil, se levantó i resueltamente se acercó a la cabeza de la dormida, diciéndola al oido, mui calladito:

—Amita...! despierte...! amita...!

I Juana dormia, soñando con escuadrones de diablos que combatian en contra de ella furiosamente. Así dormida, tenia sus manos empuñadas i temblorosas, como defendiéndose de aquel diabólico ataque.

Inés, que perdió la esperanza de que su ama sintiese su llamado, la tomó de la cara i la sacudió de manera que Juana tenia que despertar.

Pero ésta se figuró realmente asaltada por el diablo mayor, i abrir los ojos i dar de bofetadas al diablo, fué todo uno i rápido, como pantera que se ve asaltada de improviso por audaz enemigo.

—Te pillé, diablo bribón! gritó Juana agarrando al enemigo malo i zurrándole furiosamente hasta caerse de la cama.

—Mi amita, soi yo! por Diosito, mi amita! gritaba la negra Inés.

Juana estaba que no oia; sus ansias eran hacer pedazos, desmenuzar el duende o diablo que habia tenido la osadia de tocarla en su cama. Ambas formaron un ovillo humano en el suelo, atacando la una i defendiéndose la otra, hasta que el alboroto hizo levantar a todos los de la casa.

La dormida Juana se vió apartada por manos nervudas, i entónces vino a disipársele la pesadilla, cuando la pobre negra yacía llorando a gritos, desgreñado el pelo i cubierta la cara de sangre. Las uñas de Juana habian dejado muestras de ser tan ofensivas como las de gata enojada.

Aflijida quedó Juana con este desagradable incidente. Miéntras unos reian, las chiquillas gritaban de lástima al ver a Inés en tan lamentable estado. Pero aquella tenia que ver a Dolores para saber qué novedad habia ocurrido, i por esto, Juana mandó a sus camas a todos, lamentando su pesado sueño.

—Ya sé, decía, que el diablo me dejó tan dormida para que descuidase a Dolores.

I abrió la caja, encontrando a su hija entre asustada i risueña.

—Te ha ocurrido algo? preguntó Juana.

—Sentí un pequeño ruido como de raton que muerde la tabla; pero nada mas.

—Pobre Inés! casi la maté, dijo Juana con honda lástima.

—Sentí en el patio una gran carcajada, agregó Dolores, tal vez de alguno de los peones.

—Ese ha sido el diablo que preparó este sainete, espuso Juana, porque todos están con sus camas aquí dentro, repartidos en las piezas, i nadie ha podido reirse afuera, salvo el espíritu malo.

VI

Por esa noche no hubo mas novedad. Para disipar el sueño i para reir cada cual en su cama, habia de sobra con lo acontecido.

Santiago no llegó al siguiente dia. Su ausencia mortificaba ya a Juana, porque habia sido rápida, impensada.

Las mismas precauciones se repitieron en la noche, esta vez cambiando el turno: Juana permaneceria despierta i la negra cuidadora dormiria. Como Inés habia quedado inutilizada, la reemplazó Petronila.

Esta negra creia que todo lo que pasaba era obra diabólica i de encantamientos; pero tenia miedo de hablar una palabra sobre esto.

Como de costumbre, Petronila dormia a pierna suelta, sin importarle un diablo ni cien mil diablos lo que pasaba.

Dolores recibió repetidas instrucciones para dar cuenta inmediata de lo que le ocurriese. No tenia mas que dar dos golpes fuertes con un pié chocado contra algun lado de la caja, para que Juana se lanzára a abrir la cerradura llevando listas las tijeras para inutilizar al diablo en sus futuros amoríos.

El plan quedaba bien combinado. Faltaba que el diablo lo ignorara, i solo así podia caer en la trampa.

VII

Cercana la una i media de la mañana no dormia Dolores. Todas las tardes tenia hasta tres horas de sueño i esto la mantenia en la noche despierta dentro de su ataud, en medio del silencio sepulcral que reinaba a su alrededor.

Así estaba cuando una débil luz, fugaz como un relámpago, iluminó al interior de la caja. Dolores yacia con los ojos cerrados, pero notó la claridad. Tuvo miedo i quedó sin moverse i en actitud de estar durmiendo, lista para avisar el peligro.

Entónces oyó una voz apagada i hasta tímida que le decia:

—Dolores, no tengas miedo...

Esta dió un estremezon de todo el cuerpo. Esa voz tan suave i casi agradable parece que entraba por la cerradura de la llave, que era grande i única parte por donde penetraba aire.

La miedosa niña hubiera querido dar voz de alarma, contraviniendo a las órdenes recibidas; pero temia el doble enojo del diablo i de la madre. Este era un caso singular, especialísimo. Agradar, siquiera un instante, a dos voluntades opuestas, la una de este mundo i la otra del mundo desconocido de los espíritus, era asunto el mas grave entre los graves asuntos que se habian venido sucediendo desde hacia algun tiempo.

I la pobre Dolores tenia que sufrir horriblemente el martirio de tener que oir a un ser desconocido, que no lo veia i que sin embargo la perseguida sola o acompañada, con tenacidad increible.

La voz misteriosa, siempre tranquila, continuó:

—Si me oyes... todo pasará sin bulla. Te traigo un lindo regalo... habla despacio i óyeme...

—Está bien, dijo Dolores, quiero saber quien me habla...

Esto decia mui despacio, estendiendo la pierna derecha para tocar la caja con la punta del pié.

—Oye, dijo la voz desconocida, te mortifican inútilmente; si quieres, te llevo para que seas reina i señora...

Diciendo esto, la voz se iba acercando, i luego Dolores sintió peso estraño, pero blando, sobre las frazadas. Era que llegaba el brujo, duende o diablo que se trataba de encontrar. Un poco de entereza i de valor por parte de Dolores, bastaba para que Juana hiciera su obra i lo pillara.

El duende se acercó resueltamente i se dejó caer sobre Dolores como un colchon de lana. Ese peso no era el de hombre sino de algo mui liviano.

La voz se acercó a la boca de Dolores i le dijo:

—No tienes miedo ¿es verdad?

VIII

Dolores no tenia valor para esperar mas tiempo la proteccion de la madre. Pensó que ya era momento oportuno para que aquella aprisionara al duende i lo castigara conforme se habia proyectado.

Por esto, apretó el resuello, se encojió, dió un sacudon a la ropa que la cubria i dejó libre la punta del pié derecho, en actitud de empujarlo, tocar la pared de la caja i producir la llamada convenida.

Dolores percibió una fragancia que casi la trostornó, un placer nunca sentido la invadió, al mismo tiempo que la voz estraña llegaba hasta sus labios como para impedirle que hablara.

Quedó aquella casi insensible; pero recordó que su madre aguardaba anhelante esa aventura, i entónces determinó dar la señal convenida.

Temblando de miedo i ansiosa por el buen éxito, Dolores dió dos golpes con el pié, mientras un calor como el que produce un brasero próximo, invadia la caja. El duende continuaba oprimiéndola i hablándola siempre en tono suave.

Juana oyó los golpes, tomó las tijeras i se bajó de la cama con el cuidado i silencio que emplearia un gato que tratase de asaltar su presa.

Llegó á la caja andando en puntillas, metió la llave en la chapa con el mayor tiento, puso oido i percibió rumor dentro.

Entónces dió vuelta a la llave violentamente, mientras que con la otra mano alistaba las tijeras.

IX

—A ver este diablo! dijo Juana en alta voz levantando la tapa i apuntando con las tijeras abiertas.

Una sombrita se desenvolvió i saltó hácia afuera,

al mismo tiempo que Dolores hacia un brusco movimiento para levantarse, dando un pequeño grito.

La sombrita no se movió mas rápida que las tijeras de Juana, las cuales alcanzaron a cerrarse rápidas, produciendo un sonido chillon del hierro chocando fuerte contra el hierro.

—Te corté la cola, bribon! gritó Juana.

La sombra, en efecto, aparecia dividida en dos partes, cada cual corriendo en distintas direcciones.

La casa se alarmó, i todos corrieron a ver la novedad de aquella inesperada funcion.

Juana corrió a tijeretazos al pedazo de sombra mas grande, gritando para que atajasen el otro en forma de cola que huia como raton descabezado, con movimientos vacilantes.

Pero por mas esfuerzos que hacian hombres i mujeres para pillar esos restos de duende, no lo conseguian. Los Orellanas eran los que mas batallaban para atrapar aquellas sombritas que se escabullian de los dedos, i en este afan cayeron atropelladas i revueltas las negras, entre las cuales Petronila era la mejor vestida, i andaba con solo media camisa.

Las chiquillas gritaban, i gritaban las negras pataleaddo en el suelo. La que trataba de levantarse, era volteada violentemente por los hombres que pasaban i repasaban en la mas furiosa carrera, dando puñetazos i puntapies para todos lados.

Entre tantas piernas jirando ya en el aire i culebreando como serpientes, aparecian las cabezas estropeadas de las esclavas, negras i revueltas como cordones quemados. En otras direcciones sonaban las tijeras i se hacian oir entre el bullicio.

La calma movió a todos cuando vieron que eran inútiles los esfuerzos para atrapar el duende descuartizado.

—No te quedarán ganas de volver! dijo Juana, dando grandes resoplidos despues de tan fatigosa tarea.

I los comentarios i habladurias interminables se siguieron, hasta que el sol del nuevo dia hizo penetrar sus rayos de oro por entre las rendijas de una de las puertas del comedor.

X

Dolores no cabia de gusto. Aquella especie de fiesta con que se habia procurado la huida del importuno duende o diablo, era para ella un triunfo, porque ya no volveria a hacerla padecer ni temeria nuevas horas de miedo i sobresalto.

Su naturaleza habia sufrido mucho desde que empezaron estas novedades. Se habia puesto delgada, habia perdido los colores rosados que hermoseaban su cutis blanco como la leche, i en todo demostraba que la melancolía, que es la tísis mortal del alma, estaba echando raices.

Santiago ausente era para ella un motivo mas de tristeza. Habia sido tan bueno siempre, tan cariñoso con todas, de manera que las hijas lo amaban de corazon. Su desaparicion las tenia llorosas a veces, i Dolores solia llevarse horas enteras sumida en amargo llanto.

Esa pobre niña caminaba derecho a la tísis i a la muerte.

CAPÍTULO XVII

La soga del diablo i el machete de San Miguel

I

Es necesario retroceder en la narracion de estos sucesos para seguir la pista a Santiago Barreta.

El dia aquel en se encontraba mas aburrido con las sospechas que Juana hacia valer ante el cura, llegó mui embozado Faramalla a beber un buen trago de aguardiente.

Santiago le comunicó el alboroto en que estaba la casa i la determinacion que habia tomado de irse léjos i matarse.

—Mui bien pensado, le dijo Faramalla; es lo mismo que aconsejo siempre a todos los aburridos. Eso sí que les recomiendo la horca, porque así se muere mejor.

Faramalla hablaba con un desplante como quien aconseja un buen negocio.

—Esta mujer me tiene tan desesperado, dijo Santiago, que deseo hoi mismo acabar con esta vida de sinsabores i de rabias...

—I hoi es bonito dia, le interrumpió aquel hombre sin entrañas; no tienes mas que tomar una soga, salir al campito i buscar un árbol donde colgarte. Si quieres, yo te acompaño; tambien me siento aburridísimo i deseo ahorcarme. ¿Quiéres que lo hagamos juntos?

Cualquiera otra persona habria reflexionado ante aquellos satánicos consejos; pero Santiago estaba ofuscado, casi fuera de sí, i no pensaba mas que en desaparecer de la casa i del mundo.

—Decídete pronto, le dijo Faramalla; te espero en

aquel bosquecillo que está a media legua de aquí. Allí me voi a colgar con esta soga

I Faramalla sacó debajo del poncho una soga enroscada cuidadosamente. Santiago miró la soga un instante, i rápido, sin hablar palabra, entró al patio a buscar otra que tenia guardada en el corredor. La envolvió en un pañuelo i salió a la calle, dejando solo el negocio.

Poco despues, Juana, notó la desaparicion del marido i se hizo cargo del negocio i de toda la casa, segun queda dicho en otro lugar.

II

Cuando salió Santiago a la calle, Faramalla habia desaparecido. Aquél tomó el rumbo del bosquecillo sin hablar con nadie, la cabeza baja i paso lijero. El demonio lo llevaba a una muerte inevitable, a un suicidio a que lo empujaban los sucesos de la casa.

Santiago se aproximaba al lugar del crimen sin ver ni oir nada. Encontró algunos peones, ovejeros i jente conocida que lo hablaron, sin obtener respuesta. Aquél solo pensaba en acabar una vida de martirios. Se le acusaba por su mujer i por el vecindario deslenguado de ser el autor de atropellos contra el honor de las hijas, i, sin embargo, se juzgaba inocente, absolutamente inocente.

La lijereza con que era acusado i juzgado, sin oirlo, sin quererle escuchar escusa ni defensa alguna, no era para proporcionar calma ni reflexion a aquel cerebro volcánico.

Poco ántes de llegar al lugar indicado, Santiago divisó a Faramalla que salia a encontrarlo con la soga en la mano.

—Aqui te estaba esperando, le dijo risueño a Santiago.

Este continuó mudo en direccion al bosquecillo, en cuyo centro se levantaba un frondoso i ramudo molle.

—Quieres cambiar de soga? dijo Faramalla; esta te viene mejor porque tu pescuezo es mas gordo que el mio.

—Bueno, cambiemos, respondió Santiago después de examinar silenciosamente ambas sogas.

La de Faramalla era, en realidad, mas suave i flexible, mas corrediza como dicen los campesinos. Aquel se la entregó haciendo un jesto de contento que apénas notó Santiago.

Ambos llegaron al pié del molle, i entónces Faramalla dijo:

—Mira, Santiago, aquí hai dos buenas ramas, aquí te cuelgas sin cuidado de caerte i allí yo. Vamos a quedar perfectamente, sin que nadie nos vea.

—Pero, dígame, señor Faramalla, ¿qué motivos tiene usted para acabar su vida como yo?

—Estoi fastidiado del mundo; nada me gusta, ni riquezas, ni mujeres, ni nada, escepto el aguardiente. Este es el gran consolador de los tristes, el remedio de muchos males. Bebamos un buen trago i en seguida a bailar en el aire!

I Faramalla sacó una botella casi llena de aguardiente comprado al mismo Santiago. Entre ambos vaciaron el líquido en las gargantas, saboreándolo con placer.

III

Faramalla se acercó al molle para subirse a la rama destinada a Santiago. Como gato se sujetó de las uñas i en un instante se sentó arriba.

—Así lo vamos a hacer, habló desde la rama; te subes i te sientas aquí; luego con esta lazada te envuelves el pescuezo; amarras la otra punta, asi fuertemente, i sin mas, te dejas caer i quedas colgado. No te hará sufrir, porque el ahorcado no siente nada; es la muerte mas deliciosa que puede haber. El que se ahorca tiene la seguridad de entrar a la gloria desde que queda colgando.

I diciendo esto, Faramalla tomaba el cordel i esplicaba la operacion conforme iba hablando.

Santiago miraba desde abajo a aquel hablantin, medía con la vista la distancia de la rama al suelo, la facilidad de subirse i los demas detalles; pero no hablaba palabra. Estaba como idiota.

—Ya está todo listo, dijo Faramalla; ahora voi a acomodarme en la otra rama; sube, Santiago i verás de cerca un cielo hermosísimo. Nos va a acompañar una linda orquesta cuyos artistas ya están llegando... míralos.

I Faramalla señaló entusiasmado una porción de pajarillos que llegaban revoloteando, entonando sus amorosas canciones. Santiago se sonrió, diciendo:

—Esa orquesta i esos artistas bien pueden lucirse en un teatro real.

IV

Faramalla se bajó con la misma lijereza con que habia subido. De unos cuantos saltos tomó otra soga i con ella subióse a la rama elejida por él. Santiago empezó a subir el tronco del molle con alguna dificultad, mientras su oficioso compañero continuaba hablando sin pararle la lengua. Era una cotorra parlera como ninguna.

—Sabes, Santiago, que aun queda una rama firme para Juana? dijo Faramalla.

—Es verdad, respondió Santiago, pero esa es una avispa capaz de corterle la cola al diablo...

Faramalla hizo un jesto de desagrado i agregó:

—Dejemos ese asunto i oigamos a los artistas.

Santiago llegaba a la alta rama a ese tiempo i oyó asombrado el canto armonioso de un número incalculable de cantores alados, los cuales llenaron casi todo el bosquecillo. Aquel era un espectáculo curioso. Los jilguerillos de doradas alas i de barbita negra, eran los que llevaban las primeras voces en aquel cántico alado, el cual produjo en Santiago un gran placer.

—Animo Santiago, dijo Faramalla.

—Estoi resuelto! esclamó aquel mirando al cielo como para despedirse del mundo.

—Ese cielo te espera; oh! que lindo es morir colgado de un molle repleto de canoras aves. Esta muerte la envidiarian tantos lesos que se matan, sin scordarse de los bosques frondosos, de este cielo azul, ni de estas sombras que convidan al placer... al

gran placer de colgarse para ir a buscar mejor vida..

—Ya estoi listo! interrumpió Santiago.

—I yo tambien, dijo Faramalla; entónces... nos vamos... a la una... a las dos...

—Aguarda, hombre! dijo Santiago; esta lazada se me escapa del pescuezo; ahora ya está... que Dios me perdone...

—No hables esas palabrotas, dijo Faramalla con acento hueco. Ahora sí, Santiago; siga la música i el canto... a la una... a las dos... a las tres...

Santiago se arrojó al vacío i quedó colgando.

Faramalla se dió una vuelta en la rama i quedó conforme estaba, sentado en ella.

—Espérate ahí no mas, gritó a Santiago; voi a buscar a Juana para que se cuelgue de la rama que queda vacante..... i luego vuelvo...

I Faramalla se bajó al suelo de un salto, dando grandes risotadas, en tanto que el infeliz Santiago hacia en el aire movimientos nerviosos de brazos i piernas. Eran los estertores de la agonía, los últimos alientos del infeliz que así iba muriendo entre el cielo i la tierra, acompañado por el cántico de las aves allí agrupadas como a ver una gran novedad i por las risas satánicas de Faramalla.

V

Pero éste vióse de un repente sorprendido por dos campesinos que por allí cerca pasaban i los cuales divisaron algo sospechoso por entre el ramaje.

—Aqui hai un hombre ahorcándose! gritó el mas joven, que era un muchacho robusto i de mirada atrevida.

I dirijiéndose a Faramalla le dijo:

—I usted que hace aquí, so animal...

Dijo esto el joven agregando una enérjica palabrota; al mismo tiempo que desenvainaba un afilado puñal.

—Corra, taitita! gritó al que le acompañaba, dirijiéndose de dos saltos a la soga para cortarla.

Faramalla corrió tambien a interponérsele cuando a ese lugar llegaba el otro campesino, quien viendo lo que pasaba, sacó tambien un largo machete, grueso i pesado, pero capaz de partir en dos a cualquier prójimo.

Se trabó entónces tremenda lucha entre Faramalla, que no tenia arma alguna i el padre del joven, en tanto que éste se esforzaba por cortar en firme cordel.

Era este campesino un hombre de sesenta años, de anchas espaldas, nervudos brazos, mirada de águila i frente preñada como signo de osadia i de rápida resolución. Calculó que aquel sujeto, Faramalla, estaria asesinando al infeliz que yacia colgado i por esto cargó furioso a puñaladas. I tales eran éstas i tan rápidas, que Faramalla fué retrocediendo i barajando con el poncho los terribles machetazos.

El joven, hijo de aquel bravo hombre, gritó a ese tiempo:

—Esta es la soga del diablo, taitita, porque no se puede cortar.

I le daba cuchilladas desesperadamente. El padre oyó esto, i entónces dió una final arremetida a Faramalla, cuyo poncho estaba ya hecho pedazos, i corrió al lado del hijo, diciéndole:

—Anda a entenderte con aquel bribon i déjame esta soga del diablo...; Padre mio San Miguel... acuérdate de tu siervo...

I diciendo esto, ambos, padre e hijo cambiaron de lugar. El primero se subió al árbol i se colocó en la rama que sostenia a Santiago, miéntras que el hijo corria tras de Faramalla, que se retiraba de mal humor.

El campesino empezó a dar tales machetazos, que de cada golpe se estremecia el árbol, haciendo huir a los pocos pajarillos que aun quedaban en las altas ramas.

VI

El cuadro que presentaba entónces el interior del bosquecillo, ¡era aterrante. Miéntras el muchacho arremetia tremendo contra Faramalla, el cual estaba ahora sin su puñal acostumbrado, el padre casi lloraba de desesperacion por no poder librar de la muerte al infeliz que aun daba señales de vida.

Santiago Barreta, en efecto, mostraba entónces robusta vida manteniéndose colgado, con la cara amoratada, los ojos saltados, la lengua saliéndosele renegrida i espumosa, las manos crispadas, la pierna derecha medio encojida i la izquierda algo suelta i temblorosa.

Sonidos secos, guturales, se dejaban oir desde poca distancia. Esos sonidos iban debilitándose i solo aumentaban de repente cuando un estremecimiento jeneral de todo el cuerpo, como fuerte sacudida, venia a demostrar la resistencia que oponia la naturaleza vigorosa del suicida al cordel estrangulador.

Aquella soga corrediza parece que habia sido fabricada para ahorcar.

Su tejido era tan flexible i tan duro, que al tocarla el campesino, no pudo ménos que esclamar rabiosamente:

—¡Esta soga debe haberla hecho el mismo diablo!...

I lanzó una frase enérjica, dando a Faramalla una mirada terrible, al mismo tiempo que gritaba al hijo, animándolo:

—Atrácale fuerte, hombre! Hai que llevarlo amarrado si no se rinde.

—Faramalla rendirse? ¿No se habrá turbado, don machete, hijo de una grandísima perra?

El del machete lanzó desde el árbol un rujido de cólera.

—Espérate un momento, contestó el aludido; lueguito irá a hacerte una caricia mi machete.

VII

Subia éste i bajaba rápido centelleando; pero la soga apénas mostraba una hendidura. Quiso desatar el nudo que la sujetaba en la rama, i vió que esto era operacion mas larga.

Aquel nudo estaba formado de tal manera que se habria necesitado no corto tiempo para desatarlo.

Hizo entónces lo de Alejandro el Grande: lo dió de hachazos para cortarlo.

I siguió furioso en la tarea, rezando una especie de oracion, cuyas pausas eran otros tantos machetazos:

—Padre mio San Miguel... arcanjel glorioso... príncipe de las milicias celestiales... tú que vencistes... al dragon infernal... ven en mi ayuda... i trueca mi machete... por tu invencible espada... en el nombre de Dios todo poderoso...

Concluyendo estas palabras, reunió todas sus fuerzas, tomó su arma con las dos manos, contuvo el resuello i echándose para atrás para tomar distancia, dió un tan desesperado machetazo, que resonó como el golpe estruendoso dado por algun jigante de las selvas.

El árbol se sacudió fuertemente como si su añoso tronco hubiese sido dislocado por algun violento terremoto; se oyó el chillido de las astillas al quebrarse saltando i la rama cayó al suelo.

I allí quedaron tendidos Santiago i su jeneroso salvador, cuyo porrazo apénas le hizo dar un quejido.

Se levantó éste de un salto i corrió a quitar el cordel de la garganta del suicida.

Santiago quedó como muerto, inmóvil; pero estaba salvado.

VIII

Faramalla dió una especie de alarido cuando vió caer la rama i sus dos hombres, i a ese grito estraño

el jóven hizo un brusco movimiento de doble sorpresa, por la caida de Santiago i por la fisonomía que presentó aquel.

En efecto, Faramalla abrió los ojos, mostrándolos disformes, sanguinolentos; pero tenian un brillo apagado como los de un muerto.

Arrugó toda la cara, hizo un jesto horrible i quedó defendiéndose detrás de unas ramas.

Su contrario paralizó un instante el ataque, sorprendido, casi asustado con aquella cara estravagante.

—¡Este creo que es el mismo demonio! dijo mirándolo fijamente.

En ese instante el campesino libraba a Santiago de la soga que lo estrangulaba.

Faramalla logró la oportunidad de la sorpresa de su contrario para lanzarle a la cara casi medio poncho, despues de haberlo dividido con un movimiento del brazo derecho.

El jóven quiso evitar el que le cayera en la cara aquel trozo de poncho; pero cuando levantó el brazo izquierdo con tal objeto, ya el trozo habia llegado como balazo a los ojos.

Al instante se lo quitó, retrocediendo un poco por precaucion. Entónces quedó como enclavado, con los ojos i la boca abiertos: era que Faramalla habia desaparecido en el ramaje.

—Se me fué este diablo, gritó cuando ya se dirijia a ese lado el padre, ansioso de rendir a aquel hombre tan estraño i desconocido.

Ambos quedaron mudos de sorpresa. No se divisaba a Faramalla por ninguna direccion; solo se oia un rujido como de fiera embravecida no a mucha distancia, i un ruido de ramas chocando entre sí, como cuando pasa lijero por entre ellas algun animal.

—No lo sigamos, dijo el jóven; ese hombre puede llamar a una lejion de diablos que acabarian con nosotros.

—Lo prudente es que saquemos de aquí a este pobre hombre, dijo el padre señalando a Santiago.

IX

Ambos volvieron a prestar sus oportunos auxilios a aquel infeliz, que yacia en el suelo teniendo por almohada lo mas grueso de la rama.

—Saquémoslo fuera de este lugar, dijo el jóven.

—I en seguida, agregó el padre, lo conduciremos a nuestra casa hasta que le vuelva el sentido. ¡Quién será este pobre hombre!

Entre los dos lo tomaron de los brazos i de las piernas i lo sacaron hácia afuera del bosquecillo. Allí, a la luz del sol, podian acomodar algunos palos para llevar sobre ellos el cuerpo del suicida.

Con el machete pudo prepararse un par de palos largos, con algunos chicos atravesados, en forma de angarillas.

—Anda i trae las sogas, dijo el padre al jóven.

Este marchó al bosquecillo; pero quedó admiradísimo de no encontrar ninguna de aquellas.

—El diablo no ha dejado así la muestra del crímen, llegó diciendo aquél.

—Pues, ¿qué hai? respondió el padre.

—Que ha de haber, pues, sino que la soga ha desaparecido.

—Este hombre ha escapado de las garras del enemigo malo, agregó el campesino mirando a Santiago que ya revivia i empezaba a moverse.

—Llevémoslo como podamos; en seguida juntemos algunos vecinos i volvamos a arrasar este bosquecito para que el diablo huya de estos lugares.

—Mui bien dicho taitita.

Diciendo esto, tomaron a Santiago i lo colocaron sobre los palos i así, en posición nada cómoda, lo llevaron a la casa, situada a varias cuadras, pero siempre distante del pueblo.

X

Aquellos dos humildes hombres iban contentos con aquella pesada carga. Creian haber hecho una obra de misericordia salvando la vida a aquel sujeto, i esto creian que agradaria a Dios.

Una mujer larga i flaca los recibió asustada. Enterada del asunto, buscó un local cómodo i allí le acomodó una pobre cama.

San Miguel habia hecho el milagro pedido por el devoto campesino. Este miró sonriendo a su machete, esclamando:

—Con este no hai quien pegue ni quien diga dos veces: ¡aquí estoi yo!

Los cuidados mas prolijos se esmeraron en hacer aquellas caritativas jentes. Si bien miraban con lástima a Santiago, sentian satisfaccion íntima por haber librado la vida a un prójimo.

Santiago daba señales de vida i no pasaron dos horas sin que se creyera estaba fuera de peligro.

CAPÌTULO XVIII

La procesion de penitencia

I

Santiago Barreta pudo hablar despues de varias horas de descanso en la tranquila vivienda de los campesinos.

Allí se respiraban aires de paz. La bondad i caridad resplandecian en aquellos rostros francos i rudos.

El jefe de la casa, aquel campesino tan bravo como enérjico, se llamaba Miguel Cáceres, su mujer Martina, del mismo apellido, i José Miguel el hijo.

Todos prodigaron a Santiago grandes cuidados; pero estos fueron mayores cuando se dió a conocer aquel.

—Don Santiago Barreta! dijo Miguel abrazándolo; ¿cómo es posible que sea usted?

I lo miraba por todos lados. La verdad era que Santiago había quedado con la cara i garganta hinchada i por esto no se le conocía.

Santiago contó su aventura i Miguel refirió a él lo demas i que el lector sabe.

—El diablo entró en mi casa, dijo con acento triste Santiago; mi mujer dió crédito a ilusiones o sueños de las chiquillas i a mi me culpó de crímenes imajinarios. Hasta el cura, que es mi compadre, parece que tambien ha creido los absurdos mas grandes.

—He oido hablar, espuso Martina de esas novedades. La jente dice que su hija Dolores está endemoniada i eso no puede ser cierto, cuando esa casa ha sido siempre de las primeras del pueblo i la familia conocida por honesta i bien tratada.

—Es que se entró como de visita a mi casa, agregó Santiago, un maldito Faramalla, i este ha sido la causa de que todos los jenios se hayan revuelto. Mi

mujer era buena, trabajadora i bien hablada, pero ahora está cambiada i ella misma creo que apenas se aguanta. Participé del mal, perdí la cabeza i el tal Faramalla me ayudó a que acabase con mi vida, por medio de sus malos consejos. Oh! las malas compañías, las malas visitas i las falsas amistades, serán siempre la causa de la ruina de medio mundo, si no del mundo entero.

—Tiene usted razon, don Santiago, dijo Miguel. Ese Faramalla que usted nombra no pudo haber sido su amigo, porque ese es el diablo en persona.

—Mui ciertito, agregó José Miguel; la prueba es que hizo desaparecer la soga i que batallaba porque dejáramos a usted que se ahorcara.

—Ya está dando miedo vivir en estos lugares, interrumpió Martina, porque no se oye hablar mas que de salteos, robos, puñaladas, asesinatos i tantos otros crímenes que horrorizan.

—Sin contar los brujos, que abundan aquí mas que las lombrices en invierno.

Pero el curita les va a poner un remedio, porque tiene citado al vecindario para una gran procesion de penitencia, a la cual asistirán tal vez todos los desalmados del lugar a purgar sus culpas. I usted don Santiago, es necesario que asista i tome parte en la funcion, pues va a ser una penitencia jeneral.

—Puedo asistir secretamente, porque deseo ausentarme del lugar por algun tiempo. Es posible que me vuelva a Europa. Les encargo que no digan nada de de lo que ha pasado en el bosquecillo. Despues de la penitencia me marcho a la capital.

Santiago permaneció en esa casa sin preocuparle la suya i sin sospechar que Juana estaria ya empezando a suspirar por su ausencia.

II

El cura habia organizado, efectivamente, una procesión de penitencia por el estilo de las que entónces se solian acostumbrar en descargo de grandes culpas.

Esta noticia habia corrido en los campos de esa jurisdicion i tambien en las minas, i mucha jente se

preparaba para asistir, La función iba a ser de noche, i esta circunstancia era favorable para Santiago, que deseaba ir de incógnito.

Tan comun era entónces oir hablar del diablo, o verlo en cualquier forma, que ya no se encontraba medio de hacerlo huir, ni por los conjuros, ni por oraciones.

Los pecados de las hombres eran enormes, i para desagraviar al cielo, no habia mas que deramar sangre humana. Así la cólera divina desapareceria i cualquier prójimo podria morirse sin miedo de irse al infierno.

III

Los sacrificios humanos, recuerdo talvez de los que ordenaba la Inquisicion, se ejecutaban periódicamente, ya por mandato de la autoridad eclesiástica, o ya voluntariamente por algun pecador que deseaba hacer pública ostentacion de la fealdad de sus culpas, mostrando lo horrible de la penitencia.

De aquí el orijen de los crucificados, i martirizados en públicas ceremonias relijiosas i de aquí las demas penitencias que ocasionaban derramamiento de sangre humana.

Solia acontecer que algun pecador de cutis delicado no aguantaba alguna de esas atroces torturas, i entonces echaba personero, algun inquilino o indio, el cual la pagaba doble, por él i por el patrono o amo.

En Alhué era desconocido este cómodo sistema de sacar el cuerpo a una fiera penitencia, i era regla jeneral que los hombres se sortearan para aceptar aquellos martirios.

En el sorteo verificado en la ocasion de que tratamos, le cupo a José Miguel Cáceres la peor loteria: la del crucificado.

Santiago Barreta, arrepentido de su delito de suicidio, i en agradecimiento a sus jenerosos i desinteresados salvadores, se ofreció a desempeñar aquel cargo.

IV

El cura habia fijado un dia sábado para llevar a cabo la pentiencia, porque sábado es escojido por los espíritus malos para hacer bellaquerias i diabluras por el mundo.

Desde la tarde comenzó el apronte de la ceremonia. Esta debia consistir en rosario i letanias cantadas i en varias oraciones, miéntras se organizara la funcion, la cual se formaria como sigue, i en este órden:

1.° Un Cristo, llevado en alto por algun comedido i rodeado de ramas de olivo i velas encendidas.

2.° Los cricificados.

3.° Los azotados i coronados de espinas.

4.° Los arrodillados, o sea los que andaban con las rodillas.

5.° Las ánimas.

6.° El cura i acompañantes.

Esta vez los mineros de Alhué sacaron la mayor parte de las cédulas sorteadas.

Por esto, como decíamos, desde la tarde empezaron los aprestos, i ya a las siete i media de la noche el pueblo estaba repleto de jente.

V

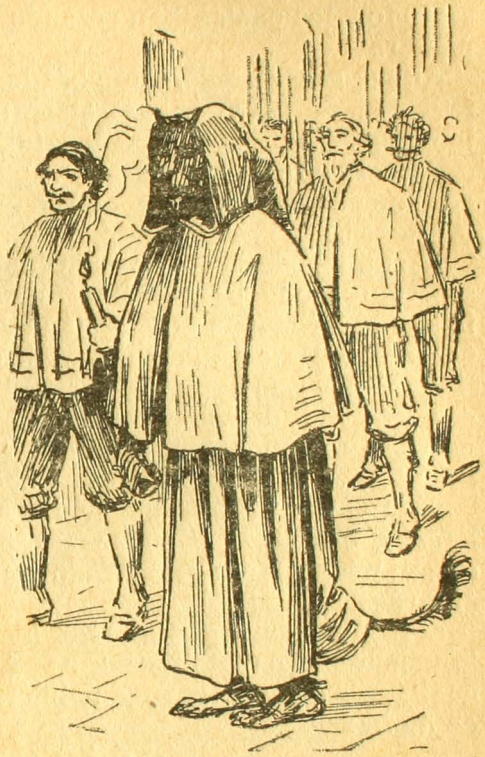
Las campanas de la capilla llamaban a los fieles a esa hora. Larga fila de hombres con velas encendidas empezó a formarse desde la puerta de la iglesia hácia la calle, hasta una cuadra de estension.

Por entre estas dos hileras de alumbrantes iban a pasar los penitentes.

Cuando aun se ordenaban las filas i el pueblo tomaba su colocacion conveniente, apareció un padre con hábito franciscano i capucha calada, pero no tanto que no dejara ver una parte de su rostro. Con una rapidez asombrosa alineó a los alumbrantes dándoles tirones i haciéndolos chocar unos con otros como muñecos; pero a los que hablaba, se quedaban helados de sorpresa.

Aquel fraile tenia exactamente la cara de un macaco, i para que fuera mas exacto el parecido, por debajo del hábito le asomaba una robusta cola.

Algunas jentes gritaron que ese era el diablo, i tal vez por eso el fraile avanzó acomodando la procesion hasta llegar al otro estremo. Allí se perdió i no se le vió mas.



La familia de Santiago Barreta asistia al comienzo de las hileras de velas i con ella todas las sirvientas i esclavas. La negra Petronila, al ver pasar el fraile, quedó mirándolo i luego habló calladita a su vecina i negra Inés, diciéndole:

—Ese es... Siroco!

I las dos negras quedaron con las bocas abiertas, siguiendo con la vista a aquel estraño personaje que nadie conocia.

Siroco tambien queria hacer penitencia, i para esto se disfrazaba a fin de hacer mas aceptable su fea figura. Sin embargo, no lo conseguia, segun dejamos contado.

VI

Sonaron campanillas i un cántico se oyó desde la plazuela. Eran las letanias.

El crucifijo que habria la marcha era llevado en alto por un muchacho, rodeado de media docena de niños que sostenian ramas de olivos.

Algunos pasos despues aparecieron los crucificados. Eran estos tres hombres amarrados de las manos i pies en una gran cruz. Iban desnudos i solo cubiertos con un lienzo blanco desde la cintura a las rodillas.

Hombres fornidos levantaban dos varas a los crucificados, los cuales iban rezando en alta voz las siete palabras.

Aquel espectáculo, alumbrado por las luces amarillentas de las velas, era aterrante. Los gritos quejumbrosos de los penitentes infundian miedo, especialmente en las mujeres, i de un sentimiento jeneral de compasion se hacia alarde en múltiples esclamaciones.

El suplicio de la cruz era terrible. Los hombres que se aventuraban a soportarlo, quedaban con las muñecas de las manos i los pies hinchados, inútiles para el trabajo por algunos dias. A los mas delicados solian romperles el cutis las fuertes ligaduras, i entónces esas heridas iban profundizándose i arrojando sangre en abundancia, al mismo tiempo que los penitentes así torturados daban gritos de dolor.

Para aliviarlos en algo, se disponia echar al suelo la cruz, quedando hácia arriba el crucificado, i así en esa posicion era arrastrado con cordeles cuadras enteras.

El primero de aquellos tres hombres que hacian tan encumbrada penitencia, era Santiago Barreta, al cual nadie conoció porque habia tenido la precaucion de disfrazarse.

VII

Seguian los azotados i coronados de espinas. Eran éstos siete, todos ellos vestidos de túnica azul u otro color oscuro, descalzos, amarrados de las manos por detras, con una corona de espinas en la cabeza i en la boca frenos para cabalgaduras sujetos con fuertes cordeles.

Algunos muchachos tiraban con sogas de esos frenos, tratando a los penitentes como animales, a quienes se les daba de palos de cuando en cuando.

Los tres crucificados representaban el castigo por

el mal uso de las tres potencias del alma, memoria, entendimiento i voluntad.

Los siete siguientes figuraban los pecados capitales.

Entre los diez penitentes andaban con diversos rumbos dos mujeres del pueblo, vestidas de negro i túnica blanca que les cubria de la cabeza a la cintura, por detrás.

Representaban, una algo retaca, a la Verónica, i otra mas alta, a Maria Magdalena.

Esta última era la encargada de arreglar los trajes de los penitentes cuando se descomponian por efecto de los incidentes variados de la marcha. Como se verá mas adelante, algunos de esos trajes solian caer hechos pedazos o se convertian en jirones que apénas cubrian las carnes.

VIII

Maria Magdalena tenia obligacion de andar llorando, i a veces lloraba de veras. En una ocasion en que se acercó al segundo penitente a comodarle la túnica que se le iba desprendiendo, le dijo éste con tono entre aflijido i resignado, pero con voz despacio para que ella sola oyera i en forma de poesía.

Oiga usté *ña* Magdalena:
Pase un trago i no haya pena.

Magdalena era desde tiempo atrás una de las mas famosas tabernera del lugar, de aquellas que no se acostaban a dormir tranquilo sueño si no vendian en el dia dos arrobas de ponche como mínimnn, fuera de otras cosas.

Como pecadora estaba allí haciendo penitencia descalza, teniendo por todo vestido un traje de negro sayal, hecho de tela burda i sumamente áspera.

La que usaba este traje sufria picaduras insoporbles en todo el cuerpo, i su tejido parecia de crines de innumerables púas. La comezon mas tremenda seguia inmediatamente de ponerse el traje, el cual mui pocas mujeres podian soportarlo sin que se desesperáran i prorrumpieran en gritos.

Maria Magdalena no gritaba; pero se restregaba el cuerpo desesperadamente. Al oir al penitente, lo miró afiijida, i despues de dar una especie de bufido para dar desahogo al escozor que la atormentaba, respondió con aire de buen humor, al que la habia hablado:

Téngase firme en la posicion,
Como yo aguanto la comezon.

IX

Atormentaban a los penitentes tres hombres disfrazados de diablos, con cuernos i colas. Manejaban ramas espinudas de rosas i especialmente de trevo.

Este último es un arbusto que forma matorrales en los médanos i costas i sirve para cercas o resguardos de propiedades. Sus ramas, largas o curvas, contienen espinas sólidas, a veces de gran tamaño.

Las coronas de los pecados capitales eran formadas de estas ramas.

Los bótanicos llaman *rámneas* a la familia a que pertenece el trevo i aseguran que forma parte de la misma el *zizyphus* de la Palestina, del cual se cree que trabajaron los judios la corona de Cristo.

Los diablos agarraban del nacimiento del tallo la espinuda rama i con ella castigaban pausadamente en las espaldas a los diez penitentes, pero solo cuando sonaban las campanillas.

Se remecian éstas cada minuto, mas o ménos, i producian descompasados ruidos, momentos que esperaban los diablos para hacer su obra.

Representaban éstos al mundo, demonio i carne, i sus figuras eran tan estravagantes que algunas movian a risa.

El que hacia de demonio, especialmente, llamaba la atencion del gran concurso de jente, el cual se atropellaba para ver a aquel diablo de caracoleados cuernos, de nariz grande i corva, ojos redondos, boca de tiburon, mejillas hundidas, pescuezo mui delgado i el resto del cuerpo enjuto o seco. Sus brazos eran largos i peludos, lo mismo que sus piernas, i le

adornaba una cola que solia envolvérsela en el cuello.

Cuando se acercaba a los acompañantes con velas, apagaba con ese largo apéndice cuatro o seis luces.

—Creo que es el diablo de veras! solian esclamar algunas mujeres, a quienes alcanzaba a tocar en la cara con las crines de aquella cola descomunal.

X

Seguian las penitentes arrodilladas.

Eran éstas varias mujeres, cuyo número no bajaba de veinte. Hacian la penitencia de andar de rodillas toda la procesion las sospechadas de brujas, de chismosas, las sandungueras i todas las que no llevaban una vida correcta.

Por lo jeneral, el cura imponia esta penitencia a sus confesadas, al reves de los hombres, los cuales se ofrecian a castigarse brutalmente en la creencia de que eran mui pecadores.

En esto no andaban equivocados. Las mujeres huian de aquellos castigos, i las que los cumplian solian cubrirse la cara con un velo para no ser conocidas.

A lo ménos la vergüenza no se habia perdido en aquellas jentes, que vivian en un lastimoso estado de conciencia.

Algunas de las penitentes andaban sobre los vestidos, pero otras se los levantaban arremangados por delante. Sus rodillas las cubrian con cueros bien amarrados a los muslos i pantorrillas, i así no se estropeaban aquellas.

Aquí llegaba el diablo levantándoles repentinamente las polleras i aplicándoles fuertes ramazos. La que no tenia ropas interiores, sufria el suplicio al desnudo, i entónces eran los alaridos i las burlas que hacian los diablos.

Semejaban estas escenas, al decir de las devotas, las que suelen acontecer en el infierno a la llegada de cada alma pecadora.

XI

Las ánimas seguian a las arrodilladas. Las representaban unas quince muchachas vestidas de blanco,

con una especie de camisa, sin adorno alguno. La cabeza estaba llena de cintas lacres, que caian enroscadas por todos lados, lo mismo que el cabello, suelto i ensortijado. Corona de palo de rosas sujetaba el cabello i cintas en la cabeza.

Las cintas figuraban las llamas del Purgatorio i el pelo significaba los afeites i composturas a que son tan aficionadas las niñas.

Las ánimas purgaban faltas menores i no tenian mas tortura que caminar descalzas.

Hasta ellas no llegaban los diablos.

Una de esas ánimas era Dolores Barreta, la cual hacia penitencia para librarse del diablo que la perseguia i porque volviese la paz de otro tiempo a su casa.

XII

El cura i acólitos cerraban la larga procesion, cantando el *Miserere*.

Cuando se hubo recorrido unas tres cuadras, el cura terminó el cántico i sin paralizar la caminata, empezó a predicar en alta voz. Era un sermon sobre la marcha i al aire libre.

—Hermanos mios, decia: si no abandonamos nuestra mala vida, el diablo continuará viviendo en estos lugares como en su propia casa.

El cura dió un tosido; sin duda se habria constipado con el frio de la noche.

Una mujer de las que iban a la cabeza del acompañamiento, dijo a este tiempo:

—No se le oye nada al curita.

—Apénas el murmullo, agregó otra.

Entónces el demonio, rápido como el mismo diablo, dijo con cómicos ademanes i fuerte para que se le oyera en ese estremo:

—Esto dice el curita:—Parientes mios: si nos fregamos en esta aporreada vida, es porque el diablo no nos ha favorecido con una visita en nuestra propia casa.

Una esclamacion de sorpresa se oyó a su lado; pero la marcha continuaba i el cura ignoraba lo que ocurria a tanta distancia.

Este continuó:

—No nos dejemos engañar por el espíritu maligno, cuando sabemos ciertamente que nos ha de condenar.

I el diablo tradujo, con muecas i ajitaciones de brazos:

—No debemos equivocarnos i tomar espíritu de vino cuando tenemos buen aguardiente que saborear.

Una carcajada resonó en sus inmediaciones entónces. El eco reproducia las voces del cura, de tal suerte que a la distancia parecian ser las mismas palabras que pronunciaba el demonio. Los de adelante se admiraban de cómo el cura podia estar predicando esas bromas; pero lo cierto era que se oian i habia que creer.

El cura continuó:

—I tenemos que armarnos bien para resistir las astucias del enemigo malo, si queremos salvar nuestra alma i gozar la gloriosa dicha de la eterna vida.

El diablo repitió inmediatamente:

—I debemos prepararnos para admitir hasta del diablo un trago, si queremos beber en calma i que nos dejen gozar la sabrosa chicha que encanta la vida...

Gran algazara se formó, i de tal estruendo, que el cura mandó ver de qué se trataba.

El que hacia de demonio se metió entre el concurso de jente i se perdió de vista, cuando ya los acompañantes con las velas se le iban acercando con no buenas intenciones.

Calculaban que ese diablo trocaba las palabras del cura de propósito para producir alboroto entre aquella jente, siempre dispuesta a las diabluras a pesar de las penitencias.

XIII

Del suceso tuvo conocimiento el juez, el cual, de acuerdo con el cura, hizo volver la procesion a la iglesia, pero en el mismo orden acompasado.

Se trataba de que el público no recibiera mala impresion con el suceso del sujeto que hacia las veces de demenio, cuyo nombre no se pudo averiguar.

Los penitentes i fieles acompañantes no daban sus nombres, ni habia para qué conocerlos.

Los crucificados volvian estenuados de fatigas. Caras pálidas, amarillentas i ojos que parecian salírseles, presentaban al pueblo que los rodeaba.

La compasion popular habia impedido que los dos diablos que quedaban siguiesen azotándolos, porque los penitentes chorreaban sangre i sus escasas vestiduras se estaban volviendo jirones.

El tercer crucificado, a quien le habian cargado mas la mano los diablos, tenia rasguñadas las espaldas i piernas de tal suerte, que a la luz de las velas aparecia cubierto como por gasa colorada.

Maria Magdalena notó que a ese estaba a punto de desprendérsele la túnica, sujeta a la cintura i casi cortada con las púas de los ramazos, i entonces pidió que los que lo conducian se parasen un instante.

—Bájenlo para acomodarlo, dijo, antes que se le caiga el lienzo.

I con tiento empezó a tocarlo, tirándolo de un lado, amarrándolo de otro; pero con torpeza, porque la túnica seguia desprendiéndose.

—No me tire tanto, *ña* Maalena! decia el penitente.

—Aguárdese, hijito, i tenga paciencia, contestaba la pecadora arrepentida.

—Pa pior; ña Maalena! pa pior! decia aflijido aquel, notando que el trapo se le caia a pesar de los cuidados de Maria Magdalena.

I tanto tiró ésta, que al fin se quedó con la túnica en las manos i el penitente como Adan.

Un murmullo de sorpresa resonó al ver aquel espectáculo no previsto en el programa.

Maria Magdalena se sacó el velo con rapidez i con él cubrió al penitente.

I la procesion continuó hasta entrar en la capilla, entre cánticos i nubes de incienso.

XIV

Los penitentes fueron librados de sus tormentos en el patio interior de la capilla, en tanto que en ésta

se entonaba el *Magnificat* como conclusion de la ceremonia.

Cada uno de ellos fué llevado por sus familas o amigos, una vez reconocidos por estos, a fin de prestarles los auxilios del caso. Para el trasporte se empleó angarillas de cuero o improvisados con gruesas telas.

Santiago fué cuidado por la familia en donde se encontraba alojado. Miguel con su hijo i dos amigos mas, lo colocaron sobre un gran poncho tendido en el suelo i cubierto con hojas de matico i otras tan medicinales como estas, amarraron las puntas en dos palos largos i así lo sacaron con toda comodidad, camino de la lejana choza.

Mientras las ceremonias relijiosas concluian, los penitentes de ambos sexos tomaban camino de sus casas a reponerse de las fatigas i tormentos.

XV

La procesion de penitencia pública terminaba con gran contento del cura i tambien del pueblo devoto. Aunque faltaban en Alhué elementos para hacer una lucida funcion, sobraban, no obstante, los voluntarios penitentes.

A pesar de que aquella poblacion minera estaba acostumbrada a la vida alegre i al mas desenfrena-

do libertinaje, un sentimiento relijioso quedaba en el fondo de las almas.

La idea de Dios i de sus futuros castigos se les venia a la memoria al sonido de la campana, cuyas vibraciones sonoras, repercutiendo de noche hasta en los mas apartados ranchos de aquella comarca, solía estremecerlos como tocados por una corriente eléctrica.

La sangre había corrido en Alhué; sacrificios humanos se habian ofrecido a la Divinidad, i era justo esperar que en compensacion quedáran sus habitantes libres de los demonios que en variadas formas habian establecido casa propia en el lugar.

El cura lo habia dicho al despedir a sus feligreses.

—Dios ha de concedernos el que nuestra tierra se vea libre del espíritu infernal, i que solo sea frecuentada por aquellos espiritus buenos que en vida nos han acompañado en carne mortal i que, después de muertos, Dios les permite vivir entre nosotros para inspirarnos en las buenas obras.

CAPÍTULO XIX

La danza de las hadas

I

La familia de Santiago Barreta volvió a la casa llevando en medio a Dolores. Pero Juana habia logrado la oportunidad de la concurrencia estraordinaria de jente para averiguar el paradedero de aquél.

Queria hablarlo i referirle lo sucedido últimamente con diablo o duende tijetereado, en lo cual Santiago no podia ser culpado. Creia indudable que el buen marido era inocente. Pero el asunto habia pasado ya en denuncio a la capital. El cura habia despachado el oficio correspondiente al obispo, i mui pronto tendrian que aguardarse las consecuencias.

La ausencia de Santiago la inquietaba. ¿Se habria marchado a la ciudad a reclamar contra ella? ¿Se habria ido para no volver?

Tal era lo que pensaba, vendiendo en el negocio i viédose obligada a contestar a cada rato las preguntas que le dirijian los parroquianos.

Es de advertir que ya el público sabia mucho de lo que acontecia en la casa, i las habladurías aumentaban a medida que pasaba el tiampo i continuaba la ausencia de Santiago.

Juana respondia a todas las preguntas diciendo que su marido andaba comprando mercaderías.

Pero sentia el tener que mentir. Casi se avergonzaba de haber sospechado de un hombre tan bueno como habia sido Santiago. Hubiera pagado una buena suma por saber su paradero.

—No está en este lugar, se decia Juana; habria concurrido a la procesion i hasta habria figurado como uno de los penitentes.

I pensando en esto se afiijia i lagrimeaba ocultamente.

II

Ya al tiempo de cerrar el negocio, abierto algunos momentos solo para despachar a los que golpeaban buscando algo qué comer para retirarse a sus lejanas viviendas, entró una mujer vestida pobremente, de ojos vivaces, medio encorvada, el pelo blanco, color pálida, i su cara cruzada de surcos que denotaban a lo ménos noventa años de edad, pero con cierto aire no comun en la jente del pueblo. Parecía jente de buena raza.

—¿Tiene pan, señora? preguntó la anciana.

—Se acabó hasta la última miga, contestó Juana.

—Señora, tengo mucha hambre; hágame el favor de hacerme la caridad con lo que tenga para su gasto. No le pese hacer una gracia, que será como limosna.

Juana tenia pan escaso para el consumo de esa noche. La familia iba luego a empezar a tomar el mate acostumbrado; sobre todo esa noche de tantos trabajos, la bebida era un necesidad, i tomarla sin pan seria tan desagradable que equivaldria a beber agua caliente. Pero aquella anciana le pedia caridad, i en la casa de Santiago la caridad brilló siempre para todo el que la buscaba.

Dió vueltas i corrió adentro. Tomó un par de panes i se los pasó a la viejita, diciéndole:

—Tome usted, se los regalo; son los que yo tenia para mi mate.

La anciana derramó dos lágrimas, recibió los panes i los envolvió en un pañuelo. Levantó la cabeza i fijó en Juana dos ojos chispeantes, diciéndole:

—Benditos sean los corazones caritativos i bondadosos, porque de ellos será el reino celestial. Mañana pagaré a usted este favor...

—No, respondió Juana, es regalo sin vuelta ni paga; vaya con Dios.

—Mañana vendré a darle una buena noticia, ya que usted es tan buena conmigo, agregó la anciana.

A continuacion se acercó ésta con misterio para hablar a Juana mui despacio.

—Esa noticia, se refiere a su marido...

Juana dió un pequeño grito, apresurándose a decir:

—Por Dios, señora, ¿sabe usted donde está Santiago?

—Calladito! mañana le contaré i guarde secreto.

I diciendo esto, la anciana se retiró, quedando Juana mui contenta con la noticia.

—En adelante, entró diciendo Juana a la familia agrupada al rededor de un gran brasero, todo el que pida limosna en mi casa, será atendido, especialmente los viejitos i viejitas.

Nadie comprendió el alcance de estos sanos consejos, acostumbradas las chiquillas a oirlos parecidos casi todos los dias.

En verdad que Santiago i Juana eran modelos de enseñanza cristiana i de buen ejemplo, escepto en las ocasiones anteriores en que el diablo habia entrado trastornándolo todo en aquella casa.

III

Pero es necesario referir los grandes sucesos ocurridos con motivo de la vuelta de Santiago a casa de sus bienhechores.

Segun queda referido, los caritativos campesinos tomaron rumbo de su vivienda llevando a Santiago lo mejor posible. Iba éste como molido a palos en todo el cuerpo i con punzantes dolores en las espaldas i piernas.

La penitencia la habia soportado con santa resignacion. Las muñecas de las manos parece que se reventaban o quebraban, i para aliviarlo sus conductores paralizaban la marcha a fin de ofrecerle algun cordial.

Las heridas i peladuras cuidarian de sanarlas en la casa.

Muchos transeuntes encontraban por el camino; algunos de los cuales les ayudaban a cargar aquel cuerpo.

Uno de esos comedidos se acercó a Santiago, lo miró fijamente i luego desapareció diciendo que pronto trataria de aliviarlo.

Miguel i su jente desvió rumbo por camino solo para llegar rectamente a la casa. Como en la medianía del camido los encontró el sujeto aquel, trayendo un frasquito de remedio.

—Aquí estoi de vuelta, dijo; tome usted un buen trago.

Santiago miró al que le hablaba. Era un hombre de aspecto respetable, regularmente vestido i al parecer algun propietario de Alhué.

Eran mui comun entonces los médicos i las médicas que curaban con remedios caseros, con cocimientos de yerbas medicinales i con diversas sustancias combinadas. Santiago deseaba hablar lo menos posible, i creyendo que tenia delante uno de esos médicos, bizo lo que aquel le dijo, sin pronunciar palabra.

Aquel trago le desató la lengua i le acomodó todo lo malo que sentia interiormente.

—Qué licor tan particular! dijo saboreando otro trago.

—Tómese usted la mitad i se le quitarán las dolencias, agregó el médico.

—¡Oh! si así fueran todos los médicos, en el mundo no habrian mas que sanos; yo no quisiera mas fortuna que este licorcito.

Diciendo esto bebió con nuevas ganas otros dos tragos, miéntras Miguel se mezclaba en la conversacion:

—No hai mejor médico que uno mismo; la naturaleza nos brinda las medicinas en cada árbol, en cada arbusto, en cada planta, i si nos enfermamos es porque nos falta la costumbre de saber vivir arregladamente.

—Mui cierto, agregó otro de los acompañantes, que era un hombre de respetable edad i agricultor; el hombre solo debiera morir de vejéz que es el destino de la naturaleza humana; nuestras pasiones, caprichos, descuidos i tambien la estremada pobreza, nos

conducen a acortar la vida mucho ántes del término natural de ella.

—Ahora ya la voi alargando, dijo entustasmado Santiago; creo que si me acabo el frasco, salgo a piruetas... Paren un poco... me siento con ánimo de andar a pie como ustedes...

Todos pararon la marcha, haciendo comentarios diversos sobre las virtudes medicinales del frasco i su agua, cuando Santiago se levantó envuelto en las ojas, pero cubierto con una frazada. Sus ropas quitadas en la capilla para su penitencia de la cruz, eran llevadas en un atado que José Miguel, el hijo del campesino, se habia colocado en las espaldas, como las mochilas de soldados en campaña.

—Puedo irme sólo, dijo en medio del asombro de todos, ménos del médico.

IV

Se aproximaban a la vivienda de Miguel a ese tiempo. Allá adelante se divisaba iluminada la cocina i se oia el mujido de bueyes encerrados en vecinos corrales i listos para las faenas del dia siguiente.

—Falta ahora que sane de las peladuras i ramazos, dijo Santiago.

—Eso no será difícil, le contestó el médico caminando al lado de aquel.

—Pero este licor es una maravilla!, alguna bebida de los dioses para hacerse inmortales, esclamó Santiago cada vez mas entusiastamente admirado, lo mismo que sus acompañantes.

—Este es el licor de las hadas, dijo el médico.

—De las hadas! esclamaron todos casi a un tiempo, entrando al patio esterior de la vivienda.

Aqui el médico quiso despedirse llevándose el frasco; pero Santiago colmó a aquel de agradecimientos, i lo mismo hizo Miguel, i luego la mujer de éste, enterada rápidamente de lo sucedido en la procesion i en el viaje de regreso. Entre tanto, Santiago habia pasado a ponerse alguna ropa lijera, sacándose las hojas ayudado de José Miguel i quedándose siempre con la frazada puesta.

—Aunque somos pobres, dijo Martina al médico, no falta una buena cucharada de caldo i con sabroso trocito de gallina.

—Sin contar con que tengo un vinito... que ya lo estoi paladeando, dijo Miguel.

—De veras que los estómagos están pidiendo misericordia, agregó José Miguel.

—Como que es mui cierto el dicho antiguo de que

Despues de la fiesta el hambre
I mas tarde los calambres.

Todos convinieron en sentarse al rededor de una modesta mesa alumbrada por un par de velas, despues de oir las anteriores palabras del médico.

V

Estaba aquella en una pieza pequeña contigua a la cocina, con la cual comunicaba por una abertura de la muralla en forma de puerta, del alto i ancho de una persona de regular porte.

Un olorcillo agradable llegaba hasta aquel rústico pero limpio comedor, en donde se veian dos jarros llenos de vino, abundante pan hecho en la casa i un macetero de barro con diversas flores de campo. Era una mesa que de verla abria el apetito, mucho mas en aquella noche de larga caminata.

Santiago empezó la conversacion:

—Siento aliviado mi espíritu por la penitencia que acabo de hacer; sin embargo, me acuerdo de mi casa...

—En su casa están tranquilas todas, le dijo el médico.

—¿Con que es licor de las hadas? interrumpió Miguel examinando el frasquito, en cuyo fondo quedaba buena porcion de un líquido amarillento.

—I lejítimo, agregó el médico, aceptando un trago que le pasaba aquel en un vasito de greda cocida.

—Falta saber si las hadas que han fabricado esta maravilla, que casi me han sanado del todo, son chilenas o estranjeras...

—Pero, vamos por partes, mi don Santiago, le interrumpió Miguel; sepamos primero cuál es el asunto de las hadas...

—¡El asunto primero es este que aquí viene! interrumpió con cara alegre Martina, entrando con una gran fuente de cazuela, humeante i olorosa.

—¡Abrírse, niños! dijo Miguel, facilitando a su mujer la pasada para que colocara la fuente en medio de la mesa; i agregó, bebiendo con Martina sendos vasos de vino:

—Al lado del licor de los dioses, éste de los hombres!

VI

Martina empezó a servir la cazuela en platos de rubia greda, miéntras Miguel volvia a reanudar la conversacion de las hadas.

—Don Santiago es el mas letrado, dijo.

—El de mas garabateado pellejo, contestó éste.

—Como sea, agregó el médico; le oiremos con gusto lo que el buen amigo Miguel desea saber.

—Los nombres de hadas, dijo Santiago, son denominaciones de remotos siglos. Antes del cristianismo, los poetas, los supersticiosos i los amigos de las fantasías, atribuyeron a la naturaleza, en sus diversas formas, el poder de muchos dioses. Cada cosa tenia un dios especial. Los mares, los rios, las montañas, los tesoros, el aire, la luz, todo era manejado por espíritus que a veces se hacian visibles a los hombres i que eran como dioses pequeños. De aquí vinieron las creencias que pasaron de jeneracion en jeneracion respecto de la existencia de tan multiplicados dispensadores de dones i mercedes, a los cuales solia acostumbrarse celebrarles fiestas públicas. El cristiansimo condenó esos errores, pero las tradiciones han seguido manteniendo la creencia en los seres sobrenaturales que pueblan la tierra.

—Esa tradicion inmemorial, dijo el médico, sobre los espíritus que llenan el mundo, es una manifestacion de la creencia en el alma i en su segunda vida despues de ser compañera de la carne.

—Es verdad, continuó Santiago; i tanto es así, que el cristianismo solo ha condenado la creencia en los dioses, pero nó la de los espíritus. La venida de Jesucristo echó por tierra los ídolos i los cultos pagano e idólatras, restableció la adoracion de un solo Dios, proclamó su poder universal absoluto i dividió los espíritus en dos porciones, los ánjeles i los diablos.

—Pero con distinciones, interrumpió el médico; los ánjeles tienen jerarquías i divisiones, lo mismo que los espíritus que no poseen la gracia dívina.

—Es cierto, i de aquí viene que se hayan conservado los nombres de sátiros, nereidas, ninfas, hadas, sirenas, duendes i muchos otros aplicados a espíriritus que tienen diversas tendencías i que desempeñan diversa mision en el mundo corpóreo. Hai espíritus malos i buenos, intermediarios entre los diablos i los ánjeles; forman el medio entre los estremos del mundo espiritual, en uno de cuyos lados está el cielo i en el opuesto el infierno.

—Mui bien esplicado! gritó Miguel pasando un trago.

—No hai que dejar enfriar la cazuela, agregó Martina con un zancarron atravesado en la boca.

—Podemos comer, beber i conversar, dijo el médico en medio del contento i bullicio de todos.

VII

—I digame, amigo, preguntó Miguel al médico, ¿dónde obtuvo usted este líquido?

—Es mi secreto, por ahora.

— Por ahora? dijo Santiago.

—Sí, por ahora; es posible que usted lo vea fabricar.

—Yo! pues, estoi lísto.

—No me lleve a don Santiago a ver las hadas, dijo riéndose Miguel, porque es mui capaz de olvidar la penitencia i de volverse espíritu...

— Nó, amigo, contestó el aludido, todavía no quiero volverme espíritu hasta que la vejez venga a entibiar mis afecciones juveniles...

—¡Miren cómo habla el penitente! dijo Martina de buen humor i en medio de la risa de todos.

—Pero, ¿qué cosas son las hadas? agregó ésta.

—Las hadas, respondió Santiago, son espíritus. Las almas de los que mueren sin merecer ni la gloria ni el infierno, o sea que no pueden gozar de la vista del Creador ni que quedan privadas de ella eternamente. Ese es el premio o el castigo, nada mas. Los espíritus que los hombres han convenido en llamar hadas, son inofensivos, i al contrario alegres, pues buscan las soledades de los bosques, de los valles, las orillas de los esteros, i allí bailan al son de músicas formando reuniones del mas fantastico efecto.

—¡Qué bueno será tener hada amiga! dijo Martina.

—Los antiguos de siglos atras tambien pensaban como usted, continuó Santiago; por cariño a ellas celebraban en los bosques grandes fiestas, en Francia, Alemania i demas pueblos del norte de Europa. Carlo Magno las prohibió por decreto, porque con esas ceremonias olvidaban al verdadero Dios i habia peligro de que volviera la idolatria o sea la adoracion de dioses falsos. En mi pais, la bella Suiza, las hadas aparecen en noches de luna i hasta suelen convidar a algunos mortales a sus funciones.

—No es dificil ver esas funciones, dijo el médico.

—Pero no sé si en Chile hai tambien estos espiritus que se muestran a los vivos. Solo oigo hablar del diablo, de duendes i de apariciones horrorosas, mas nunca he sabido palabra sobre hadas. Al reves de mi tierra, aquí los bosques i bosquecillos suelen ser habitaciones diabólicas...

—Como que dan ganas de colgarse en el medio de ellos, interrumpió Miguel guiñando un ojo a Santiago.

—En Chile hay espíritus como en todas partes, dijo el médico; la cuestion está en saberlos estudiar i comprender, i eso no pueden hacerlo sino pocas personas.

La conversacion dió término porque manifestaron deseos de retirarse los dos campesinos acompañantes.

VIII

Mientras éstos salian conversando con Miguel hácia afuera, el médico llamó aparte a Santiago i le dijo:

—Usted está mui mal herido...

—Cierto, i se me habia olvidado; me voi a acostar pronto...

—Nó, porque deseo llevarlo a que lo sanen esta misma noche.

—Pero ¿a qué parte, señor médico?

—Al bosquecillo vecino...

—Jesus, Maria i José...! dijo Santiago retrocediendo asustadísimo. Si usted supiera lo que me ha acontecido en ese lugar.

—Lo sé mui bien; pero el bosquecillo ya no es morada del espíritu malo, porque allí tienen esta noche una fiesta las hadas, de las cuales usted ha hablado con perfecta verdad hace poco rato.

—De modo que usted desea presentarme a esas hadas, de las cuales no tengo ni noticias en Chile?

—Exactamente, respondió el médico; por eso es conveniente que las conozca.

—I digame, señor médico, porque médico ha de ser i de los mas afamados del mundo, ¿me conoce usted?

—¡Oh! lo conozco tanto, que en Suiza no es usted Santiago, ni ménos Barreta...

—¡Calle usted, por Dios! dijo Santiago, mirando hacia la casa, como miedoso de que Miguel pudiese oir.

Pero aqui notó con sorpresa que la luz del fogon de la cocina se divisaba mui distante.

—¡Don Santiago! ¡don Santiago! oyó a lo lejos que gritaban.

—¡Qué es esto! dijo Santiago, mirando al médico; nos hemos apartado mucho conversando.

I antes de esperar contestacion de esto, gritó:

—¡Aquí estoi! ¡no tengan cuidado!

—¿Con quién está usted hablando a gritos? dijo el médico.

—Con Martina, que ha notado mi ausencia i me llama.

—Está usted equivocado; las hadas lo llaman.

—¡Qué hadas! contestó riéndose Santiago; si es Martina que creo que allí viene en mi busca.

El médico dió un silbido, i al punto resonaron cien en distintas direcciones. La escena cambió bruscamente.

IX

Santiago quedó con un miedo atroz. Creyó encontrarse con alguna banda de salteadores, de los que solian aparecer para robarse el oro de los transeuntes o de los minerales, i a él mismo le habian salido en otras ocasiones; pero como lo que necesitaban aquéllos era únicamente oro, con entregarselo habia quedado libre. Pero ahora no tenia mas que los bolsillos pelados.

I se creyó perdido cuando vió que bultos negros le rodeaban en silencio i que el médico se escabullia entre ellos i desaparecia.

—No me maten! gritó Santiago, apretándose con la frazada i envolviéndosela fuertemente.

Unas risas comprimidas oyó a su lado. Varias manos lo tomaron de piernas i brazos, lo levantaron tendiéndolo en el aire i echaron a correr. Santiago empezó a decirles en tono suplicante:

—Si no tengo dinero! no me maten!; miren que estoi herido en todo el cuerpo; ese médico los ha engañado sin duda...

Una oleada de viento fuerte azotó su rostro, sintiendo como el ruido que producen ramas i hojas al chocar.

Iba derecho al sacrificio i de miedo cerró los ojos i se encomendó a todos los santos de quienes pudo acordarse, pues era católico convencido.

Pero dió un grito de sorpresa al oir que un golpe de música no lejana hacia estremecer parece que hasta el suelo, al mismo tiempo que resonaba el mas alegre bullicio.

Abrió los ojos i se encontró penetrando hácia un lado del bosquecillo que ya conocia, pero trasformado ahora en una morada espléndida, cruzada de bellísimas mujeres.

I los que lo conducian eran tambien mujeres, cubiertas con una especie de capa negra que les caia desde la cabeza a los pies.

—Don Santiago! ¿es usted don Santiago?, se le acercaron diciéndole las encapotadas, quitándose sus trajes i colocando a aquel en un cómodo asiento.

Las del rapto se habian convertido en las mas lindas muchachas.

Era esa la reunion de las hadas de quienes le habia hablado el médico.

X

Santiago se encontró sentado, sin saber cómo, debajo de un pabellón formado de gasa celeste. Estendió la vista i vió algo como gran sala de baile. Los árboles estaban inconocibles de adornos í de luces multicolores.

El bosquecillo se habia ensanchado; era un bosque con avenidas caprichosas; de árboles altísimos cuajados de luces que débil, rumorosa i perfumada brisa remecia i formaba el mas encantador efecto.

Allí todo era alegría. Flores, festones de telas riquísimas, guirnaldas cayendo de las ramas en incalculable número i como coronando a la concurrencia espléndida que cruzaba en grupos bulliciosos; tal era el conjunto, la primera impresion que ocasionó en Santiago la vista de aquel sitio campestre trocado en algo mejor que el paraiso terrenal.

Esa concurrencia era formada de mujeres, casi todas en trajes blancos, coronadas de azahares, con flores de los campos en los hombros i los pechos, rostros risueños, cabellos negros, rubios o castaños. Parece que no tocaban el suelo, cubierto por tapiz natural verde esmeralda.

En los mas ramudos árboles estaban sentadas niñas brillantes de hermosura i aderezadas con flores i piedras preciosas que despedian rayos de luces vivísimas. Cada cual tenia un instrumento musical en sus manos descollando entre todos el arpa, manejada por dos muchachas de sencillos trajes, los mas sencillos de toda aquella reunion. Talvez por esto parecian los mas hermosos.

Al centro del bosque, i a gran altura, estaba fija una luz blanca que iluminaba los contornos de aquel salon campestre, estendiendo sus rayos mas allá de los límites de las luces de colores. De esta manera no quedaba un solo punto oscuro entre el ramaje.

Parecia que la luna llena se habia colocado sobre las copas de los árboles para iluminar con luz risueña aquel sitio encantador.

XI

Santiago quedó como quien vé visiones; pero se le concluyó el miedo, porque aquellas visiones eran las mas agradables que jamás habia visto ni en sueños.

Grupitos de dos o mas damas se le acercaban ya a preguntarle por su nombre, ya a ofrecerle dulces i bebidas. La que mas se le acercó, le ofreció una gran copa de cristal con un licor semejante al que habia probado ántes, diciéndole:

—Tome usted por la salud de sus amigas que están a su lado; con esto sanará de sus males.

Santiago quiso levantarse para contestar i recibir el regalo; pero aquella se lo impidió estendiendo la mano derecha abierta casi hasta tocarle el pecho.

—Señorita o ánjel, dijo Santiago, adelantando su mano para recibir la copa; me siento agradablemente sorprendido; no sé con quienes estoi, ni ménos sé a qué debo ese favor, este gran honor que se me dispensa al colocarme en un sitio en donde reina la hermosura, la juventud i la felicidad...

—Oh!, don Santiago, es usted galante; aquí corresponderemos los buenos conceptos que usted ha espuesto en algunas ocasiones respecto de las hadas...

—¡Entónces ustedes son hadas...! no son de carne i hueso como yo, pobre mortal...

La hada se rió i fijó en Santiago su par de ojos color de cielo, los cuales amenazaron trastornarle el corazon i la cabeza.

—No pregunte eso, don Santiago; beba por nosotras.

I la hada, al decir esto, le indicaba con la mano para que se sirviera.

Santiago se creia trasportado al cielo. Cuando bebió, se creyó un ánjel. Arrojó su tosca frazada, i se iba a levantar, cuando su buena amiga lo contuvo diciéndole:

—No se mueva usted; ¿qué le parece esa música?

En ese momento parece que caia de los árboles una cascada de notas musicales, cuyos agradabilísimos sonidos trajo a la memoria de Santiago aquel trisajio que la Biblia refiere que oyó Isaias cantar por un coro de ánjeles.

Aquella melodia sin igual tocaba el alma de Santiago i lo trasportaba a un mundo ideal.

XII

—Dígame, hada, preguntó aquel, ¿no puedo mezclarme con ustedes? ¿no puedo bailar allí donde ya diviso que se alistan a un baile?

—Sí, contestó aquella; pero necesita usted dos cosas: un traje i una promesa de que no se desmedirá con nadie aquí.

—¡Lo prometo! dijo al instante Santiago, que ardia en deseos de conversar con las hadas.

Entónces resonó un silbido, i luego cuatro hadas aparecieron trayendo una gran capa blanca pintada de flores. Era una tela suave, al parecer de seda, perfumada i bellísima.

La hada primera quitó la frazada a Santiago i en su lugar le colocó aquella capa, diciéndole:

—Ahora puede usted tomar parte en la fiesta; pero cuidado con no observar prudencia. Advierta usted que es una gracia especialísima la que se le concede invitándolo.

—Un millon de gracias, dijo Santiago levantándose; i dígame, hada, ¿por qué se me hace este señalado favor?

—Porque sabemos que usted ha hablado siempre en favor de las hadas, especialmente hace poco en casa del campesino Miguel.

—Entónces aquel médico que salió á darme remedios i que me trajo hasta aquí...

—Ese es nuestro ajente, por ahora, un encantado inofensivo para los hombres i para nosotras.

—Es decir. no es hombre, interrumpió Santiago, cada vez mirando con mas afición a aquella hermosura.

—No tiene de hombre mas que la figura. Era un príncipe cuando vivo, i hoi... es algo como el sirviente de los espíritus, incluso de Satanás.

—Ustedes conocen al diablo personalmente? preguntó Santiago, con cierta candidez.

—Vaya si lo conocemos! contestó sonriendo la hada, i usted tambien, en la procesion de penitencia...

—Cómo! alli andaba el diablo?

—Sí, don Santiago; aquel que hacia de demonio era el demonio mismo, aquel Faramalla...

—Por Dios Santo! esclamó Santiago asustadísimo i abriendo tamaños ojos.

—Pero, venga a ver la danza de las hadas. I diciendo esto la hada, tomó de la capa a Santíago, miéntras otra le ponia sobre la cabeza una especie de corona entretejida con mirto, rosas i diversas otras flores.

XIII

Santiago abandonó el pabellon cuando la orquesta hacia oir los compases de un baile orijinalísimo. Le

parecia que no pisaba en el suelo i que nadaba parado en el aire, como arrastrado por májico poder de atraccion de la hada que le servia de guia.

I el baile empezó, al mismo tiempo que centenares de voces cantaban desde los árboles acompañando á aquella orquesta suspendida entre el cielo i la tierra.

—Hé ahí los pajarillos que cantaron a usted en hora desgraciada, le dijo la hada.

Santiago miró los árboles i allí vió unos doscientos rostros anjelicales, resplandecientes con la luz central que los inundaba.

A este tiempo, la danza de las hadas tomaba forma, porque al principio no parecia sino un baile desordenado. Multitud de jóvenes se tomaban de las manos de a pares, luego de a seis, i así jiraban como mariposas al rededor de un punto céntrico.

I este punto céntrico era Santiago, el cual se vió arrastrado como pluma siguiendo la danza. Era ésta en forma de caracol, que empezaba del centro i seguia en círculos hácia el esterior, pero combinadas las danzantes de tal manera que las últimas parejas del círculo mas distante del punto central volvian a éste jirando sobre sí mismas, era esa una corriente de rostros anjelicales que jiradan ya cantando al compás de la música, ya lanzando risas sonoras i pequeños gritos de alegria. Las hadas danzaban como en un mar de líquida i resplandeciente plata formada por sus vestiduras ondulantes i luminosas. I en medio de esas olas suavísimas i perfumadas estaba Santiago, casi convertido en espíritu.

Seguian las parejas un movimienio que se asemejaba al de rotacion i traslacion de la tierra al rededor del sol, con la diferencia mencionada.

Santiago no encontraba palabras como espresarse delante de aquellas hermosuras que pasaban a su lado, saludándolo con sonrisas i con ademanes cariñosos Permaneció mudo, moviéndose sin saber cómo, ajitándose con el mismo movimiento de la danza. Cuando queria hablar a alguna, cincuenta pasaban acariciándolo, llamándolo, de manera que si la hada amiga no llega a sostenerlo, de seguro cae aturdido i aplastado por tantas emociones.

XIV

—Beba usted la copa del placer, le dijo la hada amiga, aquella de la primera copa.

I pasó a Santiago, que casi lloraba de gusto, una copa de plata cincelada i cuyos puntos salientes parecian de finos brillantes. Tenia la forma de un boton de rosa de grandes dimensiones, pero abriendo ya su capullo.

—¿Qué licor es este? preguntó Santiago examinando un líquido incoloro.

—Este es el estracto de la risa de las hadas; proporciona un placer que mataria a los hombres si lo bebieran dos veces. La naturaleza humana no puede resistir las emociones de los espíritus, que siempre son fuertes, ardientes i tambien apasionados...

Dijo esto la hada con tan fina gracia, que el corazon de Santiago latió con fuerza, esclamando:

—¿Tambien las hadas tienen pasiones? ¿Es decir que tambien aman?

—¡Oh! en el mundo espiritual es donde reina el amor mas intenso. El espíritu recorre las mas largas distancias con rapidez increible; vé todas las maravillas de la inmensa creacion; comprende la verdad de las cosas, desconocida para los hombres, y siente reconcentrado en sí el sumo de esas maravillas, el valor de todos los valores, el amor de todos los amores. Beba usted, i entónces podrá comprender mejor.

Santiago estaba entonces verdaderamente encantado. Sintió el aliento perfumado de las hadas, que se le acercaban cada vez mas, que lo estrechaban al punto de levantarlo, siempre jirando, en una especie de cuna formada por un cruzamiento fenomenal de piernas y brazos, como el tejido de una hamaca de mimbres.

Aquellos miembros suavísimos, sonrosados, de las mas espléndidas formas, apénas eran cubiertos por telas trasparentes que semejaban a la blancura i brillantez de la nieve reflejando los rayos del sol. La voluptuosidad de esas diosas de hermosura, siempre risueñas, llevando a un pobre mortal en un mar de

placer imposible de soñarlo siquiera, habia puesto a Santiago como atontado.

—Beba usted; pero mucha prudencia, le decian centenares de voccitas.

Santiago no aguardó mas; necesitaba un reconstituyente poderoso para tener las fuerzas estraordinarias suficientes en aquel apurado caso. Alzó la copa i dijo:

—Por las hadas cariñosas i benéficas, que me encantan, que me enloquecen...

I no dijo mas, porque se le anudó la voz en la garganta i hubiera querido llorar. Levantó la copa, como supremo recurso para trasformarse, i bebió.

Inmediatamente se sintió otro hombre, lijero como si hubieran nacido alas i con todas las alegrias del mundo.

XV

Las hadas palmotearon bulliciosamente; cesó el canto i la música cambió de compas. Multitud de copas se alzaron por todas partes, en tanto que la red de piernas i brazos se deshacia suavemente i Santiago quedaba flotando en el aire por su propia virtud. Chocáronse las copas i las hadas empezaron a ascender en espiral formando un rio de túnicas brillantes, entre cuyos pliegues asomaban cabezas i brazos. Todas bebian cantando i produciendo con las copas sonidos musicales como las de un nuevo concierto que iba derramando torrentes de armonias.

—Ahora sí que estoi en el otro mundo, dijo Santiago a su hada que se le aproximaba.

—Esta en medio de los espíritus que danzan hácia el cielo, contestó aquella tomándolo del brazo.

—Dígame, hada, ya que estoi como espiritualizado, ¿no podria saber yo algunos secretos de los espíritus?

—Segun sean ellos; porque hai asuntos que los hombres no podrán comprender bien hasta tanto no tengan la vida espiritual, es decir, hasta que se mueran.

—Deseo saber si tantas hermosas jovenes que hai aqui, no sienten como sintieron en un tiempo, si aman como amaron en vida.

—Esa es cuestion séria i larga, respondió la hada, elevándose suavemente con Santiago en línea recta. Pero bástale saber que tambien amamos; pero solo cuando tomamos forma humana.

—Es decir que ahora... podemos sentir iguales... i quien sabe si tambien... podriamos entendernos...

—Conozco a donde vá su pensamiento, dijo riéndose la hada.

—Seria el colmo de mi felicidad el que usted me permitiera... darle una muestra de mi rendido homenaje...

I Santiago tomó la mano izquierda de la hada. Esta se estremeció como tocada por una chispa eléctrica; miró a Santiago con tan amorosa intencion, que éste se atrevió a estampar un beso en aquella mano que no tenia la dureza ni aun la blandura de la carne, pero que conservaba sus formas, su color.

Era una mano anjelical.

—¡Nada mas! dijo la hada retirando la mano.

—¡Oh! las hadas no deben ser crueles con los pobres mortales como yo; dejarme en el comienzo de la felicidad... no puede ser... así sufro...

—¡Calle usted! que yo tambien estoi sufriendo...

—¡Usted tambien! dijo Santiago casi ébrio de amor; entonces... aquí... nos entrelazamos... espiritualmente...

I Santiago avanzó a abrazar a la hada. Esta le tomó la copa, le puso un instante la mano sobre los ojos, i le dijo:

—¡Imposible!... siéntese aquí...

Santiago se encontró bajo el pabellon, al lado de su frazada. Habia sido trasladado allá por obra de hadas, como que su amiga allí se encontraba.

—¡Buen amigo! dijo ésta; ha llegado la hora de la despedida...

XVI

Santiago cayó al asiento como quien recibe un golpe en la cabeza.

—¡Es posible que esta alegria concluya tan pronto!... ¡apenas media hora!... dijo aquél.

—¿Media hora? respondió la hada; hace ocho dias de so! llegó usted a este lugar...

—¡Ocho dias! dijo Santiago asombrado,

A este tiempo, las hadas pasaban como volando deante de Santiago, formando torbellinos de formas medio humanas i de gasas luminosas. La corriente salia del bosque i se perdia a la distancia. Las luces comenzaban a apagarse i el bullicio llevaba camino de terminar.

—Vuelva usted al mundo, dijo tristemente la hada, cambiando de traje como por efecto májico; la naturaleza de usted no puede resistir mas emociones, i si yo le hubiera dado otras gotas mas de aquel licor, usted habria sucumbido. Habria dejado una viuda e hijas...

—¡Qué viuda, ni qué nada!... yo no quiero mundo, ni carne, ni demonio!... ¡quiero hadas!...

—Desengáñese, le dijo la hada; está en el mundo i tiene que sufrir sus consecuencias. Va a suceder e una gran desgracia; pero cuente con mi auxilio.

—¿A mí, desgracia? le interrumpió Santiago.

—Sí; deje esa capa i póngase la frazada que traia cuando llegó.

Santiago miró con repugnancia aquella frazada burda i mugrienta con que se habia abrigado en casa de Miguel. Sintió escalofrio i su cuerpo empezó a temblar. En ese momento llegaron cuatro hadas con trajes negros i le quitaron la capa.

—Sea hombre de resolucion, le dijo la hada amiga; afronte todas las situaciones i todos los peligros, si lleva vida honrada como hasta aquí.

—Acepto su consejo, le respondió Santiago.

—Sufra con paciencia las persecuciones que le hará la ignorancia de los hombres i los celos i ceguera... de su mujer.

XVII

Santiago estaba a ese tiempo cambiado de ánimo. Ya volvia a ser el hombre de antes. Se dejó caer en el asiento entristecido, porque comprendia que las

hadas se iban i que él quedaba vagando en el mundo sin luz ni consuelo. Al oir hablar de su mujer, dió un estremezon i miró a la hada. Esta iba ya perdiendo sus formas, para convertirse lentamente en figura de mujer enlutada.

—Ya que ha prometido ser hombre de resolucion, oiga: la naturaleza lo condena i nosotras somos impotentes para resistir la corriente que viene en contra de usted. La Inquisicion ha decretado para usted la cárcel i los tormentos, i los tribunales de la capital han enviado la fuerza pública para prenderlo.

—Pero, eso no puede ser! dijo Santiago, en tanto que todo se trasformaba a su lado.

Luz de la mañana sucedia a las luces, i árboles solitarios quedaban en lugar de la fantástica vision. Era aquello como haber bajado del cielo a la tierra.

Sombra vaporosa se retiraba de su lado, alcanzándose a oir lastimeros ayes i frases tristísimas que le decian:

—Sufra con paciencia;... será usted enjuiciado i engrillado; morirá de sentimiento su hija Dolores...; pero una hada cuidará de fortalecerlo...

XVIII

Santiago sintió frio en el alma; honda tristeza invadió su corazon i hubiera pensado en suicidarse otra vez para volver al mundo de los espíritus, si la escena no hubiera cambiado bruscamente.

Se encontraba sentado en un palo, envuelto en la frazada de Miguel, con la cabeza entre las manos i con un mar de amargura en la garganta. Casi se ahogaba de pena.

Estaba inconocible con su semblante cadavérico. La hada huia de ese sitio i Santiago empezaba a recordar como un sueño las delicias perdidas.

Pensó seguir esa sombra, que se escabullia entre las malezas i que se alejaba cada vez mas. Un nuevo tormento le torturó el alma entonces, porque al levantar la vista reconoció el árbol maldito en cuya rama habia buscado la muerte.

I el miedo al diablo lo hizo dar un movimiento de horror i un jesto al recuerdo desagradable de Faramalla. Trató de abandonar ese sitio; pero el pronóstico de la hada iba a cumplirse mas pronto de lo que podia haber pensado.

XIX

Ruido de armas i de voces sintiéronse entónces. Santiago quiso huir, temiendo alguna desgracia; pero de un repente se le aparecieron al trote varios soldados armados de fusiles i algunos paisanos.

—¡Este es! dijo uno.

—¡Santiago! gritó una voz de mujer, no a mucha distancia.

Santiago se levantó temblando i dirijió su vista a aquellos aparecides como vision diabólica, cuando todavia tenia en la cabeza todo un mundo de ilusiones. Miró a la que lo habia nombrado i reconoció a Juana su mujer, la cual caia como desmayada al suelo en ese instante.

Al ver caer a ésta, Santiago creyó que su mujer lo traicionaba i lo vendia.

Aun mas, pensó que era buscado por ella para dar como ciertos los rumores que corrian sobre su endemoniamiento, de lo cual se sentia inocente como el que mas. Pero su mujer en ese sitio, con soldados i con el aparato con que suele buscarse a un gran malvado, le pareció horrible.

—¡Qué es... esto! tartamudeó Santiago, retrocediendo.

Entónces se adelantó el juez de Alhué, i con acento grave i tocándole con una espada desnuda el hombro izquierdo, le dijo:

—¿No es usted Santiago Barreta?

El aludido abrió los ojos desmesuradamente, porque acababa de reconocer a su vecino i amigo.

—Yo... soi, le contestó Santiago.

El juez agregó con tono solemne estas palabras, pronunciadas con sequedad:

—*En nombre del rei i de la santa inquisicion, queda usted reo por corruptor, por brujo i por endemoniado!*

Los soldados se acercaron a Santiago para prenderlo, oyéndose el ruido estridente, desagradable de los grillos que llevaba un soldado en las manos para colocarlos en las piernas del reo; pero éste perdió la cabeza, se le nubló la vista, le zumbaron los oidos, lanzó un alarido que resonó a larga distancia i cayó desplomado al suelo como herido de muerte por un rayo.

CAPITULO XX

Epílogo

I

Conducido el infeliz Santiago Barreta ante el Tribunal de la Inquisicion, el fiscal le acusó por brujo i endemoniado i por corruptor de su hija Dolores.

La ignorancia i la maldad acumularon pruebas en contra del desgraciado, resultando inútiles su defensa i sus protestas de inocencia.

El *Santo Oficio*, en nombre de la *Santa Relijion i del Rei*, condenó a Barreta a ser quemado vivo e hizo ejecutar la sentencia.

II

Juana Putiel, convencida de la inocencia de su marido, murió desesperada en vista del irreparable mal causado con sus infames sospechas i criminales celos.

III

La sensible Dolores, debilitada por cruel dolencia, desde que empezó a ser víctima de la persecucion amorosa de seres invisibles i sobrenaturales, no pudo resistir las fuertes emociones que le produjeron el proceso i la sentencia de su bondadoso padre i falleció momentos antes del suplicio de éste.

IV

Juana María, María de la Concepcion i María Jesús, acompañadas de la negra Petronila—que no olvidaba su corona de reina i su porrazo—espantadas por los

horrores desarrollados en la familia, huyeron del pais sin que en éste jamas se tuvieran noticias suyas.

V

Los bienes de Santiago Barreta fueron ocupados por los representantes de la monarquía, pasando a incrementar los tesoros del rei.

VI

Tal fué el fin de una familia digna de ser feliz, por sus virtudes i fortuna, i que, sin embargo, pereció en la mas horrenda desgracia, siendo de ello principal causa: *los celos de una mujer.*

— FIN —

INDICE

Páginas

Advertencia 2

Capítulo I.—De cómo el diablo promovió a fuerza de riquezas i diabluras la fundacion del pueblo de Alhué 5

II.—Santiago Barreta 15

III.—Faramalla. 20

IV.—La Cena. 27

V.—El trovador 35

VI.—La cabra encantada 46

VII.—Petronila en el palacio del príncipe Oscar 53

VIII.—Chon chon chon chon. 67

IX.—La sombra barbuda 75

X.—La confesion de la negra 87

XI.—El puñal del Diablo 95

XII.—El Diablo en calzoncillos 109

XIII.—Lo que el cura i Faramalla dijeron del Diablo 118

XIV.—Amores i astucias diabólicas 127

XV.—Tiene la palabra el cura de Alhué . . . 140

XVI.—De cómo Dolores fue encerrada en una caja con llave 146

XVII.—La soga del Diablo i el machete de San Miguel 156

XVIII.—La procesion de penitencia 167

XIX.—La danza de las hadas 181

XX.—Epílogo 204

LA CASA QUE VENDE MÁS BARATO EN CHILE

CENTRO EDITORIAL "LA PRENSA,,

IMPRENTA, LITOGRAFÍA, LIBRERÍA Y ENCUADERNACIÓN

José Ramón Lillo y Comp.ª

PARIS ◆◆ SANTIAGO ◆◆ BARCELONA

SELECTO Y VARIADO SURTIDO DE OBRAS NACIONALES Y EXTRANJERAS * * * * *

UTILES DE ESCRITORIO

ARTÍCULOS PARA COLEGIALES

VENTAS POR MAYOR Y MENOR

PRECIOS FUERA DE TODA COMPETENCIA

GRANDES DESCUENTOS Á LOS SEÑORES COMERCIANTES

Los pedidos de provincias y los de países de América, acompañados de su valor en giros postales ó letras de fácil cambio, deben dirigirse á

José Ramón Lillo y Comp.ª

◆ ◆ CASILLA, 353.--SANTIAGO ◆ ◆

Pídanse Catálogos y Precios

LA CASA QUE SIRVE MEJOR AL PÚBLICO.